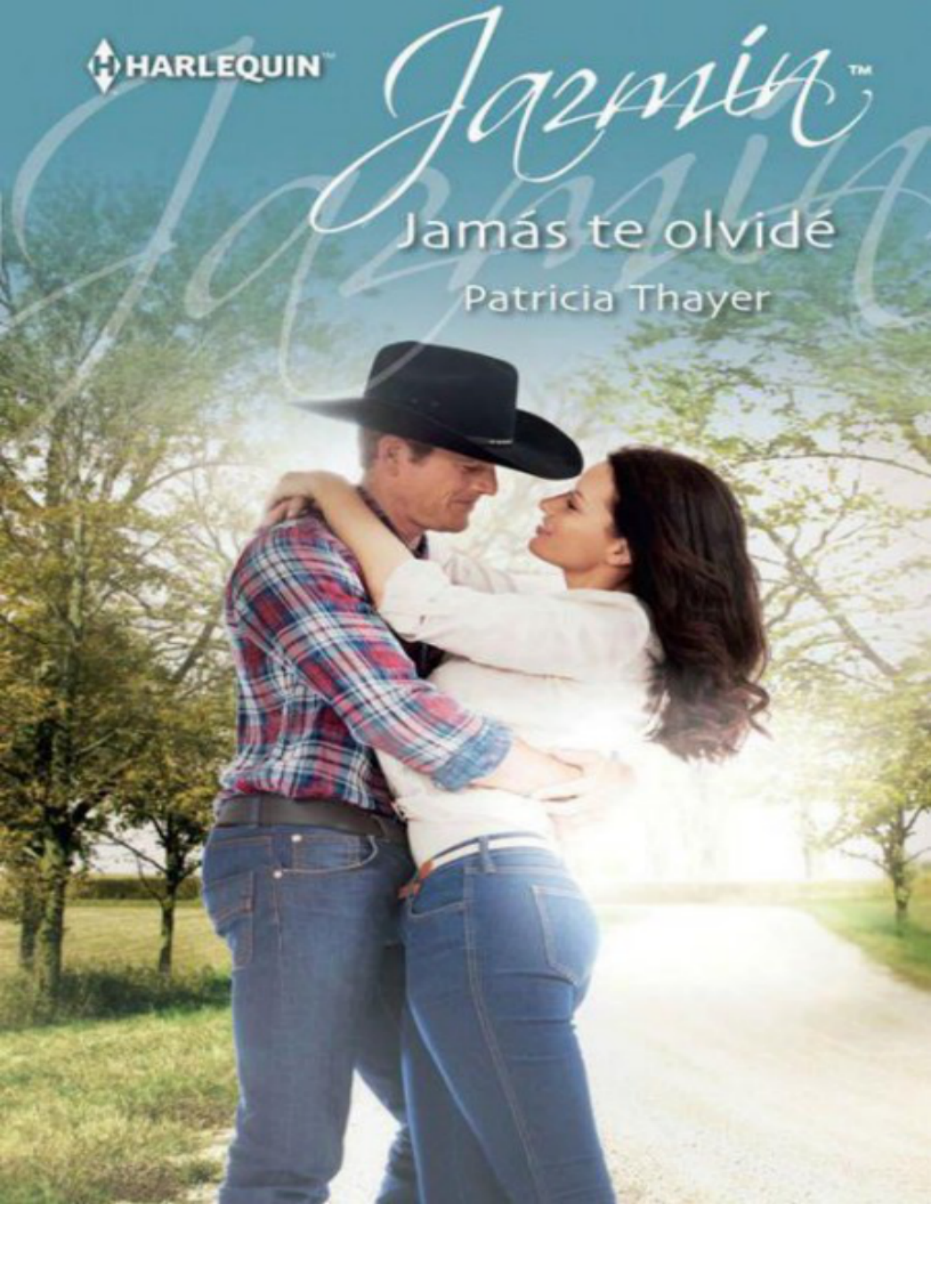

HARLEQUIN
Jazmín
Jamás te olvidé
Patricia Thayer



Patricia Thayer

Jamás te olvidé



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Jamás te olvidé, n.º 2545 - mayo 2014
Título original: The Cowboy She Couldn't Forget
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-4326-4
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

Ana se agarró a la crin del caballo, bajó la cabeza y dejó que el animal la guiara por el prado cubierto de rocío. El aire frío de Montana le quemaba las mejillas, pero no se detuvo. Temía romperse en mil pedazos si se detenía. Y Analeigh Maria Slater siempre estaba en calma; siempre tranquila. No tenía más remedio. Era la hija mayor y, desde el abandono de su madre, la responsabilidad de sus hermanas menores recaía sobre ella.

Cuando por fin llegó a su destino tiró de las riendas. La yegua no quería parar, pero al llegar a la vieja cabaña terminó cediendo. Ese era el sitio al que solía ir cuando era niña y necesitaba estar sola… cuando necesitaba pensar… cuando necesitaba llorar.

Bajó del caballo. Las piernas casi le fallaron al dar con el suelo. Llevaba mucho tiempo sin montar y ese día se había esforzado mucho. Después de atar a la yegua a un poste, subió el escalón que llevaba al porche. Empujó la puerta con el hombro y entró.

La cabaña era tal y como la recordaba, humilde y pequeña. Tenía una única habitación, con un fregadero y una bomba de agua, una estantería con latas de conservas… Había una hilera de camas sujetas a la pared opuesta, con colchones sucios. El edificio tendría que haber sido derribado, pero había sido su tatarabuelo quien lo había construido al establecerse en el lugar.

Fue hacia una ventana y contempló esas vistas que siempre había amado. El exuberante prado estaba verde, cubierto de hierba fresca y de flores silvestres. Miró hacia las Montañas Rocosas, y entonces se volvió hacia Pioneer Mountain y el bosque nacional. En medio había cientos de kilómetros de tierras que pertenecían a los Slater. Era el rancho Lazy S, el orgullo de Colton Slater.

En otra época, ese rancho había sido el hogar de Ana y de sus tres hermanas, pero ya hacía mucho tiempo de eso.

Ana se limpió una lágrima. Con el problema de su padre… Se enjugó otra lágrima. ¿Qué iba a pasar? ¿Y si Colt no sobrevivía?

De repente oyó el sonido de unas herraduras al golpear el suelo. Alguien se acercaba. Ana se puso tensa. Unas botas en el porche… Se dio la vuelta, pero no sintió alivio alguno al ver a Vance Rivers, el capataz del rancho.

Era un hombre alto, con espaldas anchas. Llevaba muchos años viéndole cavar para fijar verjas, sin camisa… Tenía unos brazos

fuertes, musculosos. Ana bajó la vista y se fijó en su abdomen plano, la cintura estrecha. Llevaba un sombrero vaquero negro que le tapaba casi todo el pelo y también los ojos, marrón café… Siempre la atravesaba con la mirada. La hacía sentir nerviosa, inquieta.

–Pensé que estarías aquí.

–Aquí estoy, así que no tienes por qué quedarte –le dijo y se dio la vuelta.

Había sido él quien la había llamado a primera hora para decirle que su padre había sufrido un derrame. Y después le había visto en el hospital. Era él a quien su padre quería a su lado. ¿A quién si no?

–¿No deberías estar junto a la cama de Colt?

A Vance nunca le había gustado esa sensación que se le agarraba al estómago cuando veía a Ana Slater. Todo ese pelo del color del ébano, su piel bronceada, latina, los ojos azules, brillantes… Era imposible no saber que era una Slater.

Respiró profundamente. Nunca le había caído bien a Ana.

–Es a ti a quien tiene que ver cuando se despierte.

Vance vio cómo se ponía erguida. Sus hombros parecían más rígidos que nunca.

–Mira, Ana, tú eres la única de la familia que está aquí para tomar decisiones.

Recordó a las otras hermanas, Josie, Tori y Marissa. Todas andaban por ahí después de haber terminado la universidad. Pero Ana seguía allí. Se había ido del rancho, pero no se había ido muy lejos. Se había establecido en el pueblo y trabajaba como psicóloga en el instituto. Estaba lo bastante cerca como para poder visitar a su padre cada vez que quisiera. De vez en cuando, ensillaba a su caballo favorito y se iba a cabalgar.

Ana se volvió hacia él por fin. Esperaba ver rabia en esos ojos azules, pero no vio más que tristeza y miedo. Una vez más, su cuerpo reaccionó. Después de tantos años, seguía teniendo efecto en él. Recordó aquel día, veinte años antes, cuando Colt Slater le había acogido en su casa. Tenía trece años. Slater le había dado un lugar donde vivir, su primer hogar, y solo le había impuesto dos condiciones: trabajar duro y no acercarse a sus hijas.

Vance siempre las había cumplido, por muy difícil que pudiera ser a veces.

–¿De verdad crees que Colt Slater me va a escuchar? –preguntó Ana–. Además, ni siquiera sé si puede oírme.

–Es por eso que tienes que estar ahí. Habla con el médico y averigua qué tienes que hacer. Un derrame no significa que no vaya a recuperarse.

Vance no sabía muy bien de qué estaba hablando. Ana sacudió la cabeza.

–Tú deberías estar allí, Vance. Papá querrá verte.

Aunque Colt fuera lo más cercano a un padre que había tenido, no podía tomarse más libertades de las que se había tomado ya. Colt necesitaba a sus hijas, lo supiera o no.

–No. Necesita a su familia. Tienes que traer a tus hermanas, y rápido. Ya es hora.

Una hora más tarde, Vance y Ana volvieron a meter los caballos en el granero. Después la llevó a Dillon, al hospital. Su padre había sido ingresado esa misma mañana.

Ana estaba de pie en la sala de espera. Acababa de dejar un mensaje en el buzón de voz para su hermana pequeña, Marissa. Tori y Josie por lo menos habían contestado a su llamada. Las mellizas le dijeron que las mantuviera informada, pero no se ofrecieron a viajar desde California. Ambas habían puesto el trabajo como excusa.

Todo dependía de ella entonces. Y no podía echarles la culpa. ¿Cuántas veces habían sido ignoradas por su padre?

–¿Señorita Slater?

Ana se dio la vuelta y vio al neurólogo, el doctor Mason. Iba hacia ella.

–¿Hay alguna novedad?

–No. Está estable desde que le trajimos esta mañana, y los resultados de las pruebas son alentadores. No estoy diciendo que el derrame no le haya causado secuelas en el lado derecho del cuerpo y también dificultades con el habla, pero podría haber sido mucho peor. Tiene suerte de haber podido venir al hospital tan deprisa.

Ana sintió un gran alivio. Sentía gratitud hacia Vance. Todo había sido gracias a él.

–Gracias, doctor. Esa es una buena noticia.

–Todavía hay mucho que hacer. Necesitará mucha rehabilitación para recuperar la mayor movilidad posible. Querríamos que fuera a nuestra unidad de rehabilitación, para poder mejorar sus habilidades motoras y el habla.

–Buena suerte con eso –dijo Ana–. Nadie consigue que Colt Slater haga algo que no quiere hacer.

–Entonces será mejor que empiece a convencerle de que lo necesita.

Antes de que Ana pudiera decir algo más, las puertas del ascensor se abrieron. Dentro estaba Vance.

Aunque no le gustara mucho tenerle cerca, Ana sabía que era la única persona a la que su padre estaría dispuesto a escuchar. Una ola de tristeza la invadió de repente al recordar todos esos momentos cuando Vance se llevaba toda la atención de Colt Slater, toda la atención que debería haberles dedicado a sus hijas.

Vance fue hacia ellos con esa confianza que le caracterizaba.

«Con una pizca de arrogancia ya tenemos al auténtico Vance Rivers», pensó Ana.

–Ana. Doctor –la miró–. ¿Sabemos algo nuevo?

–No. En realidad es mucho mejor de lo que esperaba –dijo Ana, y entonces le explicó todo lo que le había dicho el médico–. Tienes que convencerle para que vaya a la rehabilitación.

Vance se limitó a mirarla.

–¿Qué te hace pensar que tengo alguna influencia sobre él?

–Bueno, a mí no me va a escuchar.

El médico levantó una mano.

–Cuando llegue el momento, sea quien sea quien hable con el señor Slater, debe decirle lo importante que es la rehabilitación para su recuperación –se despidió y se marchó.

Vance no sabía muy bien por qué se veía involucrado en todo aquello. Ya tenía suficiente con el rancho. Y necesitaba la ayuda de Colt para muchas cosas. Además, no sabía cómo tratar a sus hijas.

–Mira, Ana. No deberías cargar tú sola con todo esto. ¿Por qué no vienen tus hermanas?

Ella sacudió la cabeza.

–No vienen de momento.

–¿Qué quieres decir?

–Lo que acabo de decir. No pueden venir a casa, ahora mismo. Quieren que las mantenga informadas.

Vance sabía que Colt nunca había estado muy unido a sus hijas. Siempre había dejado que Kathleen se ocupara de todo lo relacionado con las chicas. El ama de llaves y antigua niñera llevaba más de veinticinco años con la familia.

–Entonces vamos a ver a Colt –dijo Vance–. Por primera vez, espero que esté tan cascarrabias como siempre.

Colton Slater parpadeó y abrió los ojos. Miró a su alrededor. Trataba de acostumbrarse a la claridad de aquella habitación extraña. Reparó en el pasamanos de la cama, oyó el pitido del monitor… ¿Un hospital? ¿Qué había pasado? Cerró los ojos y buscó su último recuerdo.

Estaba amaneciendo. Había salido al granero para darles de comer a los animales. Le dolía el brazo desde que se había levantado de la cama. De repente había empezado a sentir mareos y había tenido que sentarse en una bala de heno. Vance estaba a su lado de repente, preguntándole si se encontraba bien.

No. No se encontraba bien en esa cama, con una aguja en el brazo, enchufado a varios monitores. Pero lo peor de todo era que no podía

moverse. ¿Qué le pasaba? Trató de hablar, pero solo pudo emitir un gruñido.

–¿Señor Slater? ¿Señor Slater?

Oyó la voz de una mujer.

–Está en un hospital. Soy su enfermera, Elena García. ¿Le duele algo?

Una vez más, no pudo hacer más que gruñir.

–Le daré algo que le alivie.

Colt parpadeó. Se fijó en aquella belleza de pelo negro y entonces contuvo el aliento. Esa cara con forma de corazón, esos ojos almendrados… Abrió la boca.

–Luisa… –susurró y entonces ya no vio nada más.

Veinte minutos más tarde, Ana entró en la habitación de su padre. Al ver el monitor y la vía que tenía en el brazo, casi se dejó llevar por el pánico.

Se acercó. Colt Slater siempre había sido indestructible para ella. La antigua estrella del rodeo medía más de un metro ochenta y aún conservaba sus músculos. Todos esos años de trabajo en el rancho le habían mantenido en buena forma. Su pelo castaño tenía algunas betas blancas, pero aún seguía siendo un hombre atractivo, incluso con esas finas líneas alrededor de los ojos. Y ella le quería.

A lo mejor él también quería a sus hijas, a su manera. Ana sintió una lágrima en la mejilla y se la limpió.

–Oh, papá –tomó su mano grande. Estaba caliente.

Quería otra oportunidad para acercarse a él. ¿Tendría tiempo suficiente?

Una enfermera entró en ese momento y sonrió.

–Hola. Me alegra ver que el señor Slater tiene visita.

–¿Cómo ha estado?

–Se despertó no hace mucho.

Ana sintió un atisbo de esperanza.

–¿En serio? ¿No dijo nada? Quiero decir… ¿Fue capaz de hablar?

Una vez más, la enfermera sonrió.

–Dijo el nombre «Luisa». ¿Eres tú?

Ana contuvo el aliento al oír el nombre de su madre.

–No. No soy yo.

Soltó la mano de su padre y salió corriendo de la habitación. Todavía quería a su madre… Ana no fue capaz de contener las lágrimas al llegar a la sala de espera. Se echó a llorar. Por suerte, la sala estaba vacía.

De repente sintió una mano en el hombro y oyó esa voz tan familiar. Se secó los ojos y se dio la vuelta lentamente. Era Vance. Su

mirada oscura la atravesaba. Vio compasión en sus ojos.

Sin saber muy bien lo que hacía, se echó a sus brazos. Le agarró de la camisa y escondió el rostro contra su pecho.

Vance luchó consigo mismo para no reaccionar de ninguna manera, pero era como dejar de respirar. Rechazar algo que había querido durante mucho tiempo y que sabía que no podía tener… La dulce Analeigh, en sus brazos…

Casi no le llegaba a la barbilla. Todas sus curvas se apretaban contra él, atormentándole. Movió las manos sobre su espalda, palpó su cuerpo delicado. Parecía frágil, pero no lo era. La había visto cuidar de sus hermanas durante años. Era ella quien terminaba las peleas, quien ayudaba con los deberes del colegio, quien las defendía ante Colt.

Nunca la había visto romperse como en ese momento.

–Oye, ¿qué pasa? ¿Colt está peor?

Vance se sacó un pañuelo del bolsillo de atrás. Se lo dio, pero ella mantuvo la cabeza baja.

–Vamos, dime. ¿Es Colt?

Ella sacudió la cabeza.

–¿Por qué estás así, Ana?

Ella le miró por fin. Tenía los ojos llenos de lágrimas y la cara hinchada, pero estaba preciosa.

–Dijo su nombre.

Vance frunció el ceño.

–¿Qué nombre?

–El nombre de mi madre. Luisa.

A Vance no le sorprendía.

–Ha sufrido un derrame. A lo mejor está confundido y no sabe ni dónde está.

Ella asintió. Dio un paso atrás, como si acabara de darse cuenta de lo cerca que estaban.

–Seguro que tienes razón. Lo siento. Es que lleva años sin hablar de mi madre. Pensaba que ya lo había superado.

Señaló la camisa de Vance. Estaba húmeda por sus lágrimas.

–Te la lavaré.

Cuando la llevó de vuelta al rancho ya era muy tarde. Había sido un día largo. La dejó frente a la puerta y entonces se fue al granero para ver cómo estaban los animales.

Ana se quedó frente a la casa un segundo y contempló la fachada. Llevaba meses sin entrar, pero Kathleen había insistido en que pasara la noche allí.

Subió los peldaños del porche. Colt había construido la casa para su

mujer, Luisa Delgado. La historia de amor de sus padres había sido un torbellino romántico, y su madre había desaparecido poco después.

De eso hacía veinticuatro años.

Ana tenía cinco años entonces. Recordó a aquella mujer encantadora que abrazaba y besaba a sus pequeñas una y otra vez, la mujer que les contaba cuentos por las noches, la que estaba a su lado cuando estaban enfermas. Quería recordarla de esa manera. Quería borrar a la mujer que las había abandonado de repente. Su abandono les había destrozado, y su padre jamás lo había superado. Había dejado de ser su padre desde entonces.

Cruzó el umbral. Todo seguía igual, la enorme mesa de la entrada, adornada con flores frescas recién cortadas del jardín de Kathleen. Ana miró hacia la escalera de caracol, con el pasamanos de madera. Se adentró más en la casa. Pasó al salón. Había dos sofás de cuero frente a la chimenea. Definitivamente, era una habitación de hombre. El despacho de su padre era la siguiente estancia, y luego estaba el comedor, con las sillas altas y una mesa para veinte comensales. Siguió hacia su estancia favorita, la cocina.

Sonrió y miró a su alrededor. Los muebles blancos de siempre seguían allí. Habían sido pintados muchas veces a lo largo de los años para que mantuvieran intacto su brillo. Las encimeras eran blancas, y los aparatos eléctricos también. La cocina estaba impecable.

Kathleen entró en ese momento, procedente de la lavandería. El ama de llaves tenía cincuenta y cinco años y unos ojos castaños cálidos y amables. Su pelo había sido castaño oscuro en otra época, pero se le había puesto blanco con los años. Nunca se había casado, así que Ana y sus hermanas eran como los hijos que nunca había tenido.

–Oh, Ana, me alegro de que estés aquí. Espero que te quedes lo bastante como para que me dé tiempo a darte bien de comer y que engordes un poco. Niña, estás muy delgada.

–Peso lo mismo de siempre. Ni más ni menos.

Ana no sabía si quedarse en la casa era una buena idea. Tenía tantos recuerdos que quería olvidar. Pero así estaría más cerca del hospital, y como no había colegio en verano, no tenía que trabajar.

–Bueno, todavía tienes que engordar unos cuatro kilos y medio.

Antes de que Ana pudiera decir algo, alguien llamó a la puerta de atrás. Kathleen fue a abrir.

–Oh, hola, señor Dickson.

Ana vio entrar al anciano. Wade Dickson, tan elegante como siempre, llevaba su traje habitual. No solo era el abogado de su padre, sino también su mejor amigo. Habían ido juntos al colegio. El tío Wade les había dado más afecto a las chicas Slater que su propio padre.

Al verla, el anciano sonrió.

–Hola, Ana.

Estaba agotado. El día había sido muy largo.

–Hola, tío Wade.

Él se acercó y le dio un abrazo.

–Siento lo de tu padre. Estaba fuera de la ciudad cuando me dieron la noticia. Pero no te preocupes. El viejo Colt está hecho de una pasta resistente.

–Te agradezco que me digas eso.

El anciano soltó el aliento lentamente y la condujo al comedor. Se sentaron frente a la mesa.

–Odio hacer esto, Ana, pero tenemos que hablar de lo que vamos a hacer mientras tu padre se recupera.

–Vance es el capataz. ¿No puede ocuparse él del rancho?

Wade guardó silencio un momento. Era evidente que no le estaba dando toda la información.

–Eso es un arreglo temporal. He estado en el hospital y ahora mismo tu padre no está en condiciones de tomar ninguna decisión. Vosotras vais a tener que decidir qué hacer.

–Papá estará bien –dijo Ana–. El médico dijo… Bueno, va a necesitar algo de rehabilitación.

–Lo sé, y espero que sea así, pero, como abogado suyo que soy, tengo que cumplir con su deseo, para proteger su patrimonio y a su familia. Y ahora mismo Colton Slater no está en condiciones de estar al frente del negocio.

Ana sintió una taquicardia repentina.

–¿Qué tengo que hacer? ¿Tengo que firmar alguna nómina o algo así?

–Bueno, ante todo, Colt tiene un testamento, para que todo esto no recayera sobre ti. Tienes a un albacea que te va a ayudar.

–¿Quién?

Ana oyó que alguien hablaba con Kathleen. Un segundo después, Vance entró en la habitación.

–¿Ya se lo has dicho?

El abogado se volvió hacia ella. No tenía que decir nada. Ana ya sabía que su padre había escogido a Vance, antes de elegir a alguna de sus hijas.

–Entonces por fin tienes lo que quieres –dijo–. Ahora solo tienes que cambiarte el nombre por el de Slater.

Capítulo 2

Vance trató de mantenerse impasible. Llevaba muchos años practicando y ya había perfeccionado la técnica para no mostrar sus sentimientos ante Ana.

–Voy a dejarlo pasar, porque sé que estás enfadada. Colt me nombró a mí porque he sido capataz del rancho durante los últimos cinco años. Esto no tiene nada que ver con que yo me haga cargo de todo.

Wade Dickson les interrumpió.

–Tiene razón, Ana. Las cosas no serían distintas si tu padre me hubiera nombrado a mí. Y créeme cuando te digo que me alegro de que no lo haya hecho. Ocuparse del Lazy S es algo de mucha envergadura, y no creo que quieras hacerlo sola. ¿No es así?

Ana no se dio por vencida.

–Nunca he tenido oportunidad –dijo, mirando a uno y a otro con furia–. Papá no tuvo ningún problema en poner a trabajar a sus hijas. Pero se aseguró de no dejarnos hacer otra cosa que no fuera limpiar establos y cepillar a los caballos. Y, si hacíamos bien nuestro trabajo, nos dejaba ayudar con el rodeo y el marcado del ganado. Sin embargo, en cuanto le parecía que nos convertíamos en un incordio, nos mandaba de vuelta a casa.

Vance apartó la mirada. Llevaba muchos años viendo cómo Colt ignoraba a sus hijas. Nunca había sido muy cariñoso con ellas, pero tenía que estarle agradecido por la oportunidad que le había dado. A veces le hacía trabajar más de doce horas al día, pero también había sido generoso.

–Colt no quería que os hicierais daño –dijo Dickson–. La vida en un rancho no es fácil.

Ana sacudió la cabeza.

–Ambos sabemos la verdad. Colton Slater solo quería hijos varones. Y desde luego no quería que sus hijas se inmiscuyeran en el trabajo de su adorado rancho –le lanzó una negra mirada a Vance–. ¿Y qué pasa contigo? ¿No quieres trabajar con una mujer?

Él frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir con eso de «trabajar» exactamente?

Ella rodeó la mesa.

–Llevo esperando más de veinte años para sentirme parte de este sitio. Tengo la oportunidad y el tiempo necesario, porque no tengo que volver al colegio hasta el otoño, y tengo intención de emplear

bien el tiempo. O me ayudas o te quitas de mi camino.

–¿De qué estás hablando?

–No vas a tener siempre la última palabra aquí. Mi padre me ha dado el cincuenta por ciento del control de este lugar.

¿Por qué se comportaba como si estuvieran en mitad de una guerra?

–Hasta ahora, la única persona que tenía el control era Colt –dijo Vance, tratando de mantener un tono neutral–. Él es el jefe. Tengo intención de cumplir con todos sus deseos, porque la situación va a ser temporal. Pero si quieres trabajar catorce horas al día y oler a sudor y a estiércol, adelante –echó a andar hacia la puerta, pero entonces se detuvo–. Y no esperes que os haga de canguro ni a ti ni a tus hermanas, porque el Lazy S depende de este rodeo –dio media vuelta y se marchó.

Ana se dio cuenta de que su reacción había sido demasiado brusca. Pero Vance Rivers siempre había sido esa espina que tenía clavada. Su padre siempre le había favorecido frente a sus propias hijas. De eso no había duda. Pero las cosas estaban a punto de cambiar.

Se puso un poco más erguida.

–Parece que voy a trabajar este verano.

Wade Dickson sacudió la cabeza.

–Creo que deberías llevarte mejor con ese vaquero, si no quieres que las cosas sean más difíciles.

Eso era lo último que Ana quería. No había olvidado a aquel Vance adolescente, con su actitud desafiante y provocadora. Era guapo y lo sabía. Aquel día, cuando la había acorralado contra la pared en el granero y la había besado, no volvería a repetirse. Pero tampoco iba a salir corriendo como un conejo asustado.

Ana parpadeó. Volvió al presente.

–El problema de mi padre no ha hecho sino empeorar las cosas. Pero no voy a ignorar mis responsabilidades para con él y con el rancho.

Wade sacudió la cabeza.

–Espero que Colt valore tu lealtad, pero no seas testaruda. No creas que puedes arreglártelas tú solita. Será mejor que empieces a llevarte bien con Vance. Solo así funcionaran las cosas –suspiró–. Además, deberías pasarte por mi despacho mañana. Tengo algunos detalles que repasar contigo.

–¿Qué detalles?

–Pueden esperar hasta mañana, pero no mucho más. Trae a Vance contigo.

A Ana no le gustó la exigencia.

–¿Y qué pasa con tus hermanas? ¿Cuándo vienen?

–Ahora mismo no. De momento cuenta conmigo nada más.

Ana trató de hablar con convicción, pero en realidad no sabía ni por

dónde empezar.

Una hora más tarde, ya en el granero, Vance se puso a cepillar los flancos de su caballo castaño, Rusty. Estaba enfadado, sobre todo consigo mismo. Se había dejado provocar por ella, una vez más. ¿Cuántas veces se había dicho a sí mismo que debía olvidarse de ella? Ella no quería saber nada de él, y no era de extrañar. Llevaba años viendo cómo su padre le favorecía, cómo le dedicaba la atención que debería haber sido para sus hijas.

Muchas veces había querido decírselo a Colt, pero le estaba muy agradecido como para reprocharle algo. Colton Slater le había acogido en su casa cuando no tenía adónde ir.

Vance ya tenía que cargar con el estigma de un padre irresponsable. A Calvin Rivers no le duraban los trabajos y se bebía la nómina entera cuando encontraba a alguien que estuviera dispuesto a contratarle. Su madre se había cansado y un día había hecho la maleta para no volver jamás.

Empezó a cepillar al caballo con más fuerza. Rusty se movía hacia los lados.

–Lo siento, chico –Vance acarició al animal y guardó el cepillo–. No quería tomarla contigo.

Salió del establo y se dirigió hacia el pasillo central del granero. Se detuvo un momento y habló con dos mozos del establo, Jake y Hank. Les dio instrucciones para el día siguiente.

Se despidió rápidamente y salió al exterior. Estaban en mayo y la noche era fresca. Ese siempre había sido su momento favorito del día. El trabajo había terminado. El sol se había puesto y los animales estaban preparados para pasar la noche.

Sabía que sus días en el Lazy S estaban contados. Ya era hora de marcharse. Tenía un terreno propio y había planeado marcharse en el otoño, después de la cosecha de la alfalfa. Pero el problema de Colt lo había complicado todo. Tomó el camino, rumbo a casa. A unos noventa metros estaba la casa del capataz. Cuatro años antes, Colt le había dado una casa de tres dormitorios al hacerle capataz del rancho, después de que Chet Anders se retirara. Vance tenía veintiséis años por aquel entonces y acababa de terminar la carrera.

Aminoró el paso al llegar a la casa. Había alguien en el porche. Se detuvo. Era Ana. Estaba sentada en el columpio. Era curioso. Durante años había soñado con encontrársela allí, esperándole.

–¿Quieres seguir arrancándome la piel a tiras? –le preguntó y encendió la luz del salón.

Ella le siguió, pero se detuvo en el umbral.

–No. Quiero hablar contigo, si tienes unos minutos.

Vance se volvió y vio su rostro de preocupación. Había visto su lado más vulnerable ese día en el hospital, pero Ana Slater también tenía una lengua afilada. Sin embargo, su cerebro estaba empeñado en fijarse en otras cosas; su cuerpo esbelto, sus caderas redondas, sus piernas largas escondidas bajo unos vaqueros desgastados. Tenía suficientes curvas como para volverle loco. Le hacía desear aquello que no podía tener. Tenía que olvidarse de ella si quería trabajar a su lado.

¿Por qué no era capaz de desear a otra mujer que no fuera ella? ¿Por qué no había sido capaz de seguir adelante? Tenía que olvidar a aquella chica que le había rechazado años antes. Seguía despreciándole.

–Atacas cualquier cosa que digo o hago. Incluso yo tengo mis límites.

Ana sabía que se había excedido un poco. No era Vance el causante de su problema con su padre.

–Te pido disculpas. Dejé que unos viejos sentimientos interfirieran con lo que hay que hacer a partir de ahora. Hay que llevar este rancho. Eso es lo que hay que hacer.

Él se echó a un lado y Ana pudo respirar por fin. Pasó por delante de un sofá y se detuvo junto a la ventana que daba al corral y al granero. Era mejor que mirar a Vance. Siempre la hacía sentir así cuando le tenía cerca. Era extraño, porque llevaba años sin acercársele, aunque tampoco le había dado oportunidad.

–¿Entonces quieres hacer una tregua?

Ella miró por encima del hombro y asintió.

–Wade dijo que tenemos que trabajar juntos –dijo, apresurándose–. Por el bien del rancho y para que mi padre se pueda concentrar en su recuperación.

–No podemos esperar milagros.

Ana no pudo evitar sonreír.

–Me conformo con que haga lo que hay que hacer para volver aquí cuanto antes –soltó el aliento–. Sé que crees que mi padre me da igual, pero no es así.

–Nunca he dicho eso. Sé que has venido a verle muchas veces –levantó una mano al ver que ella trataba de negarlo–. Y, no, Kathleen no te ha delatado. He visto tu coche en la casa, y también cuando vienes a montar a caballo. ¿Por qué no te quedaste nunca a hablar con Colt?

Ana sintió lágrimas en los ojos.

–Eso es un poco difícil. Mi padre no me recibe precisamente con los brazos abiertos.

–De acuerdo. Siempre ha sido un poco hosco, pero eso quizás cambie a partir de ahora.

Ana recordó aquellos tiempos felices cuando vivía con su madre, su padre y sus hermanas en el rancho. Todo aquello había cambiado de la noche a la mañana, con la desaparición de Luisa Slater. Se había llevado consigo todo el amor del Lazy S. Las gemelas, Tori y Josie, solo tenían tres años por aquel entonces, y Marissa todavía gateaba.

Si no hubieran encontrado la nota, hubieran pensado que la habían secuestrado. Pero no había duda. Luisa Slater no quería saber nada más de su marido ni de sus hijas. Ese mismo día, su padre se convirtió en otra persona y se aisló de su propia familia.

–Tenía cuatro hijas que necesitaban su cariño. Es como si nos hubiera echado la culpa de la desaparición de nuestra madre –dijo, fulminando a Vance con la mirada–. ¿Fue culpa nuestra?

Él sacudió la cabeza.

–No puedo contestar a esa pregunta, Ana. No conocí a tu madre. Solo conozco a la mía. Y April Rivers no tuvo ningún problema a la hora de hacer la maleta y marcharse.

Ana contuvo el aliento. No recordaba lo mucho que se parecían sus vidas.

–Lo siento, Vance. Lo había olvidado.

–Eso es lo que quiero que haga la gente, que olvide mi pasado –la miró a los ojos–. Es la única forma de seguir adelante.

Vance no quería remover el pasado.

–Mira, llevar el Lazy S no es cosa fácil. Pronto tendremos el rodeo. Si tus hermanas y tú queréis ayudar, no voy a impedirlo.

–Como he dicho, dudo mucho que mis hermanas vengan, pero yo sí quiero estar. De hecho, he decidido venirme a la casa, por lo menos durante el verano, o hasta que mi padre se recupere.

–Muy bien. El día empieza a las cinco y media.

Ana pareció sorprenderse.

–Quiero ir a ver a mi padre a las diez. Y Wade Dickson quiere que nos reunamos con él mañana por la tarde en su despacho.

–¿Por qué?

–No lo sé. Dice que tiene que repasar unos detalles con nosotros.

Vance asintió.

–Entonces será mejor que duermas un poco. Mañana va a ser un día muy ajetreado.

Ana asintió también.

–Te veo mañana por la mañana –se dirigió hacia la puerta.

Vance cerró los puños. Quería llamarla para que volviera, pero… ¿para qué iba a hacerlo? ¿Para decirle que siempre había sentido algo por ella? No. Para ella no era más que ese pobre chico al que su padre le había dado un lugar donde dormir.

A la mañana siguiente, Colt sintió el calor del sol sobre el rostro. ¿Se había quedado dormido? Parpadeó y abrió los ojos. Trató de enfocar. Ese no era el mayor de sus problemas. No podía moverse. Gruñó y trató de levantar un brazo. Alguien dijo su nombre en ese momento.

Se volvió hacia una hermosa cara. Contuvo el aliento, parpadeó de nuevo y entonces se dio cuenta de que era Analeigh. Se parecía tanto a su… madre. No. No quería pensar en Luisa en ese momento.

Trató de moverse, pero no tenía fuerza suficiente. ¿Qué le estaba pasando? Trató de hablar, pero no emitió más que un sonido indefinido.

–Todo está bien, papá. Estamos aquí contigo. Tienes que quedarte quieto.

Él volvió a gruñir.

–Por favor, papá, estás en el hospital. Has sufrido un derrame, pero vas a estar bien.

Colt no podía dejar de mirarla. Había alguien a su lado. Vance.

–Hola, Colt. Me alegra ver que ya estás despierto. Los médicos lo tienen todo controlado. Estarás en casa antes de que te des cuenta. Confía en mí. Todo está en orden en el rancho. Yo me encargo de todo. Simplemente descansa y recupérate.

Justo antes de mediodía, Ana subió a la camioneta de Vance y se dirigieron hacia el pueblo, rumbo al despacho del abogado. Todavía no era capaz de sacarse la imagen de su padre en esa cama de hospital. Tenía el pecho encogido por la emoción. Aquello tenía que ser muy duro para un hombre como Colt. Siempre había sido una persona vital, trabajadora. Pero todo eso había cambiado en un abrir y cerrar de ojos.

Ana se volvió hacia Vance. Se estaba tomando el café que había comprado en el hospital.

–Toma un poco de café. Parece que lo necesitas.

–Gracias –Ana agarró su vaso de papel y bebió un sorbo–. Está bueno.

–Es del puesto de enfermeras. Lo hacen ellas mismas.

Ana se imaginó a Vance Rivers en el puesto de enfermeras, flirteando con ellas para conseguir una taza de café.

–Gracias.

–Hablemos. Solo han pasado cuarenta y ocho horas desde lo de Colt y todavía está muy medicado. Tienes que confiar en que va a ponerse mejor.

Ana miró por la ventanilla. Contempló las tierras del Lazy S, las montañas en el horizonte…

–Parecía tan indefenso.
–Dale tiempo, Ana. Tienes que tener paciencia. No le agobies.
–¿Agobiarle? No tengo pensado agobiarle. ¿Cómo puedes decir algo así?
Vance levantó una mano del volante.
–Solo quería decir que es muy fácil saber qué pasa por tu cabeza. Se te ven las emociones en la cara.
–No puedo evitarlo.
–Tienes que intentarlo, porque Colt nos necesita para recuperarse.
Aminoró la marcha. Estaban cerca del pueblo de Royerton. Fueron por la calle principal y pasaron por delante de una pequeña tienda de ultramarinos, un supermercado y la oficina de correos.
–Eso es exactamente lo que tengo pensado hacer.
–Muy bien. A lo mejor deberíamos ceñirnos al tema del rancho, pero no mencionamos que vas a trabajar con los otros mozos.
–Como si a él le importara…
Vance aparcó frente a un edificio de oficinas de ladrillo.
–¿Pero qué me dices? Colt solo me puso dos reglas. Uno, trabajar duro, y dos, no acercarme a sus hijas.
Ana le miró con ojos de sorpresa. Vance sacó las llaves del contacto y bajó del vehículo. No iba a decirle lo difícil que le había resultado mantener esa promesa.
–No lo sabía –dijo ella cuando le abrió la puerta del acompañante.
–Hay muchas cosas de Colt que no sabes.
Ana tomó la mano que Vance le ofrecía y salió a la acera.
–Eso no es culpa mía.
–No he dicho que lo fuera –Vance abrió la puerta del despacho del abogado y la dejó entrar primero–. Solo quería que lo supieras.
–¿Y qué pasa contigo? ¿Esa regla también era para ti?
Vance asintió. Se preguntó si recordaría lo que había pasado aquel día en el granero.
–Como sigues por aquí, supongo que nunca le dijiste que te lanzaste a por una de sus hijas en el granero –le dio la espalda y entró en el área de recepción.
–Vaya. No estaba solo aquel día. Hacen falta dos para lo que pasó. Si no recuerdo mal, había una jovencita por allí que iba detrás de un muchacho. No fue una buena idea. Ya sabes… Adolescentes efervescentes llenos de hormonas…
–Yo no era un hervidero de hormonas –dijo ella.
–Tú no, pero yo sí.
Wade Dickson salió de su oficina en ese momento y les recibió.
–Hola, Ana, Vance –sonrió–. Por favor, entrad y sentaos –Dickson rodeó el escritorio y se sentó frente a ellos. Abrió una carpeta, examinó unos documentos y entonces miró a Ana–. ¿Seguro que tus

hermanas no vienen?

–Ahora mismo no. ¿Por qué?

–Como sabes, el Lazy S es una finca muy grande. Tu padre es dueño de casi todo. Pero hay una buena extensión de terreno que le ha sido alquilada al estado. Y hay pagos atrasados. Conseguí una prórroga del estado, pero así solo hemos ganado unos meses para reunir el dinero. Y, si no lo pagáis, otra persona podría pedir las tierras.

Ana miró a Vance.

–Entonces hay que pagar ese dinero.

–No hay suficientes fondos.

Capítulo 3

Ana abrió los ojos.

–¿Qué quieres decir? ¿No hay suficiente dinero?

–El Lazy S ha pasado años muy difíciles. Me enteré hace poco porque me lo notificó el estado.

Ana se volvió hacia Vance.

–¿Por qué no dijiste nada?

Vance estaba tan sorprendido como ella.

–Primero, no sabía nada al respecto. Sabía que los precios de la carne de vacuno habían bajado, y que habíamos perdido varias cabezas de ganado en esa tormenta del invierno pasado, pero…

–¿Qué quieres decir con eso? ¿Cómo es que no sabías nada? Eres el capataz.

–Yo hago el trabajo físico, pero Colt lleva las cuentas. Yo uso ese dinero para pagar las nóminas, para los suministros y la comida de los animales. Colt lleva las finanzas del rancho.

Vance recordó las tierras que Colt le había dado unos años antes. Había plantado alfalfa en ellas. En seis semanas podría empezar con la cosecha. Tenían tiempo suficiente, pero… ¿serían los beneficios lo bastante grandes como para cubrir esa deuda?

–Ana, llevo años intentando convencer a tu padre para que diversifique el negocio. Perdió buena parte de sus ahorros cuando el mercado cayó hace unos años. En el pasado, ese dinero siempre fue un colchón que lo ayudaba a pasar las épocas difíciles.

–¿Y qué hacemos ahora?

–Como ha dicho el señor Dickson, tenemos casi seis meses –la miró a los ojos–. No puedes hacer esto sola. Creo que tienes que reunir a tus hermanas.

Treinta minutos más tarde, Vance y Ana salieron del despacho del abogado.

–Parece que te vas a caer en cualquier momento.

–Sí. Gracias. Eso es lo que toda mujer quiere oír.

–Come algo.

–Tienes razón, pero debería irme a casa y ver qué puedo hacer para resolver este lío.

Ignorando sus palabras, él la hizo cruzar la calle y la condujo hacia

un pequeño restaurante familiar, el Big Sky Grill.

–Primero tienes que comer –le abrió la puerta, pero ella no se movió–. Puedo seguir así todo el día.

Ella le fulminó con la mirada, pero finalmente tiró la toalla.

–Muy bien. Una comida rápida.

Fueron recibidos por los dueños, Burt y Cindy Logan. Burt les acompañó hasta una mesa situada junto a la ventana que daba a Main Street. Varios asiduos del lugar pararon a Ana por el camino para preguntarle por su padre. Cuando logró escabullirse por fin, tomó asiento frente a Vance. Él tomó la carta y comenzó a leer.

Cindy apareció con dos vasos de agua.

–¿Cómo está tu padre?

–Mucho mejor. Ahora está estable, pero tienen que hacerle más pruebas.

La mujer les tomó nota y se marchó.

Ana sacudió la cabeza.

–No me puedo creer lo mucho que se preocupa la gente. Es curioso, ¿no? Parece que se llevaba bien con todo el mundo excepto con sus hijas.

Vance se encogió de hombros.

–¿Y por qué te sorprende? La familia Slater fue una de las fundadoras de Royerton. Todo el mundo respeta a Colt por aquí. No ha sido un padre perfecto –Vance se echó hacia atrás en la silla–. ¿Pero por qué te quedaste? ¿Por qué no te fuiste, como tus hermanas?

Ana le miró con unos ojos que eran iguales a los de Colt.

–Me quedé por mis hermanas, y entonces conseguí el trabajo en el instituto –se encogió de hombros–. Ya no sé si importa siquiera.

Vance se inclinó hacia delante.

–Mira, Ana, no sé por qué Colt hacía muchas cosas de las que hacía. No hay duda de que es un hombre infeliz. He oído historias sobre cómo era de joven, antes de que se fuera tu madre… ¿La recuerdas?

–Era muy pequeña, pero, sí. La recuerdo. Recuerdo lo hermosa que era. Su voz, su tacto… –se volvió hacia él.

Vance vio las lágrimas en sus ojos.

–Quería odiarla, pero pasé años rezando para que volviera y fuera nuestra madre de nuevo.

–Eso es comprensible –dijo él, tocándole la mano.

Ella bajó la mirada y retiró la mano lentamente.

–¿Lo es? ¿Desearías que volviera tu madre?

–Sí. Todos los niños quieren eso, sobre todo cuando tu padre no está ahí para darte de comer y tienes hambre.

Vance soltó el aliento.

–Y no puedes ir al colegio porque no tienes zapatos. Los chicos se burlan de ti por cosas como esa. Pero a veces tienes tanta hambre que

te da igual, porque sabes que te darán de comer gratis a la hora de la comida.

Vance vio esa extraña mirada en sus ojos y se dio cuenta de que le había revelado demasiadas cosas.

Esa vez fue ella quien le agarró la mano.

–Oh, Vance. No tenía… no tenía ni idea.

Él se apartó.

–Nadie tenía ni idea. Cuando tenía catorce años, me harté y traté de escapar. Era grande para mi edad y esperaba encontrar un trabajo en algún sitio. Me escondí en la parte de atrás de una camioneta en un aparcamiento para poder escapar del pueblo. No sabía que era de Colt hasta que me vi en el Lazy S. Decidí dormir en el granero antes de seguir con mi viaje por la mañana. Él me encontró. Claro.

Ana no quería sentir empatía por ese chico indigente.

–Y te convertiste en el hijo que mi padre siempre quiso.

–Como te dije antes, solo quería sobrevivir. Colt me salvó de una infancia cruel. Siento que pensaras que tenías que competir conmigo para conseguir la atención de tu padre.

Ella se encogió de hombros. Todo parecía tan infantil en ese momento.

–Ya no tiene importancia. Colt hizo su elección hace mucho tiempo y es por eso que no puedo hacer que mis hermanas vuelvan.

–Si te presentas en su puerta, tendrán que escucharte. Deberían ayudarte con las decisiones médicas que haya que tomar respecto a tu padre.

–No conoces a mis hermanas… así que creo que deberías venir conmigo.

La enfermera levantó a Colt de la cama para que pudiera incorporarse por fin, pero lo que realmente quería el dueño de Lazy S era salir de allí cuanto antes. La cosa no era fácil, no obstante. Todavía estaba débil como un ternero recién nacido, y apenas podía mover el brazo derecho.

–¿Mejor, señor Slater? –le preguntó la enfermera, llamada Erin.

Colt gruñó. Ella sonrió y le colocó el botón de llamada junto a la mano.

–Apriételo si necesita algo. Su hija llegará en breve. Además, vendrán a hablarle de la terapia pronto.

Colt volvió a gruñir. ¿Qué bien iba a hacerle todo aquello?

–Necesitará un poco de rehabilitación para ponerse en forma de nuevo, señor Slater, pero tiene posibilidades de recuperarse del todo. Solo tiene que trabajar duro.

Como si no hubiera trabajado duro toda su vida… La enferma

encendió la televisión y salió de la habitación, dejándole solo.

Una ola de tristeza se apoderó del viejo Colt Slater. Su vida pasaba ante sus ojos como una película. Luisa… Aquel día en el rodeo, al verla por primera vez, había creído que era un ángel.

Unas semanas más tarde, se había casado con ella.

La presión que sentía en el pecho se hizo más fuerte al recordar aquella noche, cuando regresó a casa, loco por ver a las niñas. Luisa llevaba un tiempo comportándose de una forma distante. Se había ofrecido a buscar a alguien para que la ayudara con las niñas, pero ella le había dicho que quería ser su madre a tiempo completo. Más tarde, esa misma noche, se la había encontrado llorando y le había preguntado qué le pasaba.

–Hazme al amor hasta que desaparezcan todas las cosas malas.

Colt soltó el aliento. Aquella noche habían hecho el amor con toda el alma, con el corazón, con la cabeza… A la tarde siguiente, al llegar a casa, se había encontrado con una niñera. Su esposa se había marchado para siempre. Solo había dejado una nota en la que decía que ya no quería vivir con él y con las niñas.

La buscó por todas partes, pero no logró encontrarla. Y entonces recibió los papeles del divorcio.

Dos días más tarde, Vance y Ana se subieron a un avión que los llevó a California. Al aterrizar en el aeropuerto de Los Ángeles, Vance se preguntó cómo le había convencido. Por una parte, no soportaba las ciudades grandes. Además, si se llevaba mal con Ana, la cosa era mucho peor con sus hermanas.

El avión se detuvo junto a la terminal.

–No sé si esto va a suponer alguna diferencia –dijo Ana. Estaba un poco nerviosa–. ¿Y si Tori y Josie se niegan a ayudarme?

–Entonces volvemos a Montana y vemos qué hacemos. Ya se nos ocurrirá algo. Te lo prometo.

Ella le miró a la cara y vio esa sonrisa sexy. El corazón le dio un vuelco y no tuvo más remedio que apartar la mirada. No quería pensar en él de esa manera. No tenía excusa posible.

Cuando el avión se detuvo junto a la puerta de embarque, se desabrochó el cinturón. Vance se puso en pie y abrió el maletero superior. Sacó el bolso de Ana, su petate y su sombrero vaquero. Se echó a un lado y la dejó salir al pasillo. Era imposible no rozarse contra ella. El espacio era muy reducido. Ana aspiró su aroma. Podía sentir su cuerpo duro contra la piel.

Como no llevaban equipaje, se dirigieron hacia el puesto de alquiler de coches. Vance alquiló un sedán de tamaño medio.

–¿Puedes conducir por las carreteras de Los Ángeles?

Él se quitó el sombrero y lo tiró sobre el asiento de atrás.

–Pronto lo sabremos.

–Aquí está la dirección del negocio de Josie.

Vance tomó el papel y metió la dirección en el GPS. Terminaron en la parte más antigua de Los Ángeles, no lejos de Griffith Park. Era un edificio de dos plantas de estuco, de estilo español.

Bajaron del coche y leyeron el directorio que estaba en la pared. No fue difícil encontrar la oficina. El letrero de la puerta de cristal decía: *Slater Style.*

–Un nombre pegadizo –dijo Vance.

–Josie es así –dijo Ana, soltando el aliento–. Muy bien. Terminemos ya con esto.

Vance asintió, abrió la puerta y la dejó entrar. La zona de recepción se componía de un escritorio y varias sillas pegadas a la pared. No había nadie por allí. Miró el reloj.

–Supongo que todo el mundo estará comiendo. ¿Le dijiste a Josie que veníamos?

–No. No quería que encontrara una excusa para esquivarme.

De repente, la puerta se abrió. Era una joven con una bolsita de comida para llevar. Les resultaba familiar, pero no era la gemela que esperaban encontrar.

Victoria Slater tenía el pelo oscuro y la misma sonrisa encantadora de su hermana mayor.

–¿Ana? ¿Qué estás haciendo aquí?

–¿Tori? –Ana le dio un abrazo–. Creo que ya sabes por qué he venido. ¿Pero qué estás haciendo en la oficina de Josie?

–Bueno, también es mi oficina, desde hace unos meses. Dejé mi trabajo y decidí que era momento de hacer algo propio –asintió–. Josie me ofreció un espacio aquí y monté mi propia empresa de diseño web.

Tori tenía el color de tez de su madre, los mismos ojos negros y el cabello color azabache. Llevaba el cabello más corto, justo por debajo de la barbilla.

–Me alegro mucho. ¿Qué tal va el negocio?

–Bien. Muchos de mis clientes antiguos se han venido conmigo, y me gusta ser mi propia jefa.

Tori reparó en Vance, por fin. Parpadeó, sorprendida.

–Vance, me alegro de verte –la sonrisa se le borró de la cara–. Espera un momento. ¿Ha pasado algo más con Colt?

–No. Tu padre está bien –le dijo Vance–. Dejaré que tu hermana te explique el resto.

–Tenemos que hablar de lo que vamos a hacer. Papá no va a ponerse bien de la noche a la mañana, así que tenemos que hablar… de algunas cosas. Del rancho, básicamente.

La rabia se hizo evidente en la mirada de Tori.

–Por lo que a mí respecta, el rancho puede saltar por los aires. Odio ese lugar.

Ana no se mostró sorprendida por la reacción de su hermana.

–Tori, no puedes estar hablando en serio. Es nuestro hogar.

La hermana más joven sacudió la cabeza.

–Para mí solo era una casa enorme y vieja. Papá se puso muy contento cuando nos fuimos todas.

–Te entiendo, pero ahora mismo Colt no puede hablar, ni tomar decisiones. Y tengo que recordarte que ese rancho lleva tres generaciones en manos de nuestra familia.

Tori empezó a decir algo, pero en ese momento se abrió la puerta.

–Hola, Tori, ya era hora… –Josefina Slater se paró en seco–. ¡Ana! ¿Qué estás haciendo aquí?

–Parece que hay mucho eco aquí –dijo Ana, abrazando a su hermana.

Josie tenía la piel clara y el pelo castaño. Los ojos eran azules, como los de su padre. Las mellizas no se parecían en nada, excepto en la forma de la cara y en la sonrisa.

–Contestando a tu pregunta, como no veníais a casa, he venido yo.

Josie reparó en Vance. Este la saludó.

–¿Y pensaste que era necesario traer refuerzos? Hola, Vance. Cuánto tiempo.

–Me alegro de verte, Josie.

–Vance ha venido para ayudarme a haceros ver la gravedad de la situación.

Josie frunció el ceño. Era evidente que no se iba a dejar convencer fácilmente.

–Tal y como te dije cuando llamaste la semana pasada, tengo un evento importante. No puedo irme ahora.

Ana sintió una gran tristeza al ver que no estaban dispuestas a ir a casa para ver a su padre.

–Lo entiendo. Sé que tu trabajo es ese, organizar eventos, pero tienes que estar en casa. Estoy hablando de nuestro padre. Somos una familia.

Josie miró a su hermana melliza.

–Parece que Vance y tú hacéis muy buen equipo. Te damos permiso para que tomes todas las decisiones necesarias.

–Se trata de algo más que llevar el rancho –dijo Ana–. Ojalá Marissa estuviera aquí. Debería oír esto también.

–Creo que eso sí puedo solucionarlo –dijo Tori.

Les hizo pasar a su despacho, pero Vance se quedó en la zona de recepción.

Tori pasó por detrás del escritorio y abrió el portátil.

–Si no está por ahí en algún sitio, creo que estará en casa –después de teclear unas cuantas cosas, sacó una imagen en la pantalla.

–Hola, Tori.

–Hola, Marissa.

–¿Qué pasa?

–Bueno, unas cuantas cosas. Tengo a alguien aquí que quiere hablar contigo.

Ana se puso delante del monitor y los ojos se le humedecieron de inmediato. Su hermana pequeña estaba en la pantalla, sentada frente a un escritorio.

–Hola, Marissa.

–Oh, Ana. Estás en California.

Ana asintió.

–Ojalá pudiera verte en persona también. ¿Y si voy a San Diego? Si estás por allí…

Vio auténtico pánico en los ojos de su hermana pequeña.

–Bueno… a lo mejor… Pero ahora mismo no es una buena idea. Voy a pasar toda la semana en un rodaje. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

–Tengo que regresar pronto para cuidar de papá.

Marissa titubeó.

–¿Cómo está?

Ana miró a Vance, buscando algo de apoyo.

–Está bien. Es por eso que he venido. El tío Wade vino a verme hace unos días. Como papá está incapacitado temporalmente, tiene que haber un albacea que se ocupe de todo.

–¿Entonces el tío Wade es el jefe ahora?

–No. No lo es. Papá nos nombró a Vance y a mí.

Las mellizas miraron al vaquero.

–¿Por qué no me sorprende? –dijo Josie–. Siempre ha tratado a Vance como si fuera de la familia.

Vance guardó silencio.

–Parece que soy el único que sabe cómo llevar un rancho –dijo finalmente.

–Eso no es culpa nuestra –dijo Tori.

Todas las hermanas se enfrascaron en una discusión. Vance se llevó los dedos a la boca y sopló con fuerza. El silbido fue suficiente para hacerlas callar.

–Yo no pedí este trabajo. Pero, ya que lo tengo, quiero hacer todo lo posible para conservar el rancho.

–El rancho tiene problemas financieros. Problemas grandes –Ana las puso al tanto de todo.

–No es solo dinero lo que queremos –dijo Vance–. Necesitamos ideas para hacer que el rancho tenga más ingresos e impedir que esto vuelva a ocurrir. ¿El Lazy S es lo bastante importante para tus hermanas

como para que nos ayuden a salvarlo? –le preguntó a Ana–. ¿Podemos contar con vuestro apoyo?

Vance dio media vuelta y salió del despacho. Tori suspiró.

–Muy bien, chicas. Si no queréis hacerlo por nuestro padre, tengo otra idea.

Ana miró a las mellizas y luego a Marissa.

–Hagámoslo por nosotras. Demostrémosle a Colt Slater que sus hijas pueden llevar el rancho.

Capítulo 4

Tres horas más tarde, Ana se despidió de sus hermanas y dejó las oficinas de Slater Style en compañía de Vance. Era una pena no haber podido convencerlas para que la acompañaran a casa.

–Adelante. Dime que lo he hecho muy mal –dijo él mientras conducía, rumbo al hotel del aeropuerto.

–No. No digo nada. Tus hermanas tendrán que decidir solas si quieren venir a casa o no –se detuvo en un semáforo y la miró a los ojos–. Entiendo cómo se sienten. He visto cómo os ha tratado Colt durante años.

–Pero nunca hiciste nada.

–No puedo decir que me gustara, pero yo también era un niño. Me gustaba tener un techo sobre mi cabeza, y comida en el estómago.

Ana recordó aquella noche… Vance se había presentado a la hora de la cena. No era más que un adolescente escuálido y desafiante. Al principio le había dado pena. Su padre le pegaba cuando estaba borracho.

Vance se detuvo frente al hotel. El aparcacoches se les acercó y le abrió la puerta.

–Buenas noche, señora.

Ana bajó del vehículo y le dio las gracias. Mientras tanto, Vance sacó las maletas. Un botones le ayudó a llevarlas. Llegaron al mostrador de recepción. Una preciosa rubia les recibió. Llevaba el nombre escrito en una etiqueta. Jessica… Al ver a Vance sonrió. ¿Por qué no iba a hacerlo? Era un hombre apuesto. Él dejó el sombrero sobre el mostrador.

–Hola. Necesitamos dos habitaciones para esta noche.

–¿Tienen reserva?

–Lo siento, pero no tenemos. Ha sido un viaje imprevisto.

La recepcionista frunció el ceño y empezó a buscar en la pantalla del ordenador.

–Estamos completos esta noche.

Sin dejar de mirarla, Vance se le acercó.

–Seguro que puedes encontrar algo.

Jessica suspiró y continuó con la búsqueda.

–Oh, bien. Sí que tenemos una suite de una habitación.

–Nos la quedamos –dijo antes de que Ana pudiera objetar algo. Sacó la tarjeta de crédito.

Unos minutos después, ya estaban en el ascensor. Vance contuvo el aliento cuando salieron a la planta correspondiente. Resultaba raro que Ana no se hubiera quejado por tener que compartir la habitación, aunque tampoco le había dado elección. Encontraron la suite rápidamente. La estancia era muy espaciosa. Había un sofá, que sin duda sería su cama. Pasó a la siguiente habitación.

–Tú quédate con la cama. Yo dormiré aquí fuera.

Ella sacudió la cabeza.

–Eres demasiado alto para el sofá. Quédate tú la cama.

Vance no quería pelearse por la cama.

–¿De verdad crees que vas a ganar esta discusión?

–Muy bien. Duerme donde quieras.

Vance fue hacia el teléfono y apretó el botón del servicio de habitaciones.

–¿Qué quieres comer?

–Me da igual –Ana empujó su maleta hasta la habitación y cerró la puerta.

–Va a ser una noche larga –dijo, y entonces habló por el teléfono–. Quisiera pedir dos filetes, poco hechos, con patatas asadas y ensalada verde.

Le dijeron que tardarían treinta minutos.

Algo ansioso, Vance fue hacia el minibar. Renunció a los botellines de cerveza a favor de un refresco. Lo abrió y fue hacia la ventana. Retiró las cortinas. Al otro lado se extendía el mar de luces que era la ciudad de Los Ángeles. De repente echó de menos el aislamiento del rancho. Allí no había luces, sino estrellas en el cielo.

Se dio la vuelta y allí estaba Ana, al otro lado de la habitación. Todavía llevaba sus pantalones negros y la blusa estampada, pero estaba descalza.

–Parece que hemos terminado en una situación de lo más peculiar. Hace muchos años que no pasábamos tiempo juntos. Entiendo que sientas que somos dos extraños.

Ella luchó por esconder una sonrisa.

–Sí. Eres el hermano que nunca quise.

–¿Era por eso que me odiabas?

Ella frunció el ceño.

–«Odiar» es una palabra muy fuerte. Pero sí estaba enfadada contigo, por la atención que papá te daba.

–Ojalá hubiera podido ayudar con eso.

Ana sacudió la cabeza.

–Nadie se cruza en el camino de Colt Slater.

No era cierto. Vance se había cruzado en una ocasión, cuando se había acercado a su hija. Ana había sido la única tentación que había tenido, aquel día en el granero, cuando la había besado…

Ahuyentó los recuerdos.
–Ojalá hubiera podido ayudar.
Alguien llamó a la puerta.
–Sí que han sido rápidos.
Vance abrió la puerta. Esperaba al servicio de habitaciones, pero era un botones con un cubo lleno de hielo, una botella de vino y dos copas.
–Señor Rivers, cortesía de la casa.
Vance se echó a un lado y le dejó pasar. El hombre puso la botella sobre la mesa y empezó a descorcharla. Sirvió una pequeña cantidad en una de las copas y se la ofreció a Vance.
Este bebió un sorbo y asintió.
–Muy bueno.
–Gracias, señor. Es un vino del norte de Los Ángeles.
El botones llenó las dos copas y Vance le dio una propina antes de que se marchara.
–Parece que has impresionado a la de recepción –dijo Ana.
Vance agarró una copa y se la entregó.
–Jessica es la ayudante del gerente.
Ana vaciló un momento, pero aceptó la copa.
–No me gusta mucho beber.
–A mí tampoco, pero creo que esta noche no nos vendrá mal una copita de vino –levantó su copa para brindar y entonces bebió otro sorbo–. Ven a ver las estrellas de Los Ángeles.
Ana no sabía si beber alcohol era una buena idea, pero no tenía que ir a ningún sitio. Caminó hasta la ventana.
–¿Dónde?
Él señaló hacia abajo.
–Están ahí abajo. Mira todas esas luces.
–Oh, vaya. Cuántas casas.
–A mí también me parece que están un poco hacinados. ¿Cómo soportan vivir tan cerca los unos de los otros?
Ana bebió otro sorbo, disfrutando del sabor del vino.
–¿Y el ruido? ¿Cómo aguantan el ruido y el tráfico?
Él se encogió de hombros.
–No tengo ni idea. Siento que tengo mucha suerte al haber terminado en el Lazy S.
–Lo sé –Ana se volvió hacia él.
Se sentía abrumada por todo lo que había ocurrido la semana anterior.
–No quiero perder el rancho, Vance. No puedo.
Él la miró a los ojos.
–Te prometo, Ana, que no lo perderás. No dejaré que ocurra.
–¿Entonces me ayudarás?

Ana se dio cuenta de que le estaba mirando los labios. De repente se acordó de aquel día. La había mirado de la misma forma, justo antes de besarla.

–No tienes ni que pedirlo, ojos brillantes.

Su voz grave y aterciopelada la hizo sentir un escalofrío a lo largo de la espalda. Bebió otro sorbo y entonces sintió un pequeño mareo. No sabía si era por el vino o por él. Le agarró del brazo para recuperar el equilibrio.

Mirarle a los ojos… era un error.

–Me gusta que me llames así.

Nada más hablar, Ana se arrepintió de lo que había dicho.

Vance frunció el ceño.

–Creo que necesitas comer algo –dijo Vance.

Tomó las dos copas de vino y las dejó sobre la mesa.

–Pensándolo bien, no comiste mucho hoy.

–Discutir con mis hermanas siempre me hace perder el apetito –las lágrimas la asediaron de nuevo–. Están tan enfadadas con papá. Pero no puedo echarles la culpa.

Vance la agarró de los brazos.

–Mira, Ana, tienes que darles tiempo. Tengo la sensación de que finalmente encontrarán el camino a casa.

Ana vaciló un momento. Su tacto era imposible de ignorar.

–¿Vas a dejar el rancho si Colt no se pone mejor?

–¿Quieres que me vaya? –le preguntó él.

Ana no podía imaginar cómo sería el Lazy S sin él. Sacudió la cabeza.

–No. Tienes que quedarte. Quiero decir que… Estás al tanto de todo, conoces el ganado, los cultivos.

Vance sabía que estaba exhausta. Los días vividos empezaban a pasarle factura, y el vino podía empeorar las cosas. Era tan fácil acercarse y robarle un beso…

Retrocedió rápidamente. ¿De dónde había salido ese pensamiento?

–Busquemos una forma de ganar dinero.

Ana agarró su copa y bebió otro sorbo.

–¿Y qué pasa con el rodeo?

–Los precios del ganado están bajando y nuestro rebaño es pequeño. No es suficiente. Además, hay algo que tenéis que saber… –se detuvo.

Ana le miró con esos ojos azules en los que podía perderse. Lo último que quería era darle más malas noticias.

–¿Qué?

–Necesitamos algo más que un arreglo temporal. Desde que soy el capataz del rancho, los beneficios no han hecho más que bajar. Sé que no hay fondos para pasar por una época de crisis. A lo mejor tenemos que reducir el negocio, vender cabezas de ganado… Tenemos que

encontrar una solución.

Llamaron a la puerta y Vance fue a abrir. Era el mismo empleado de antes con el carrito de la comida. Les dio un tique para firmar y se marchó. Vance fue hacia la mesa y le sacó una silla a Ana.

–Vamos a comer.

–Gracias –dijo ella, sentándose.

Bebió otro sorbo de vino y le observó mientras se sentaba frente a ella. Era un hombre muy apuesto. Lo era. Esos ojos marrones ligeramente hundidos y la mandíbula cuadrada, cubierta por una fina barba de unas horas, le daban un aire interesante y viril. Había sido guapo de adolescente, pero se había convertido en un hombre irresistible y seguro de sí mismo.

Se fijó en su boca. Tenía el labio inferior carnoso… No podía evitar preguntarse cómo sería…

Ana apartó la mirada. ¿Qué estaba haciendo? No podía pensar de esa forma en Vance Rivers. Además, a lo largo de los años, muchas mujeres habrían pasado por su cama.

Al día siguiente, cuando el avión aterrizó en Montana, Ana estaba agotada. No había logrado descansar mucho, por culpa del hombre que dormía al otro lado de la pared.

Vance había aparcado su camioneta en el aparcamiento del aeropuerto, así que pudieron ir directamente al hospital. El viaje en coche fue tranquilo, y Ana lo agradeció. Tenía un ligero dolor de cabeza, gracias a esa segunda copa de vino que se había tomado, la que Vance no se había tomado con ella.

Se bajaron del ascensor en la segunda planta y se dirigieron a la habitación de Colt. La cama estaba vacía. Colt estaba sentado en una silla de ruedas.

–Oh, papá. Mírate –Ana fue hacia su padre. Quería abrazarle, pero no lo hizo. Le puso una mano sobre el brazo–. ¿Cómo te sientes?

Colt la miró un instante y entonces apartó la vista. Ana sintió una punzada de dolor que la recorría de pies a cabeza. A esas alturas, ya debería haberse acostumbrado a sus desprecios, pero todavía le dolían.

Un hombre joven con una bata de médico entró en la habitación. Le sonrió.

–Bueno, Colt, parece que hoy estás teniendo mucho éxito con las chicas.

El joven sonrió de oreja a oreja. Le ofreció la mano a Ana.

–Hola, soy Jay, el terapeuta de Colt.

Ana le estrechó la mano.

–Ana Slater. Soy la hija de Colt.

Jay miró a Colt.

–No me habías dicho que tenías una hija tan guapa.

Ana apartó la mano.

–¿Mi padre ha tenido ya alguna sesión de terapia?

–Sí –dijo Jay–. Y lo hizo muy bien.

Vance estaba de pie al otro lado de la habitación, observando al terapeuta. Nunca le había gustado esa clase de hombre; esos que sonreían todo el tiempo cuando había una mujer delante. Fue hacia Colt y se sentó a su lado.

–Me alegro de ver que te has levantado de la cama –dijo, mirando a Ana y después al terapeuta–. Sé que esto ha sido difícil para ti, Colt, pero quiero que sepas que me estoy ocupando de todo en el rancho. Yo estaré al frente de todo hasta que vuelvas a casa.

Colt no dijo nada. Vance decidió utilizar otra táctica.

–Ana y yo acabamos de volver de Los Ángeles. Fuimos a ver a Tori y a Josie.

Colt le lanzó una mirada y emitió un sonido indefinido.

–Muy bien, Colt. Ana está tratando de traerlas a casa.

Otro gruñido.

–No hay elección. Necesitamos que nos ayuden con el rancho. Vamos. Son tu familia. Y tienes mucha suerte de tenerlas –Vance se puso en pie y volvió junto a la puerta.

Colt Slater era un hombre muy testarudo.

Más frustrado que nunca, Colt quería llamar a Vance para que volviera, pero le era imposible articular palabra. No podía dejar que sus hijas fueran a Montana. Estaban mucho mejor sin él. Estaban mejor sin un viejo cascarrabias que no era capaz de superar el abandono de la mujer que amaba.

Todo había sido así desde aquel día triste. Él no sabía cómo criarlas y, cada vez que las miraba, la veía a ella. Jamás había superado la traición de Luisa.

Cerró los ojos y deseó por enésima vez haber hecho algo para cambiar el pasado. Ojalá hubiera podido hacer que su mujer se quedara, al menos, por el bien de sus hijas… Se arrepentía de muchas cosas, pero lo peor había sido ver sufrir a sus hijas porque no era capaz de lidiar con su propio fracaso. Miró esa mano inútil que no le respondía. Ya era demasiado tarde. El rancho ya no le importaba, pero no soportaba ver el dolor en los ojos de sus hijas. Ya les había causado bastante sufrimiento. Lo mejor para ellas era olvidarse de él para siempre.

A la mañana siguiente, Ana se levantó pronto y fue al pueblo. Necesitaba algo de ropa para una estancia larga en el rancho. Pasó por su apartamento y se llevó todos sus vaqueros y botas. De repente sentía una extraña alegría al volver a vivir en el Lazy S. Podría montar a caballo todos los días, y no solo cuando tuviera tiempo o cuando supiera que su padre no iba a estar por allí.

Después de cerrar con llave la puerta de su pequeño apartamento de una habitación, Ana metió las maletas en su utilitario. Tenía dos meses de vacaciones y podía tomarse más tiempo si era necesario, pero su sueldo quizás fuera imprescindible, si las cosas no salían bien en el rancho. Además, había facturas médicas que pagar.

Ahuyentó esos pensamientos y entró en el coche. Recorrió el pueblo de un lado a otro, pasando por Main Street. Los comercios eran los mismos de siempre. Los edificios de los años veinte albergaban negocios como el Big Sky Grill, una tienda de ropa, la boutique de Missy y una tienda de antigüedades, Treasured Gems. En la esquina estaba la fachada de ladrillos que tan familiar le resultaba.

Clarkson's Trading Post and Outfitter, leyó.

Era el negocio de la familia de su mejor amiga, Sarah Clarkson. Se conocían desde la escuela infantil. Sarah era la tercera generación que se quedaba trabajando en el negocio familiar.

Ana aparcó delante y bajó del vehículo. Quería darle las gracias a la familia de su amiga por las flores que le habían mandado a Colt. Entró en la tienda. A su alrededor había muchos percheros de ropa y las paredes estaban llenas de aparejos de pesca y equipos de caza. El establecimiento estaba lleno de clientes. La temporada de pesca con mosca estaba en su punto más álgido.

Miró a su alrededor y vio a Hank y a Beth Clarkson detrás del mostrador. Sarah acababa de salir del almacén. La acompañaba uno de los guías con licencia que trabajaban en la tienda, Buck Patton.

Sarah sonrió al verla. Levantó una mano y le pidió que esperara un poco. Se volvió hacia el grupo que estaba con Buck y le dio instrucciones.

–Oh, me alegro tanto de verte –dijo tras haberse despedido del grupo–. ¿Tu padre está bien? Fuimos al hospital, pero no pudimos ver a Colt.

Ana asintió.

–Está mucho mejor. Ya ha empezado con la terapia. Quería decirte que me voy a quedar en el rancho todo el verano.

La pelirroja parpadeó, sorprendida.

–¿Por qué? ¿Ya le dan el alta a tu padre?

Ana sacudió la cabeza.

–No, pero tengo que ayudar. Papá va a tardar un poco en recuperarse, y como no puede ocuparse del rancho ahora mismo, me

han nombrado albacea.

–Eso me sorprende. Colt Slater dándoles algo a sus hijas, aunque sea una responsabilidad… Me sorprende mucho.

–Bueno, no voy a hacerlo sola. El otro albacea es Vance.

–Bueno, ¿por qué no me sorprende? ¿Entonces vas a portarte bien con él?

–Voy a estar demasiado ocupada pensando en cómo llevar el Lazy S. No voy a tener tiempo para nada más. Tenemos rodeo dentro de unas semanas.

Sarah la miró fijamente, pero no tuvo tiempo de hacer ningún comentario. Sus padres aparecieron en ese momento. Le dieron un abrazo a Ana. Cuando era niña, Ana quería que fueran sus padres también.

–¿Cómo está tu padre, Ana?

–Mucho mejor, gracias. Pero la rehabilitación va a ser larga.

–Si hay alguien que puede conseguirlo, ese es Colt. Es demasiado testarudo como para no poder con esto.

–Sí lo es.

–A mí no tienes que decírmelo. Llevo años intentando que deje entrar a mis guías en el rancho –sacudió la cabeza–. En la zona norte hay un sitio con muy buena pesca, muy desaprovechado.

–¿Querías pescar en el rancho?

–Quería que tu padre ganara algo de dinero. Colt siempre decía que no. Le gusta preservar tu intimidad.

De repente, Ana tuvo una idea.

–¿Todavía quieres pescar allí?

Hank hizo una pausa.

–¿Lo dices en serio? Esa zona de Big Hole River es increíble. Podría mandar grupos todos los días, aunque el dinero de verdad está en los viajes nocturnos y de fin de semana –le enseñó la tabla en la que apuntaba las tarifas que pagaban los pescadores por hacer esa clase de viajes.

Perpleja, Ana le invitó al rancho para visitar la zona en cuestión. Solo quedaba convencer a Vance. ¿Se pondría de parte de Colt o la apoyaría?

Capítulo 5

Tras haber ido al hospital Vance se fue a casa por la tarde. La visita no había servido de mucho. Colt apenas era consciente de su presencia. Había intentando hablar de los asuntos del rancho, pero el anciano no parecía interesado en el tema.

De camino a casa, había parado en el Big Sky Grill para comprar algo de cena. Lo único que quería esa noche era cenar e irse a la cama. Al bajar de la camioneta, oyó que alguien le llamaba por su nombre. Se dio la vuelta y allí estaba Ana. Iba hacia él por el camino del granero.

Le sonreía… El pulso se le aceleró. Ya no podría dormir por la noche.

–¿Por qué tanta prisa?

–Estoy emocionada –le dijo, apenas sin aire.

Tenía una carpeta en la mano.

–¿Tienes un minuto?

–Claro.

–¿Te importa que entremos? Así voy cenando.

–Oh, lo siento. Deberías comer. Ya vuelvo luego.

Él la agarró del brazo para que no se fuera.

–No te vayas. Quiero decir que… es una tontería que vuelvas a la casa. Ven conmigo.

–Solo si comes mientras hablo.

Caminaron hasta el porche.

–Bueno, eso suena bien.

Una vez dentro, Vance encendió la luz y fue hacia el área del comedor. Puso la bolsa de comida sobre la mesa y colgó el sombrero de la puerta.

–¿Quieres algo de beber? –abrió la nevera–. Tengo refrescos y leche.

–Nada. Gracias.

Ana miró a su alrededor. La decoración era minuciosa, detallista… Era la casa de un hombre, pero todo estaba limpio y ordenado.

–¿Te gusta lo que ves?

Ana se volvió hacia él.

–Lo siento. Nunca te imaginé en una casa.

Vance puso dos refrescos sobre la mesa.

–Me imaginabas en una habitación, encima del granero.

–No. No te imaginaba en el granero. Es que… tienes muy buen

gusto… con la decoración. Regresó a la mesa y se sentó.

–Y, para que conste, papá no debió dejarte vivir en el granero.

–Creo que trataba de proteger a sus cuatro hijas. Y era un apartamento encima del granero.

De repente, Ana le agradeció el refresco.

–Por favor, come –dijo y le dio un sorbo.

Vance se sentó frente a ella. Abrió la lata de refresco y bebió.

–Muy bien, ¿qué es tan importante que no puede esperar a mañana? –le preguntó mientras abría el sobre de la comida.

–¿Sabías que papá rechazó una propuesta de negocio de Hank Clarkson? Hank le ofreció dinero por dejar que sus pescadores pescaran en el rancho.

Vance se encogió de hombros y tomó un trozo de carne.

–Hace mucho sí que oí algún rumor. Pensé que no habían logrado ponerse de acuerdo.

Ana abrió la carpeta.

–Bueno, si se hubieran puesto de acuerdo, el rancho hubiera ganado mucho dinero.

Vance siguió comiendo.

–Te escucho.

–Esta tarde fui al pueblo a recoger algo de ropa de mi apartamento. Después pasé por Clarkson’s Trading Post para ver a mi amiga Sarah. Hank Clarkson me preguntó por papá y entonces me habló de esa zona de Big Hole River que está dentro del rancho.

Vance la observaba, hipnotizado por el movimiento de su cabello sobre la exquisita piel de sus hombros.

–Parece que Hank tiene varios clientes que quieren pescar en un área privada del río.

Sacó un papel en el que figuraban las tarifas que pagaban los pescadores.

–Podríamos ganar una parte de ese dinero.

–¿Y eso va a ser antes o después de que Hank y el guía se queden su comisión?

–Bueno, antes, pero él nos proporciona al guía y los botes. No obstante, sigue siendo dinero. Hank también me dijo que podríamos sacar mucho más si tuviera alojamiento para organizar excursiones nocturnas.

Al ver su entusiasmo, Vance se dio cuenta de que había posibilidades.

–Yo he pescado en el río y las truchas son grandes. Puede que no sea la solución a todos nuestros problemas, a menos que…

Los ojos de Ana se iluminaron.

–A menos que…

–Muchas cosas. ¿Quieres hacer esto temporalmente, o va a ser algo

permanente?

–Con todas las dificultades que ha habido en los últimos años, deberíamos ver adónde nos lleva todo esto.

A Vance le gustaba la idea cada vez más.

–¿Quieres que contratemos a nuestro propio guía? ¿Quieres hacer un albergue?

Ana se encogió de hombros.

–No lo sé. ¿Qué te parece?

–¿No deberías hablar con tus hermanas?

Ana sacudió la cabeza.

–Primero, seguramente no conseguiré que tomen una decisión. Esto es algo que podemos hacer ahora mismo. Hank me aseguró que puede conseguir clientes que paguen pronto y no quiero perder esta oportunidad –le miró a los ojos–. ¿Es una locura invertir en algo así?

–Como no hay mucho dinero para invertir, a lo mejor deberíamos ir con más cuidado. A ver qué tal sale lo de la pesca por días.

–¿Te gusta la idea entonces?

–Sí. Es algo que no cuesta nada, para empezar. Pero hace falta un período de prueba para ver si la inversión merece la pena antes de empezar a construir cabañas.

Ana le miró con un gesto pensativo.

–¿Y si usamos los edificios que ya tenemos? ¿Los barracones?

–Podría ser, pero pronto los necesitaremos para la mano de obra que vendrá para el rodeo.

Ana asintió.

–Muy bien. Empezaremos con las excursiones de un día. Le dije a Hank que viniera mañana para ver cuáles son los mejores sitios. ¿Quieres venir?

–Mañana a primera hora vamos a mover el ganado. Supongo que podría encontrarme contigo en algún punto del río.

Ana sonrió.

–Bien. Quiero que estés presente si tengo que tomar alguna decisión. No conozco el rancho tan bien como tú.

–Siento que sea así.

–No es culpa tuya, Vance. Fue mi padre quien así lo quiso.

–Bueno, parece que ahora sí estás tomando las riendas. Y tienes todo el derecho de tomar todas las decisiones que quieras respecto al rancho.

–Lo hago por todos nosotros –Ana suspiró–. No sé si a mis hermanas les importa que el rancho sobreviva, pero espero que eso cambie. Esta es nuestra herencia.

Vance sonrió.

–Entonces será mejor que el Lazy S se mantenga funcionando.

Ana sintió un calor repentino. No había duda de que se sentía

atraída por él, incluso después de tantos años. Pero no era una buena idea. Muchas cosas dependían de que pudieran trabajar juntos.

Al día siguiente, Ana fue al hospital a primera hora a ver a su padre. Colt se mostró tan frío y distante como siempre, así que cuando se marchó no pudo evitar preguntarse por qué se molestaba en querer a un hombre al que todo le daba igual.

Al salir de la autopista miró el reloj. Diez minutos más tarde, había llegado a su destino. Hank Clarkson la estaba esperando junto al río, a la sombra de los árboles. No estaba solo. Le acompañaba Mike Sawhill. Al ver a este último, vaciló un momento. En otra época, había sido lo bastante tonta como para salir con él en un par de ocasiones y las cosas no habían terminado bien. Mike había intentado ir demasiado deprisa…

Bajó del vehículo por fin y se dirigió hacia ellos.

–Hola, Hank –miró a Mike–. Mike.

–Hola, Ana. Cuánto tiempo.

–Siento llegar tarde.

–No hay problema –le dijo Hank–. Mike y yo intentábamos encontrar el mejor sitio para salir con un bote.

Hank se quitó el sombrero y se secó el sudor de la frente.

–A lo mejor tenemos que quitar algo de maleza.

Caminaron hasta la orilla del enorme río que atravesaba el rancho Lazy S. La brisa fresca del agua les acariciaba la cara. De niñas, Ana y sus hermanas solían cabalgar por esas tierras. Se quedaban en ropa interior y se lanzaban al agua, fría como témpanos de hielo.

–¿Supondrá mucho trabajo eso? –preguntó, intentando ignorar la insistente mirada de Mike.

De repente, vio a un jinete que se acercaba por el camino. Sonrió. Era Vance.

–Bien. Ha venido.

Todos se volvieron al verle acercarse.

Al aproximarse al grupo, aminoró la marcha, hizo frenar a Rusty y le dejó junto a los vehículos, amarrado a un árbol. Iba vestido con el atuendo típico de un vaquero: chaparreras de cuero, vaqueros polvorientos, botas… Ana no pudo evitar mirarle con ojos de deseo.

Se quitó el sombrero.

–Siento llegar tarde. Tuve que arrear al ganado –estrechó la mano de Hank.

–Es tiempo de rodeo –dijo Hank, y entonces le presentó a Mike–. Nosotros acabamos de llegar.

Ana vio que los dos hombres intercambiaban una extraña mirada.

–¿Todo ha ido bien? –se apresuró a decir.

–Sí. Solo tuve que perseguir a algunos animales extraviados –Vance le sonrió–. ¿Qué me he perdido?

–Hank está un poco preocupado porque la orilla es muy escarpada y está llena de maleza. Puede que sea difícil sacar botes desde aquí.

Vance reparó en la forma en que Mike Sawhill miraba a Ana. No le gustaba.

–A lo mejor hay un sitio mejor a cuatrocientos metros de aquí, río abajo. He pescado muy buenas piezas por allí.

Echaron a andar en esa dirección. Mientras hablaba con Hank, Vance no le quitaba ojo a Ana. Era evidente que estaba incómoda con Mike. No conocía al guía personalmente, pero le había visto en el pueblo, sobre todo en el bar de Mick. Siempre iba acompañado de alguna chica.

De repente se sintió más protector que nunca. Llamó a Ana y aprovechó para preguntarle por Colt, interrumpiendo así la conversación que Mike intentaba mantener con ella.

Por fin llegaron a su destino.

–Aquí es –dijo Vance, volviéndose hacia la orilla.

La zona estaba protegida por varios árboles muy frondosos, y el terreno no era tan empinado. Había un pequeño claro.

–He pescado aquí muchas veces, pero nunca he salido en un bote, así que vosotros tendréis que decirme si es adecuado para eso.

Los dos hombres fueron a examinar la orilla más de cerca. Vance tuvo oportunidad de hablar con Ana entonces.

–¿Qué pasa con Sawhill?

–Nada –dijo Ana, hablando en voz baja.

Vance sabía que había habido algo entre ellos. Era evidente. Los dos hombres regresaron. Hank sonreía.

–Es un sitio muy bueno. Hay mucha sombra y el agua es profunda –miró a Ana–. ¿Cuándo quieres que vengan los primeros clientes?

Ana miró a Vance y después a Hank.

–¿Tenemos que hacer algún preparativo?

–Para empezar no. Conozco a unos cuantos que están deseando echar la caña en esta zona del río. Pero ningún pescador de caña quiere competencia –Hank miró a Mike–. ¿Pasado mañana?

Mike asintió.

–Tengo a un grupo de cuatro. Vamos a probar un poco a ver qué pescamos. La cosa es que Big Hole River es bueno en todos sus puntos.

Hank volvió a sonreír.

–¿Te parece bien así?

Ana abrió los ojos.

–Claro.

–Relájate, Ana. Nosotros vamos a hacer todo el trabajo. Pero, si tuvieras alojamiento, hay un grupo que viene este fin de semana.

Tendré que alojarlos en el motel de la zona.

Vance sintió curiosidad de repente.

–¿Cuántos pescadores? ¿Y qué tipo de alojamiento esperan?

–Es un grupo de cuatro, pero son fáciles de contentar. Solo les hace falta un techo y una cama. Y sería mucho mejor si no tuvieran que cocinar.

Vance miró a Ana.

–Tengo una casa en el rancho, y si Kathleen cocina para algunos más, también podemos dar las comidas.

Ana sacudió la cabeza.

–No, Vance. No puedes dejar tu casa.

Vance se encogió de hombros.

–No es problema –miró a Mike–. Me iré a la casa grande contigo.

–No me puedo creer que hayas dicho eso –dijo Ana mientras caminaba hacia al establo, rumbo al compartimento de Rusty, una hora más tarde.

No estaba contenta con Vance. Se apoyó contra las tablas de madera y le observó mientras cepillaba al animal.

–No veo cuál es el problema. Es mi casa.

–Ya sabes a qué me refiero. Les hiciste pensar que hay algo entre nosotros.

–¿Cómo voy a saber lo que piensan?

–Lo sabes y les haces pensar lo que tú quieres.

–Muy bien. Tienes razón. Pero no me gustaba la forma en que te miraba Sawhill. Y, admítelo, no te sientes cómoda con él.

–Puedo manejar mis propios problemas con Mike.

Vance dejó de cepillar al caballo.

–Entonces admites que hay un problema.

–Mira. Salimos unas cuantas veces. Yo no sentía nada por él, así que no seguí viéndole. Él no se lo tomó muy bien.

–¿Te ha molestado hoy?

–No. Así que no necesito que intervengas. Pero ahora has hecho que la gente piense que…

–¿Que tienes algo con el gamberro de los Rivers?

–No iba a decir eso –Ana soltó el aliento–. ¿No tenemos suficientes problemas ya?

–No veo por qué estoy causando otro problema más. Resolví un par de problemas, de hecho. En primer lugar, conseguí que Sawhill te dejara tranquila. Así ya no volverá a pensar que puede empezar algo contigo de nuevo.

–Yo no estoy interesada de todos modos.

Vance Rivers hacía que perdiera los estribos.

–Solo fueron unas cuantas citas, unos besos –le dijo en voz baja.

Vance dejó a un lado el cepillo.

–Y, en segundo lugar, tenemos clientes que pagan y, si añadimos el alojamiento, será otra entrada de dinero. Dime: «Gracias, Vance».

Ana sabía que estaba siendo testaruda. ¿Por qué se sentía inquieta con la idea de tenerle en casa?

–Muy bien. Gracias.

Vance siguió peinando al caballo y entonces salió del establo.

–Solo va a ser una semana, Ana. ¿Podrás soportarme durante ese tiempo?

Echaron a andar por el pasillo del granero. A esa hora del día, los hombres estaban trabajando fuera, así que estaban solos.

–¿Prefieres que me vaya a mi vieja habitación del granero, o a los barracones?

Ana se detuvo.

–No puedo dejar que hagas eso. Claro que puedes venirte a casa.

La mirada de Vance se suavizó. Le agarró la mano y la acorraló contra una esquina.

–Vance, ¿qué haces?

Él le dio un tirón y la hizo pegarse a él.

–He pensado que, como no quieres que te vean conmigo, no deberíamos dejar que nadie vea esto.

Le dio un beso. Ana quería gritarle para que parara, pero en el fondo sabía que no quería que lo hiciera. Le deseaba desde que habían ido a Los Ángeles. Le rodeó el cuello con ambos brazos y le devolvió el beso.

Un gemido sutil se le escapó de los labios. Se acercó más a él. Podía sentir su pecho duro bajo los dedos. Su cuerpo la traicionaba. Él se apartó y la miró fijamente. Su mirada era más oscura que nunca.

–Parece que has aprendido a besar mejor con los años.

La habitación estaba oscura, todo lo oscura que podía estar una habitación de hospital. Colt estaba deseando salir de allí. Quería dormir en su propia cama, en su propia casa. Cerró los ojos y entonces se dio cuenta de que eso tal vez no pasaría nunca.

Si no mejoraba, no podría volver al rancho. Eso era seguro. ¿Qué le había pasado? Solo tenía cincuenta y cuatro años de edad. Malos hábitos, mucho estrés, horas de trabajo interminables…

Había perdido muchas cosas. Había alejado a sus propias hijas y se había quedado solo.

Tenía que recuperarse. Contempló su mano inerte y recordó lo que le había dicho el terapeuta.

«Tienes que darte tiempo y trabajar duro…», le había dicho.

Cerró los ojos y esa vez se dejó llevar por el sueño. Luisa… Siempre Luisa. Estaba en la puerta de repente.

–Colton –susurró. Estaba a su lado.

–Luisa –trató de abrir los ojos, pero no pudo–. Luisa.

–Estoy aquí, Colton –le acarició el rostro–. Siempre he estado aquí.

Capítulo 6

–Lo siento, Ana –dijo Sarah al día siguiente.

Estaban sentadas en una mesa de la esquina del Big Sky Grill.

–No sabía que Mike era el guía que iba a ir con papá ayer.

–No tiene importancia –le dijo Ana a su amiga–. No es que me vaya de pesca con el grupo. Así que no vamos a volver a vernos.

–Mike puede llegar a ser un incordio cuando le da por flirtear, pero sabe que si se pasa de la raya tendrá que vérselas con papá –se echó hacia atrás en el asiento–. Y su trabajo le gusta demasiado como para perderlo. Y tampoco estuvo mal que Vance Rivers acudiera en tu ayuda, ¿no?

Ana apartó el sándwich que tenía delante. Ya no tenía hambre.

–No necesitaba que me rescataran –sacudió la cabeza–. ¿Qué les pasa a los hombres que sienten que tienen que competir entre ellos? ¿Es que soy el premio?

–Yo diría que eres una chica preciosa y afortunada. A mí no me importaría tener a alguien como Vance por aquí… por si acaso –al ver que Ana guardaba silencio, siguió adelante–. Bueno, yo pensaba que un hombre como Vance te remueve muchas cosas por dentro.

–Yo no puedo dejar que nadie me remueva nada por dentro. Tenemos que centrarnos en el rancho. Y tenemos que pensar en mi padre.

–Lo siento, Ana. ¿Puedo hacer algo para ayudarte?

–No tengo hambre –dijo Ana, ignorando la pregunta de su amiga.

–Bueno, pues tienes que obligarte a comer. Colt te necesita fuerte.

La mañana siguiente llegó demasiado pronto para Ana. Hacía dos días que no veía a Vance, pero estaba lista para enfrentarse a él. Cuando llegó al granero, encontró una lista de tareas pendientes colgadas de la puerta, pero él no estaba allí. La nota decía que había salido con varios empleados para mover el ganado.

Se puso manos a la obra. Preparó las raciones de comida para los caballos y limpió los establos con la ayuda de Jake. Incluso lavó a Blondie. Cuando terminó de limpiar, estaba empapada. Llevó a Blondie de vuelta a su cubículo. El caballo le pedía más atención.

–Si tengo tiempo después, tú y yo nos vamos a dar un paseo por el prado –le hizo una caricia y dejó el establo.

–Creo que voy a darme una ducha –le dijo a Jake, arrugando la nariz–. Huelo a cuadra.

Echó a andar y entonces se detuvo un momento para contemplar esa enorme casona de piedra y tablilla marrón. La estructura original se había hecho para su madre, pero, con la llegada de los bebés, había sido agrandada a lo largo de los años. Kathleen estaba doblando la ropa en el cuarto de la lavadora.

–Un momento, señorita. No va a entrar en la casa con esa ropa sucia.

El ama de llaves le dio una toalla.

–Quítatelo todo y ponlo en la cesta de la ropa sucia –sacudió la cabeza–. Esto me trae recuerdos. Siempre eras la que más se manchaba de todas tus hermanas. Echo de menos esa época –dijo, recogiendo una cesta de ropa limpia.

Ana sonrió. Se quitó las botas y la ropa y se envolvió en la toalla. En ese momento se abrió la puerta. Era Vance.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó ella, asiendo con fuerza la toalla.

Él no contestó inmediatamente, pero la recorrió de arriba abajo con la mirada.

–Ahora mismo estoy disfrutando de la vista.

–Bueno, pues para ya.

Él se echó hacia atrás el sombrero y se inclinó contra el picaporte.

–Es un poco difícil –sacudió la cabeza–. Maldita sea, estás impresionante con esa toalla.

–Oh, crece de una vez. Voy a darme una ducha, así que si necesitas algo… Quiero decir… ¿Puedo hacer algo…?

–Créeme. Se me ocurren muchas cosas que podrías hacer, pero ahora mismo necesito entrar –sonrió–. Parece que voy a disfrutar mucho de mi estancia aquí.

Ana dio media vuelta y se fue con toda la dignidad que pudo encontrar dentro de la toalla.

–Un consejo, Vance. No presiones demasiado –le dijo Kathleen al vaquero.

Él se hizo el inocente, pero Kathleen le señaló con el dedo en el pecho.

–No creo que fueras a romperle el corazón a propósito, pero… ten cuidado.

Vance sintió un nudo en el pecho. Eso era lo último que quería hacer.

Una hora más tarde, Ana salió de la habitación en la que había dormido desde que era una niña. Acababa de darse una ducha y se

había lavado bien el pelo. De repente se había dado cuenta de que tendría que compartir baño con Vance durante unos cuantos días al menos.

Durante los cuatro años anteriores, solo le veía en el pueblo. Se saludaban cordialmente, pero apenas intercambiaban unas pocas palabras y, sin embargo, iban a trabajar juntos y a dormir bajo el mismo techo durante un par de meses. Se dirigió hacia las escaleras y entonces vio que la puerta del dormitorio de su hermana Marissa estaba abierta. Allí estaba Vance, sacando la ropa de su petate y metiéndolo todo en los cajones.

De pronto se dio la vuelta hacia ella.

–¿Ves algo que te guste?

–Bueno, hace un rato me miraste todo lo que quisiste y más, así que he pensado que era momento de tomarse la revancha.

Él soltó las camisas que estaba guardando y fue hacia ella.

–Bueno, me encanta que te la tomes.

Ana trató de apartarse, pero él estaba tan cerca… Era tan tentador…

–Este juego no es una buena idea, Vance.

–¿Quién ha dicho que estoy jugando? –le preguntó él.

El corazón de Ana comenzó a latir con fuerza. Dio un paso atrás.

–Sea lo que sea, para. Tenemos que concentrarnos en otras cosas. ¿Ya te has establecido?

–Estoy en ello.

–Gracias, Vance. Gracias por hacer esto –recordó a aquel chico que dormía en el granero–. Como te dije, Colt nunca debió dejarte dormir en el granero.

–No me obligó a nada.

–Un niño no debería tener que dormir con animales.

–No fue tan malo.

–Pero eras un niño. Necesitabas a un adulto a tu lado.

Él dejó escapar un suspiro de frustración.

–¡No hagas eso! No empieces a sentir pena por mí. He tenido una buena vida aquí. Tu padre me dio cobijo. Me ayudó a aprender muchas cosas sobre los caballos y el ganado. Me dio la oportunidad de tener una buena vida, Ana, así que déjalo ya.

Al verla fruncir el ceño, cambió de tema rápidamente.

–He oído que has trabajado duro hoy.

–¿No era eso lo que querías? Había una lista en la puerta.

Él cruzó los brazos sobre el pecho.

–Pongo una lista todos los días, pero no esperaba que lo hicieras todo.

–Quería ayudar.

–No tienes que excederte, Ana. Hay hombres a los que se les paga

por hacer el trabajo.

–No esperarás que me siente sin hacer nada.

Él vaciló un momento.

–¿Qué te parece si damos un paseo a caballo esta tarde? Necesito ayuda con el ganado.

–No estás inventándote algo por mí, ¿no?

Él sacudió la cabeza.

–No tengo tiempo para eso. No hubiera venido de no haber sido porque necesitaba sacar mi ropa de la casa. Pensaba volver después de comer. Puedes venir o no –siguió guardando la ropa.

–Iré.

–Entonces, vamos a comer algo.

Ella sonrió y Vance supo que no había nada más dulce que una sonrisa suya.

No había nada como las vistas de las montañas y la brisa fresca sobre las mejillas. Ana dejó que Blondie corriera por los prados. Se agarró de la cola y dejó que el animal la llevara a donde quisiera. Miró atrás por encima del hombro. Vance y Rusty la seguían a cierta distancia. Podían alcanzarla fácilmente, pero era evidente que él quería dejarle su espacio.

Finalmente, llegó hasta ella y señaló los pastos. El ganado estaba por todas partes.

–Se acabó la diversión. Es hora de trabajar.

Ana tiró de las riendas y aminoró la marcha. Se acercaron a un rebaño de vacas Hereford con sus terneros.

–Tú irás con los animales. Yo tengo que comprobar que no hay ninguno extraviado.

Le dio un golpecito a Rusty con los talones y el caballo salió al galope en dirección a un ternero perdido. Ana no pudo evitar sonreír. Verles en acción era todo un espectáculo. Poco a poco lograron reconducir al animal y le acorralaron hasta hacerle ir con el grupo.

Ana llevó a Blondie junto al rebaño.

–Un trabajo excelente –le dijo a Vance cuando este se le acercó.

–Gracias, señorita –se tocó el ala del sombrero–. ¿Quieres jugar a ser vaquera?

–Enséñame qué tengo que hacer.

–Vamos a ir a los corrales donde marcamos al ganado. Está a algo más de un kilómetro de aquí. ¿Estarás bien?

–Puedo hacerlo.

Él le guiñó un ojo.

–No lo dudo –se quedó a su lado y le pidió a Gary y a Todd que se colocaran a ambos lados del grupo.

Casi dos horas después, llegaron por fin a su destino. Una vez metieron a todos los animales dentro del recinto, Ana bajó del caballo.

–Oh –gritó. Las piernas no la sostenían de repente.

Alguien la agarró de la cintura y la ayudó a mantenerse en pie.

–Eh –dijo Vance junto a su oído.

–Estoy bien –dijo ella, sujetándose de la silla de montar. Esperaba que la soltara.

–¿Seguro?

–Suéltame y lo verás.

Vance obedeció y, casi milagrosamente, Ana logró mantenerse en pie.

–Supongo que tengo que curtirme un poco.

–No mucho –él esbozó su mejor sonrisa–. Me gustan todos esos sitios suaves que tienes –dijo, y fue a ayudar a los otros hombres, sin darle tiempo a contestar.

Después de ocuparse de los caballos, Vance fue a darse una ducha en los barracones. Al terminar, se miró en el espejo de la fila de lavamanos. Se tocó la mandíbula y decidió que era momento de afeitarse. Tenía una barba de dos días. De repente oyó un ruido y miró hacia el espejo. Ana estaba en el umbral.

–Ana… ¿Qué pasa?

Ella sacudió la cabeza. Parecía muy incómoda.

–Jake me ha dicho… Me ha dicho que hay un ungüento aquí… –se estremeció–. Me dijo que me vendría bien para el dolor de los músculos.

Vance la miró de arriba abajo a través del espejo. Tenía el cabello húmedo, así que ya se había duchado.

–¿Te duelen las piernas?

–Sí. Y muchas otras partes del cuerpo también.

–Quiero ayudar con el marcado del ganado mañana, así que necesito algo que me calme el dolor.

Le miraba como si nunca hubiera visto a un hombre tapado con una toalla.

–A lo mejor deberías tomarte unos días de descanso.

–Pero quiero ayudar.

Vance se acercó y le tocó la mejilla.

–No quiero que vayas a tener cardenales –se fijó en el latido que se veía en su cuello. Su respiración había cambiado de ritmo.

–Vance…

Él la miró a los ojos. La deseaba. La deseaba con locura.

–Maldita sea, Ana. ¿Pero qué me haces?

Ella trató de apartar la mirada, pero él la sujetó de la barbilla y la

obligó a mirarle. Un momento después la estaba besando. Ana respiró profundamente, pero él no se detuvo. Volvió a besarla, jugó con su labio inferior y entonces la besó en las comisuras de los labios.

Se oyeron voces. Vance masculló un juramento y Ana retrocedió de un salto.

–Tengo que irme.

Salió corriendo del baño y le dejó allí, anhelando algo que jamás podría tener.

Capítulo 7

Esa noche la cena transcurrió con tranquilidad. Ana estaba muy cansada. Y ese beso… ¿Qué tenía Vance Rivers que la atraía tanto? Le miró. Estaba sentado al lado de Colt, en el mismo sitio que le habían asignado a su llegada al rancho tantos años antes.

–Puedo oírte mientras piensas –dijo Vance de repente.

–¿Qué? –preguntó Ana en un tono demasiado alto.

Kathleen se había ido a jugar su partida semanal de bingo.

–Es que estoy cansada –apartó el plato.

Vance le dedicó una sonrisa.

–O a lo mejor estás pensando en lo de antes. Me alegra saber que ese beso no te fue indiferente.

–Apenas se le puede llamar «beso».

–Dame más tiempo y no tendrás dudas al respecto.

–No. No es una buena idea.

–Tienes razón. Llevamos años negando esto que hay entre nosotros, así que… ¿por qué no seguimos haciéndolo?

–Que haya una atracción entre nosotros no quiere decir que tengamos que hacer algo.

–Cierto –Vance se echó hacia atrás en su silla y se puso en pie–. Me necesitan en el granero.

–Vance.

Él se detuvo y se dio la vuelta.

–Si no me voy ahora, Ana, voy a hacer todo lo posible para demostrarte que te equivocas –le clavó la mirada–. ¿Estás lista para eso?

Ella titubeó un instante. Sentía el calor de su mirada. ¿Estaba preparada?… Sacudió la cabeza finalmente.

Él siguió adelante.

Al día siguiente, el doctor Mason le habló a Ana de los progresos de su padre. Este escuchaba en silencio. Le gustaba todo lo que oía, excepto esa parte en la que decía que tenía que ir a un centro de rehabilitación para terminar con la terapia. Le iban a meter en un asilo de ancianos… Miró a su hija y vio preocupación en sus ojos.

–Jay Mc Neal seguirá trabajando con él en el centro de rehabilitación –dijo el médico.

Ana se volvió hacia su padre y le tocó en el brazo.

–¿Eso te gustaría, papá? ¿Que Jay siga haciéndote la rehabilitación?

Colt asintió con la cabeza y fue recompensado con otra sonrisa. El rostro de Ana se iluminó y le hizo recordar a Luisa.

Tanto el médico como ella caminaron hasta donde estaba Vance. El vaquero no dejaba de mirarla. ¿Iba a perder a Analeigh también?

Dos días después, Vance estaba en pie antes del amanecer. Tenía que marcar y castrar a cien terneros antes de mandarlos al cebadero. Se levantó de la cama y se puso unos vaqueros y una camiseta. Había dormido muy mal esa noche, gracias a Ana. Pero quedaban dos días para el rodeo y los pescadores llegaban esa tarde, así que tenía muchas cosas con las que mantenerse ocupado.

Justo cuando iba a salir al pasillo, oyó que se abría la puerta del dormitorio de Ana. De repente apareció en el umbral, vestida con unos pantalones cortos muy ceñidos y una camiseta.

–Vance. ¿Por qué no me has despertado?

–Iba a hacerlo, pero pensé que te vendría bien dormir algo más y salir después.

–Dame un par de minutos y estaré lista.

–Hoy vienen los pescadores. ¿No quieres quedarte para recibirlos?

–Hank les va a llevar a pescar a primera hora –volvió a entrar en el dormitorio, dejando la puerta parcialmente abierta.

Vance vio cómo volaban los pantalones cortos y la camiseta. Un minuto más tarde, la puerta se abrió del todo y pudo verla de nuevo. Se había puesto unos vaqueros y se estaba abrochando la blusa por encima de la camiseta. Corrió hacia el cuarto de baño y cerró la puerta. Vance se apoyó contra el marco. Se preguntaba si debía marcharse en ese momento, pero ella no tardó más que unos segundos en volver a salir. Agarró su chaqueta y empezó recogerse en pelo.

–Estoy lista.

–Ya tomaremos algo de desayunar en el barracón.

Ella sonrió y se puso las botas. Tomó un viejo sombrero vaquero y se lo puso. De repente Vance se dio cuenta de que estaba deseando pasar el día con ella. Cuando llegaron, Jake estaba cargando el camión.

–¿Queda algo de comida? –preguntó Vance.

–Claro –dijo el muchacho–. Buenos días, Ana.

–Buenos días, Jake.

Siguieron caminando, rumbo al barracón. Oían hablar a los hombres. Algunos bromeaban. Sin embargo, cuando Ana atravesó el umbral, todos los murmullos cesaron.

–Eh, no paréis por mí.

–Estábamos diciendo que esta vez no va a ser lo mismo sin Colt –Todd se puso en pie.

–Ya sabéis que él querría estar aquí con vosotros. Con la rehabilitación, creo que podrá estar presente para la próxima, así que solo tendréis que soportarme esta vez, chicos.

Pete Cochran se levantó también.

–Bueno, tengo que decir que tienes mucho mejor aspecto que el viejo Colt. Tu padre estaría orgulloso de ti, Ana –dijo y le dio un plato.

Ana se sonrojó.

–Será mejor que comas algo. Tienes que demostrarles a estos chicos que eres una Slater.

A mediodía, Ana ya estaba cansada y olía a sudor, a excrementos y a vacas, pero nunca se había sentido tan bien en toda su vida. De repente se oyó la campanita que anunciaba la hora de comer.

–Hora de comer –dijo Kathleen.

Todos se volvieron. El ama de llaves y algunos de los hombres habían colocado mesas debajo de unos enormes robles. Los mozos se dirigieron hacia allí, ansiosos por probar el pollo frito con arroz y las alubias de Kathleen. Había varias ensaladas para elegir también. Ana sonrió y fue a lavarse.

–Niña, ¿has estado jugando en la tierra? –le preguntó Kathleen.

Ana se rio y se miró los pantalones cubiertos de barro.

–Digamos que sí –dijo y siguió adelante con su plato lleno de comida.

De repente vio a dos estudiantes del instituto, Billy Kramer y Justin Patchett. Habló un poco con ellos y siguió hacia la siguiente mesa. Reconoció a algunos vecinos y les dio las gracias por haber ido a ayudar. Había uno de ellos al que no veía desde hacía muchos años.

Era Garrett Temple. Según Colt, había sido su vecino más cercano y su peor enemigo.

–Garrett.

El hombre levantó la cabeza y la sonrisa se le borró de la cara.

–Hola, Ana. Cuánto tiempo.

–Sí. ¿Vas a ayudar con el rodeo?

–Si no es una buena idea, me voy.

Nolan, el padre de Garrett, y su padre habían tenido una disputa muchos años antes. Y Garrett y Josie también habían tenido problemas, pero eso había sido algo personal.

–¿Por qué? No. No te vayas.

–Teniendo en cuenta la historia de nuestras familias, no quiero causar problemas.

–Colt no está aquí.

–Lo sé. Siento lo que le ha pasado. Vance lo está haciendo todo muy bien.

–Está yendo a rehabilitación ahora. Esperamos que pronto pueda volver a casa.

–Me alegro de oír eso.

–Tú sí, pero no es fácil tratar con mi padre y obligarle a quedarse en la cama durante la recuperación no va a ser tarea fácil.

Garrett casi se rio.

–Lo sé. Mi padre es igual de testarudo.

Vance oyó reír a Ana y se dio la vuelta. Un extraño sentimiento se apoderó de él al verla en compañía de Garrett. Los ojos le brillaban mientras hablaba con él.

Agarró su plato, lo llenó de comida y fue hacia la mesa en la que estaban ellos.

–Hola, Vance. Siéntate –dijo Garrett–. Ana y yo estábamos hablando de los chicos que conocemos.

–Muy bien –dijo Vance. Era una conversación a la que no podía unirse.

Garrett sonrió de oreja a oreja.

–¿Te puedes creer que trabaja en el instituto? ¿Los alumnos te lo ponen difícil, Ana? Seguro que no tanto como nosotros a nuestros profesores en el instituto.

–Algunos sí, pero la mayoría son buenos chicos.

Vance se concentró en comer, pero la comida no le sabía a nada. No tenía nada en común con Ana, ni con Garrett. Él iba unos cursos por detrás en el instituto y no se habían movido en los mismos círculos.

Ana y Garrett siguieron recordando el pasado y Vance ya no pudo soportarlo más. Se puso en pie. Garrett le miró.

–¿Te vas?

–Algunos tenemos que trabajar –dijo y se alejó. Sabía que se estaba comportando como un idiota, pero no era capaz de hacer otra cosa.

A lo mejor el sitio no era tan malo después de todo.

Colt miró a su alrededor. El salón del centro de rehabilitación contaba con una enorme televisión de plasma y varias mesas para jugar a las cartas. La habitación tampoco estaba mal. Solo llevaba unos días allí. Era mejor esperar antes de opinar. Por suerte, Jay estaba allí para ayudarle y le hacía trabajar muy duro.

¿Cuánto costaría todo? Nadie se lo decía. Y tampoco sabía cuánto tiempo se iba a quedar allí.

–¿Papá?

Al oír la voz de Ana, abrió los ojos. Ella le sonreía, como si realmente quisiera estar allí.

–Oh, papá. Puedes usar la mano. Es genial –le dio un abrazo.

Colt cerró los ojos. Las emociones le invadían de repente. Cuánto necesitaba ese abrazo…

Capítulo 8

Tres días más tarde, Ana estaba sentada frente al escritorio de su padre, revisando las cuentas del rancho. Todavía había mucho que hacer, pero gracias a la ayuda de los vecinos se estaban manteniendo a flote. El teléfono empezó a sonar de repente.

–Rancho Lazy S.

–Suenas muy oficial –dijo una voz familiar.

–¿Josie?

–Sí, soy yo. Eres la única capaz de distinguir mi voz de la de Tori. ¿Qué tal va todo en Montana?

–Las cosas van cada vez mejor –dijo Ana.

Hubo una pausa.

–¿Y qué tal está Colt?

–Fui al centro de rehabilitación ayer. Está bien. El terapeuta dice que está mejorando cada día. Pronto podrá volver a casa.

–Eso es bueno. ¿Qué tal fue el rodeo?

–Los terneros ya están en el cebadero.

–Eso es bueno, Ana, pero necesitamos más ingresos. ¿Has pensado en ampliar el negocio?

–¿Cómo? –le preguntó Ana, contenta de ver que una de sus hermanas al menos se preocupaba por el rancho.

–He preparado muchos eventos corporativos desde hace años. Lo que más piden es algo en un entorno distinto, en un sitio tranquilo, apacible, una especie de refugio. Si hablas en serio acerca de lo de obtener más ingresos para el rancho, tiene que haber más alojamientos, para grupos grandes. Podrías alquilar el rancho para cosas de empresa, para eventos relacionados con la pesca y para bodas íntimas incluso.

–Eso suena muy ambicioso y caro –dijo Ana, sabiendo que no tenían dinero suficiente para acometer algo de esa envergadura–. ¿Cómo vamos a financiar un proyecto a esa escala?

–Tori y yo estamos trabajando en ello –admitió Josie.

A Ana le encantaba ver que las gemelas querían ayudar, pero… ¿Cuánto tiempo tardarían en terminar el proyecto? ¿Y cuánto dinero les costaría?

–¿Conoces a alguien con los bolsillos tan llenos? –le preguntó a Josie, casi de broma.

–Te sorprenderías. Un socio anónimo sería una buena opción.

–No sé –levantó la vista y vio a Vance en el umbral.

Estaba apoyado contra el marco de la puerta, observándola.

–¿Por qué no me mandas por correo electrónico la información?

Él rodeó el escritorio y le quitó el teléfono de las manos. Se sentó en el borde de la mesa y habló por el auricular.

–Hola, Josie. Soy Vance. Tengo algo importante que hablar con Ana, así que vas a tener que llamarla luego. Más tarde –colgó sin más.

Ana abrió los ojos, sorprendida.

–¿Por qué has hecho eso?

Él la hizo ponerse en pie y le rodeó la cintura con ambos brazos.

–Para poder hacer esto –inclinó la cabeza y capturó sus labios.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y enredó los dedos en su cabello.

Vance jamás había sentido nada parecido con ninguna otra. Le metió la lengua en la boca y probó su sabor. Cada vez la deseaba más y más. Por fin se apartó y la miró a los ojos.

–Por lo que veo ya no me odias –le dijo ella.

–Nunca te he odiado. Solo estaba un poco celoso –Vance inclinó la frente contra la de ella.

–Oh, Vance… –Ana tomó el aliento con dificultad–. No sé. Si las cosas no salen bien…

–¿Pero cómo vamos a saberlo si no lo intentamos?

–¿Qué pasa con Colt?

–No está aquí.

–Pero pronto estará –dijo ella.

–¿De pronto necesitas el consentimiento de tu padre?

–No es eso. Es todo lo demás. Aparte del asunto de mi padre, tenemos un rancho que sacar adelante.

–Supongo que con eso sé todo lo que tengo que saber –agarró su sombrero y se dirigió hacia la puerta.

–Vance, no es eso…

–Piensa en ello y me llamas cuando decidas lo que quieres –dio media vuelta y se marchó.

Al amanecer, Ana estaba cansada de dar vueltas en la cama. Se levantó y bajó. Miró el reloj. No eran ni las cuatro de la mañana. Se sirvió un vaso de zumo y se paró frente a la ventana panorámica de la cocina. Oyó un ruido a sus espaldas. Era Kathleen.

–Lo siento. ¿Te he despertado?

–Me iba a levantar de todos modos –todavía en pijama, el ama de llaves fue hacia ella–. ¿Te encuentras bien, Ana?

–Sí. Es que estoy un poco inquieta.

–Cariño, lleváis mucho tiempo con este juego –dijo Kathleen.

Ana no necesitaba que le dijera a quién se refería.

–Desde que volviste a vivir aquí. ¿Has decidido algo al respecto?

–¿Yo? ¿Por qué tendría que hacer algo?

Kathleen guardó silencio.

–A lo mejor tengo miedo –admitió Ana.

–El amor da miedo. No dejes que lo que les pasó a tus padres te detenga –Kathleen se volvió hacia ella–. Solo puedo decirte lo que sé. Vance Rivers es un buen hombre. Pero cuando se trata del amor, siempre hay posibilidad de que algo salga mal. Tienes que decidir si estás dispuesta a asumir ese riesgo.

Ana no era de las que asumían riesgos. Siempre había sido la primogénita, la hija sensata que hacía lo correcto. Y era por eso que no sabía por qué se dirigía a casa de Vance en ese momento. ¿Qué estaba haciendo?

Las piernas le temblaban, pero antes de echarse atrás, llamó a la puerta. Esperó unos minutos y casi sintió un gran alivio al ver que no había nadie. Dio media vuelta y, justo en ese momento, se abrió la puerta. Vance estaba allí de pie, con unos vaqueros y una toalla alrededor del cuello.

–¿Qué demonios…?

Tiró de ella, la metió en la casa y la acorraló contra la puerta.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–No me gustó cómo se quedaron las cosas anoche.

–¿Entonces pensaste que venir aquí antes del amanecer era lo más sensato?

–No podía dormir.

–Bienvenida al club, señorita. Has estado en mis sueños desde que volviste a casa.

–¿En serio?

Vance le respondió con un beso. Ana se agarró de sus brazos desnudos y dejó escapar un gemido. Sus besos juguetones eran una tentación demasiado grande.

–Podríamos hacer realidad mis sueños, si quieres –le dijo él antes de darle otro beso apasionado.

Ana sintió que le temblaban las rodillas. Él le dio un abrazo y la atrajo hacia sí.

–Te tengo –susurró.

Ella apoyó la cabeza contra su pecho. Sintió los latidos de su corazón.

–Te deseo, Vance.

Él retrocedió y la miró fijamente. Una sonrisa lenta comenzaba a dibujarse en sus labios.

–Me alegra saberlo, pero has llegado en mal momento. Le prometí a Garrett que le ayudaría esta mañana.

–Oh… –Ana se apartó–. Muy bien. Claro. Me voy y te dejo con tus cosas.

–Espera –Vance la estrechó entre sus brazos. Le sujetó las mejillas.

–A mí me da tanta rabia como a ti. Cuando te haga el amor, Ana, no quiero que sea algo rápido. Quiero tomarme todo el tiempo del mundo, horas, si es necesario –le dijo, rozándole la oreja con los labios–. Quiero pasar toda la noche haciéndote el amor suave y lentamente –volvió a besarla–. No quiero dejarte ahora mismo.

Ana se estremeció. La respiración se le aceleró.

–Yo tampoco quiero irme.

–Esta noche. Ven a cenar conmigo.

–¿Una cita?

–¿Es que no quieres salir conmigo?

–No. Es que… Le prometí a Colt que me pasaría a verle esta noche.

–Creo que habré vuelto de ayudar a Garrett alrededor de las tres. Puedo acompañarte y después cenamos.

Ana se alegró de repente.

–Estupendo.

–Muy bien. Es una cita.

–Una cita –Ana echó a andar hacia la puerta, pero Vance la hizo retroceder y volvió a besarla.

Cuando el beso terminó, Ana se sentía en una nube.

–Te veo luego.

Logró llegar hasta la puerta y se fue a casa. Era como si sus pies no tocaran el suelo…

Llevaba tanto tiempo sin tener una cita que no sabía muy bien qué ponerse. Al final se decantó por unos pantalones blancos de lino y una blusa color melocotón sin mangas.

Cuando bajó los escalones del porche, Vance ya la estaba esperando fuera.

–Estás preciosa –le dijo. Dio un paso adelante y la abrazó para darle un beso en los labios.

–Gracias. Tú tampoco estás nada mal.

Kathleen salió en ese momento.

–Que lo paséis bien.

–Lo haremos –Vance la acompañó hasta la camioneta. El interior estaba impecable.

–Ya veo que alguien ha estado muy ocupado hoy –dijo Ana.

–Es que quería impresionar a una chica muy especial –dijo él y entonces le dio un beso fugaz–. ¿Lo he conseguido?

–Ya te lo diré luego.

Treinta minutos más tarde, entraron en el centro de rehabilitación. Vance estaba nervioso. ¿Qué pensaría Colt al ver que salía con su hija?

La puerta de la habitación estaba parcialmente abierta. Dentro estaba el logopeda. Vance se quedó quieto al oír la voz de Colt.

–Papá –Ana entró en la habitación–. Estás hablando.

Carrie Woodridge, la terapeuta, se puso en pie para recibirla.

–Señorita Slater, no la esperaba.

Vance reparó en la expresión de pánico de Colt. No estaba listo para presumir de sus progresos.

–Ana, ¿por qué no esperamos a que termine Carrie? –la agarró de la mano–. Ya volvemos luego.

La logopeda les dijo que le quedaba media hora de sesión. Vance tiró de Ana y se la llevó de la habitación.

–Pero, Vance… Quiero ayudar…

–Pero tu padre no quiere que le oigas tartamudear. Ya sabes que es muy orgulloso.

–Está hablando, Vance. No me puedo creer que haya progresado tanto desde que llegamos –miró a su alrededor–. Solo me preocupa el coste de todo esto.

–¿La aseguradora no lo cubre todo?

Ana suspiró.

–Averiguar todas esas cosas no fue una de mis prioridades cuando me dijeron que mi padre necesitaba ir a un centro de rehabilitación.

A Vance también le preocupaba mucho la situación, pero no quería preocupar a Ana. Miró el reloj.

–Vamos. Preguntemos en el departamento financiero. Todavía es pronto. Si vemos que se debe dinero, ya se nos ocurrirá algo. Colt tiene que estar aquí.

Volvieron a la zona de recepción y pidieron hablar con alguien del departamento financiero.

Un momento después, una joven morena salió a recibirles.

–Señorita Slater, soy Allison García. Entiendo que quiere hablar de la cobertura de su padre.

–Sí. No sabemos qué cubre la aseguradora exactamente.

La joven asintió con la cabeza y les llevó a su despacho. Se sentó frente al ordenador y abrió una carpeta en la pantalla.

–El seguro cubría el ochenta por ciento, pero ha habido un reajuste en la factura, así que todo está cubierto. Muchas veces les reajustan el coste a los pacientes.

–¿Entonces no se debe nada?

–Ahora mismo, no –Allison sonrió–. Somos un centro nuevo, y

todavía estamos tratando de hacernos un nombre en este sector.

–Eso es estupendo –dijo Ana. Se puso en pie y le dio las gracias a la joven.

–¿Te sientes mejor ahora? –le preguntó Vance cuando salían del área de recepción.

–No lo sé. Es una suerte que mi padre haya tenido un descuento especial, pero me dan miedo todas esas facturas que están por venir. Estamos intentando mantener a flote el rancho, pero lo conseguimos a duras penas.

Vance la agarró de la mano y la dirigió hacia un pasillo desierto.

–Tienes que parar, Ana. No puedes hacerlo todo sola –le rozó los labios con un beso sutil–. Yo también estoy aquí. Juntos lo arreglaremos. Ya se nos ocurrirán otras formas de conseguir dinero.

–Gracias.

–Deja de darme las gracias. Estamos en esto juntos. Yo tampoco quiero perder el Lazy S. Ha sido mi hogar durante dieciocho años –le tocó la mejilla–. Y ese es el tiempo que llevo pensando en ti.

Colt estaba exhausto tras la sesión de logopedia. ¿Por qué había tenido que verle así Ana? No estaba preparado para que nadie supiera que podía hablar, y mucho menos su hija.

Recordaba la expresión de Vance. Él era más difícil de engañar. Nunca había podido ocultarle nada. Vance Rivers era un buen hombre, pero la manera en que miraba a su hija…

Estaba claro que sentía algo por ella, que la deseaba. Había algo entre ellos. No había duda.

Colt agarró su andador y logró ponerse en pie a duras penas. Fue hacia la ventana y contempló las montañas que tanto amaba. Miró hacia el aparcamiento. Ana y Vance se dirigían hacia la camioneta. Él la llevaba de la mano. De repente la estrechó entre sus brazos y le dio un beso.

No podía detenerles. Sonrió.

¿Por qué iba a querer hacerlo?

Capítulo 9

A las siete en punto, Vance llevó a Ana a un pequeño restaurante de las afueras de Dillon que daba a la orilla del río. El Riverside Inn era conocido por su marisco y costillas.

La maître les llevó hasta una mesa de un rincón con vistas al río.

–Se está muy bien aquí.

–¿Nunca habías estado?

–No salgo mucho.

–¿Entonces Sawhill nunca te trajo?

–Como te he dicho antes, solo salimos unas pocas veces. Normalmente solo íbamos a tomar algo y a bailar a Montana Mick.

Vance la tomó de la mano.

–Lo siento. No tenía por qué haberte preguntado nada acerca de tu vida privada, pero te mereces algo mejor que un tipo que invita a un refresco a una señorita.

Ana lo sabía, pero Mike había sido el único que la había invitado a salir.

–Solo fue algo pasajero.

–Bueno, yo quiero que te lleves recuerdos bonitos, Ana. Y, si quieres ir a bailar, te llevaré a Montana Mick, o a cualquier otro sitio.

De repente, Ana sintió que no podía respirar.

–Me gusta estar aquí… contigo.

Vance le dedicó su mejor sonrisa.

–Eso puedo hacerlo, ojos brillantes.

–¿Por qué me llamas así?

Él se encogió de hombros.

–Porque tienes los ojos azules más bonitos del mundo… y muy expresivos. Tus ojos fueron lo primero en que me fijé de ti.

Ana parpadeó, sorprendida.

–¿Cuando viniste a vivir al rancho?

–Acababas de cumplir catorce y yo tenía doce –le guiñó un ojo–. Ya era lo bastante mayor como para sentirme atraído por una mujer hermosa.

Ana se dio cuenta de que su corazón latía a toda velocidad. Menos de veinticuatro horas antes, había ido a casa de Vance con la esperanza de terminar en su cama. ¿Qué le había pasado? ¿Cómo había hecho algo así?

–Te vas a cansar, pensando con tanta energía.

Ana sintió el calor en las mejillas.

–Es Colt. ¿Te pareció que estaba bien cuando volvimos a entrar en la habitación?

–Tu padre está bien, teniendo en cuenta que ahora sabe que me interesa su hija. No creo que le guste mucho la idea –Vance se llevó su mano a los labios y le dio un beso en los nudillos–. Vio cómo te miraba hoy.

–¿Y por qué le iba a importar?

–Creo que Colt siempre se ha preocupado por vosotras, chicas. Es solo que tenía miedo de demostrarlo.

Ana guardó silencio un momento.

–¿Ha habido alguien especial en tu vida, Vance?

En ese momento, apareció el camarero para tomarles nota. Vance pidió costillas y ella también.

–¿Algo de beber? ¿Quieres una copa de vino?

–Solo si la tomas tú también.

–Yo voy a tomar un té helado.

–Entonces tomaré lo mismo.

–¿No bebes por lo de tu padre?

Vance soltó el aliento. Nunca le había gustado hablar de su pasado.

–Calvin Rivers dejó de ser mi padre hace mucho tiempo. Pero sí es la razón por la que no bebo en público. No quiero darle oportunidad a la gente para que piensen que soy como él.

Durante los días siguientes, Ana no fue capaz de dejar de pensar en esa velada que había pasado junto a Vance. Tras cenar en el restaurante, la había acompañado de vuelta a casa y le había dado un beso arrebatador. Había sido increíble, pero no había vuelto a verle desde entonces.

Suspirando, se sentó frente a su escritorio. Sobre el papel, el Lazy S parecía estar dando algún beneficio. Se estaban pagando las facturas y las cuotas del arrendamiento. Imprimió el correo electrónico que su hermana Josie le había enviado el día antes. Era una lista de sitios web en los que podía informarse acerca de otros ranchos que habían emprendido negocios colaterales.

De repente llamaron a la puerta. Era Vance. Todavía llevaba las chaparreras sobre los vaqueros.

–¿Estás ocupada? –le preguntó, quitándose el sombrero.

–No es nada que no pueda esperar.

Él entró. La agarró de la mano y la hizo ponerse en pie.

–Primero tengo que hacer esto –le dio un beso tentativo, pero las cosas cambiaron cuando tiró de ella y la atrajo hacia sí.

Cuando la soltó, por fin ambos estaban sin aliento.

–Te he echado de menos.
–He estado aquí, pero no sabía dónde estabas –le dijo ella.
–He estado en casa de Bill Perkins. Se rompió un brazo la semana pasada, así que le he estado ayudando con el rodeo. Iba a decírtelo ayer, pero ya te habías ido a ver a Colt. Se lo dije a Kathleen.
–Oh, no la he visto hoy –Ana sabía que se estaba comportando como una tonta. Vance Rivers no le había hecho promesas.
Él sonrió.
–¿Entonces me has echado de menos?
Ella le dio un golpecito en el brazo y retrocedió.
–No te hagas ilusiones al respecto. Además, tenemos un rancho que dirigir, así que está bien saber dónde estás.
Vance no se sentía cómodo teniendo que rendirle cuentas, como si no supiera hacer su trabajo.
–Los chicos se han ocupado de todo, pero tienes razón. Debería haberte llamado directamente para decírtelo –le dio un beso en la punta de la nariz–. Intenté terminar a una buena hora ayer, pero no pude. Querría haber hablado contigo, pero era demasiado tarde para llamar por teléfono –la atrajo hacia sí y le acarició el cuello.
Ana sintió escalofríos.
–¿Me dan puntos por no ser capaz de pensar en otra cosa que no seas tú?
–A lo mejor.
–¿Tú pensaste en mí?
–He estado un poco ocupada.
Los labios de Vance la tocaban en donde debían hacerlo.
–Oh, Vance.
Él alzó la cabeza y le regaló su mejor sonrisa chulesca.
–Parece que he dado con una zona sensible. ¿Cuántas más tienes?
Ana supo que tenía problemas. Dio un paso atrás.
–Tengo que volver al trabajo.
Vance la soltó, pero no se marchó todavía. Sacó una silla y se sentó junto a ella frente al escritorio.
–He oído que tenemos más huéspedes este fin de semana. Eso tiene que ser bueno.
Ella asintió.
–El negocio que hemos hecho con los pescadores está muy bien. Pero todavía tenemos que ampliar para que el rancho siga funcionando.
Le enseñó algunas de esas páginas web que le había mandado su hermana.
A Vance le gustaron las ideas, pero… ¿qué iba a pensar Colt de todo eso?
–¿Has hablado con Hank Clarkson sobre esto, para ver si compensa

hacer la inversión? –le preguntó–. ¿Seríamos capaces de llenar más habitaciones?

Ana le miró. Estaban tan cerca que podía inclinarse y besarla en cualquier momento.

–Podemos enfocar el negocio hacia otros grupos, aparte de los pescadores. Josie dice que debemos pensar en algo a gran escala. Si construimos una estructura central, podemos organizar eventos de empresas, bodas pequeñas, convenciones… Te sorprendería saber a cuánta gente le gusta pasar tiempo en el campo.

Vance volvió a mirar hacia la pantalla.

–Parece que hay muchas opciones.

–El problema es que no tenemos suficiente dinero para construir –señaló la edificación con forma de cabaña que aparecía en la pantalla–. Estaría bien poder hacer esto junto al río, a la sombra de los árboles. Incluso se me ha ocurrido un nombre: River's Edge. Podríamos hablar con un contratista para que nos haga un presupuesto y después lo presentamos en el banco… ¿Crees que merece la pena?

–Sí, creo que sí –dijo Vance, mirando el diseño que aparecía en la pantalla.

Ana le recompensó con una sonrisa enorme que le hizo sentir un nudo en el estómago. Quería estrecharla entre sus brazos y hacerla olvidarlo todo.

A la noche siguiente, Ana vio acercarse a Vance por el camino, rumbo a la casa. Llevaba su petate. Una vez más se marchaba de la casa del capataz para darle alojamiento a un grupo de pescadores que pasarían allí todo el fin de semana. Esa vez, no obstante, en vez de quedarse en los barracones, se hospedaría en la casa principal.

Ana se preguntó si estaba lista para tenerle tan cerca todo el fin de semana. Definitivamente se estaba enamorando de él peligrosamente, pero no quería ser una más entre las mujeres de Vance Rivers. A lo largo de los años se le había visto con muchas chicas distintas, pero ninguna le había durado mucho. ¿Qué era lo que quería de ella?

Oyó un ruido y se dio la vuelta. Era él. Acababa de entrar en la cocina. Sonrió y le guiñó un ojo.

–Eso huele bien –dijo, yendo hacia Kathleen–. ¿Ya está lista la cena?

El ama de llaves le hizo quitarse de en medio.

–Siéntate y yo te llevo el plato.

Ana había preparado la mesa, pero no estaba preparada para Vance Rivers en ese momento.

–¿Qué tal la tarde? –le preguntó él.

–He estado ocupada.

Él se puso la servilleta sobre el regazo.

–¿Pudiste ver a tu padre?

Ana asintió al tiempo que Ana les servía el asado con patatas.

–Fue una visita corta, pero estaba en la sala de recreo.

–¿En serio? ¿Y estaba haciendo amigos?

–Estaba viendo la tele.

Continuaron hablando de las experiencias del día. De vez en cuando sorprendía a Vance mirándola fijamente.

–Kathleen, la comida estaba deliciosa. Gracias –miró a Ana–. Me voy al granero a ver cómo están los caballos.

Ana asintió y ayudó a Kathleen a cargar el lavavajillas.

–Vaya, vaya. Parece que hay mucho calor aquí hoy, ¿no? ¿Vais a admitir vuestros sentimientos ya? –le preguntó el ama de llaves cuando se quedaron solas.

Ana la miró.

–Vance ha mantenido las distancias desde que tuvimos esa cita, así que no sé muy bien lo que quiere.

–A lo mejor tienes que insistir un poco.

Ana no sabía muy bien si sería capaz de poner en marcha un diseño de seducción, pero le deseaba tanto… Después de darse una ducha, se puso un camisón y el albornoz que Kathleen le había regalado por su cumpleaños. Mientras se cepillaba el pelo, oyó que alguien subía por las escaleras. Vance.

El corazón se le aceleró al oírle entrar en el dormitorio que estaba al final del pasillo. Suspiró, aliviada, pero entonces volvió a oír pasos. Iba hacia ella. Un segundo más tarde, le oyó entrar en el cuarto de baño que estaba delante de su puerta. Se empezó a oír el ruido de la ducha.

Diez minutos más tarde, Ana respiró profundamente, abrió la puerta de su habitación y esperó.

Vance se secó rápidamente y entonces se dio cuenta de que no había llevado ropa limpia. Se puso una toalla alrededor de la cintura, agarró sus vaqueros sucios y abrió la puerta. Ana estaba en el umbral.

–Eh. Lo siento. No quería ocupar el baño tanto tiempo.

–No hay problema. Te estaba esperando.

Vance la miró de arriba abajo y su cuerpo despertó instantáneamente. La ducha fría no le había servido de nada. Fue hacia ella.

–Llevo mucho tiempo esperando por ti, Ana. Asegúrate de que esto sea lo que quieres, porque no me voy a rendir.

Ana tragó con dificultad. El paso que estaban a punto de dar podía salir mal, pero también podía ser algo maravilloso, y estaba dispuesta a arriesgarse por ese hombre del que se había enamorado a lo largo de los años.

–Yo también quiero estar contigo, Vance.

Él la agarró de la mano y la llevó a su dormitorio. Cerró la puerta. Tiró la ropa sucia a un lado y la besó. Ana le devolvió el beso con el mismo fervor. El deseo la consumía. Él la hizo entreabrir los labios y le metió la lengua en la boca.

–Yo también te deseo, Ana –le susurró al oído, apartándose–. Y voy a demostrártelo cuando bese cada centímetro de tu piel.

Deslizó los labios sobre su mandíbula, dejando un rastro de besos pequeños al pasar. Continuó por su cuello, haciéndola estremecerse. A Ana empezaron a fallarle las piernas.

–Te tengo, Ana.

Ella entreabrió los labios y trató de recuperar el aliento. Le tocó el pecho, le acarició la piel desnuda. Vance empezó a desabrocharle el cinturón del albornoz. Se lo quitó de los hombros y retrocedió para mirarla. Le bajó los tirantes del camisón y se lo bajó hasta la cintura.

–Dios, Ana, eres hermosa.

La abrazó y, tras darle un beso, la tomó en brazos y la colocó sobre la cama. Le quitó el resto de la ropa y la miró fijamente. Ana agarró la toalla que llevaba alrededor de la cintura, se la quitó y entonces le tocó el pecho desnudo.

–Tú también eres hermoso –le dijo, dándole besos.

Vance tomó el aliento y le sujetó las mejillas con ambas manos para darle otro beso.

–¿Estás segura de esto, Ana? Esto no es un juego para mí. Una vez estemos juntos, no pienso dejarte ir.

Ana dio el salto de fe. Confió en sus sentimientos por el hombre que tenía delante.

–Sí. Estoy segura. Te deseo, Vance. Solo a ti.

Al día siguiente, justo antes del amanecer, Ana rodó sobre sí misma y parpadeó. Vance se estaba poniendo los pantalones. Sonrió y entonces se dio cuenta de que él se marchaba.

–¿Vance? –susurró en la oscuridad.

Él se volvió.

–Eh, no quería despertarte. Tengo que ir a despertar a los chicos –se sentó en la cama–. Ya llego tarde.

Ella se incorporó y le agarró del cuello. La sábana se le cayó hasta la cintura.

–Pero seguro que no pasa nada si te quedas un ratito más conmigo –le dio un beso e hizo todo lo posible para distraerle.

Con un gruñido, Vance se rindió por fin. La abrazó y empezó a besarla con pasión.

–No juega limpio, señorita –se puso en pie–. De verdad que tengo

que irme. No solo por mí, sino por ti también. Sé que los hombres no van a pensar nada cuando me vean salir de la casa, pero me gustaría que no se supiera nada de lo nuestro de momento. Quiero que sea algo especial… A menos que no quieras que haya nada más de lo que pasó anoche.

Ella le miró durante unos segundos que parecieron una eternidad. Se puso en pie y le dio un golpe en el brazo.

–No has dicho lo que has dicho, ¿no?

–Eh –Vance se frotó el bíceps, pero se alegró de ver que se sentía ofendida–. Solo te estoy dando opciones.

–Si no me conoces lo bastante como para saber que eso no se me ha pasado por la cabeza, entonces hemos terminado.

Vance la agarró y la estrechó entre sus brazos de nuevo. Cerró los ojos y sintió el calor de su cuerpo exquisito.

–Oye, dame un respiro. Lo de anoche fue algo especial para mí, más de lo que imaginas. No quiero que puedas arrepentirte.

Ella levantó la cabeza.

–Para mí también lo fue, Vance –le tocó el rostro–. Quiero estar contigo, y no solo aquí. Me importas.

–Y tú a mí.

Vance se inclinó adelante y la besó.

Estaba perdido. Con ella no había vuelta atrás. La apretó contra el colchón. Necesitaba sentirla más cerca. No podía dejarla en ese momento. Quizás nunca podría. Por una vez, dejaría que los otros hicieran el trabajo y se tomaría la mañana libre.

Capítulo 10

–Ya sabes que no puedes seguir engañando a todo el mundo por mucho tiempo.

Colt estaba en su silla de ruedas, mirando a su terapeuta con cara de estupefacción, como si no supiera de qué se le acusaba. Pero Jay le conocía demasiado bien. El joven no se dejaba intimidar y llevaba un mes haciéndole frente a la testarudez del viejo Colt.

–Tu hija va a descubrir tu secreto antes de lo que crees.

–No… no.

Ana iba a visitarle todos los días. ¿Seguiría visitándole si sabía que estaba mejorando tan rápidamente?

–No… no es… estoy preparado todavía.

El joven le puso las manos sobre las caderas.

–¿Te das cuenta, Colt Slater, de la suerte que tienes al recuperarte a este ritmo? Sea cual sea el motivo que tienes para hacerte el indefenso, la cosa va a salir mal. Ana ha estado muy preocupada por ti.

–¿Ella… ella te lo dijo? –Colt levantó el brazo. Todavía lo tenía débil, pero ya podía moverlo–. E-ella no vol-volverá a verme nun-nunca más.

Antes de que Jay pudiera contestar a eso, llamaron a la puerta. Vance asomó la cabeza.

–No quiero interrumpir. Puedo volver luego.

–No. Ya hemos terminado –dijo Jay y entonces miró a su paciente–. Piensa en lo que te he dicho, Colt.

Vance entró en la habitación, solo.

–Ana no podía venir hoy. Tenía que ir a una reunión en el colegio.

La decepción era evidente en el rostro de Colt.

–Lo siento, pero hoy solo me tienes a mí.

Colt emitió un gruñido y se apartó. Jay miró el reloj.

–Tengo que irme a mi siguiente sesión. Te veo mañana, Colt. Compórtate hasta entonces.

Vance se despidió del terapeuta. Agarró una silla y se sentó a horcajadas frente a Colt con las manos apoyadas en el respaldo.

–¿Qué hay de nuevo?

–Dí… dímelo tú.

Vance se llevó una enorme sorpresa al ver que Colt podía hablar.

–Ya lo sabes casi todo por Ana. Los terneros fueron marcados y se

vendieron la semana pasada. La casa del capataz se les ha alquilado a tres pescadores durante el fin de semana y Hank Clarkson se los va a llevar a pescar a ese sitio donde solían bañarse tus hijas.

–¿Dón-dónde?

–No te hagas el sueco, Colt. Todos sabemos que ibas a vigilarlas.

El viejo volvió a fruncir el ceño, pero Vance no le hizo caso.

–Estamos ganando algo de dinero con la pesca, así que creo que pronto vamos a poder pagar las cuotas de arrendamiento. Pero no es suficiente. Tu hija, Josie, quiere expandir el negocio.

Le habló de algunos de los cambios que estaban pensando introducir. Le comentó que iban a construir una nueva estructura. A Colt no le hizo mucha gracia la idea, no obstante. El enfado era evidente en su rostro.

–No te enfades. Estamos haciendo todo esto para salvar el Lazy S.

–Cu-cuida de Ana.

Ese mismo día por la tarde, Ana estaba en el granero. De repente sintió unas manos alrededor de la cintura y dejó de cepillar a Blondie. Vance la atrajo hacia sí.

–Te he echado de menos –le susurró al oído al tiempo que la besaba en el cuello.

–Me viste esta mañana –le dijo ella, recordando cómo se había levantado de la cama tras hacerle el amor.

–Ha pasado un siglo desde las cinco de la mañana. ¿Tienes idea de lo difícil que fue dejarte allí?

–Oh, Vance –Ana se estremeció.

Su boca le ponía la piel de gallina. Incapaz de soportarlo más, se volvió en sus brazos y le besó en los labios. Vance dejó escapar un gruñido y capturó sus labios con un beso ardiente.

–Si me vas a recibir así, debería irme más a menudo.

–No. Este rancho no podría funcionar sin ti.

Él la sujetó de las mejillas.

–Estás haciendo un buen trabajo. Los hombres están impacientes por hacer lo que les pidas.

–¿Y eso te molesta?

Él le dio un beso rápido.

–No si están haciendo su trabajo. Y si no tratan de robarme a mi chica.

«Mi chica».

Ana contuvo el aliento. De repente el caballo se movió y les empujó contra la verja.

Vance se rio a carcajadas.

–Creo que estamos agobiando a Blondie. Conozco un sitio mejor al que podemos irnos. Está a unos veinte minutos a caballo. ¿Te apuntas?

Blondie relinchó y Ana sonrió.

–Lo tomaré como un sí.

Treinta minutos después, Ana corría hacia el prado a lomos de Blondie. Miró hacia atrás. Vance se acercaba al galope.

–Vamos, chica. No podemos dejar que nos ganen –se inclinó hacia delante y golpeó a la yegua con los talones.

Cuando la pequeña cabaña apareció a lo lejos, tiró de las riendas. Blondie aminoró la marcha y se detuvo junto al porche. Vance llegó un momento después. Bajó del caballo y lo ató a la barandilla del porche.

–Eres una chica muy sexy, pero cuando vas a caballo eres algo increíble –se inclinó y le dio un beso.

–No trates de distraerme con tus cumplidos.

La besó de nuevo, pero esa vez fue un beso fiero, hambriento. La atrajo hacia su cuerpo. La deseaba tanto.

–Será mejor que paremos o… –dejó de hablar y fue hacia la cabaña.

Ella fue tras él.

–¿Vance?

Él se dio la vuelta. Podía ver la pregunta en esos ojos azules tan hermosos.

–Si sigues mirándome así, Ana, voy a olvidar todas mis buenas intenciones.

Ella sonrió.

–¿Y cuáles eran tus intenciones?

–Mira, lo de anoche fue increíble.

–¿Pero…?

–No hay peros que valgan, Ana –la agarró de los hombros–. No quiero estropear lo que hay entre nosotros. Me importas.

–Y tú me importas a mí.

–Hay muchas cosas que solucionar antes de poder hablar de nosotros.

Ella asintió. Le agarró de la mano y tiró de él hacia la casa.

–Ven conmigo a mi rincón favorito.

Entraron en la polvorienta cabaña de una habitación.

–No creo que podamos usar este sitio para los pescadores –dijo Vance, bromeando.

Ella le dio un golpecito en el brazo.

–Y no querría que lo hicieras. Esto es mío. Sé que no es mucho. No es perfecto, pero tiene esto.

Fue hacia la ventana que estaba sobre el fregadero oxidado y retiró las cortinas. Las vistas eran increíbles. Ante ellos se extendía un prado verde, rodeado de montañas cubiertas de árboles que parecían alcanzar el cielo azul de Montana.

–Es perfecto, Vance.

Él caminó hasta ella y le rodeó la cintura con los brazos.

–Sí. Lo es.

Ana le miró por encima del hombro y sonrió.

–Me imagino a mis ancestros, parados en este mismo sitio hace cien años. Esta cabaña fue construida por mi tatarabuelo, Owen Colton. Él y su novia, Millie, se establecieron aquí. Mi padre se llama así por ese lado de la familia.

Vance envidiaba ese vínculo con sus raíces.

–¿No fueron los Slater los que se establecieron aquí?

–No, pero poco tiempo después, mi tatarabuelo, George Slater, llegó al pueblo.

–¿Colt te contó todo esto?

–No. Casi todo lo encontré en libros sobre la historia del pueblo. Los Colton y los Slater prácticamente construyeron Royerton.

–¿Y qué me dices del lado de tu madre?

La reacción de Ana no pasó inadvertida para Vance.

–No sé nada de ella.

–Creo que sí lo sabes, pero no quieres hablar de ella.

Ana le fulminó con la mirada.

–Igual que tú cuando no quieres hablar de tus padres.

De repente, Vance sintió que podía confiar en ella.

–Puedes preguntarme todo lo que quieras.

Ella se dio la vuelta y se apoyó contra el fregadero.

–¿Sabes dónde están?

–No sé dónde está mi padre. Mi madre vivió en el sur de Oklahoma con su tercer marido hasta que murió, hace cinco años. Las drogas le pasaron factura al final –se encogió de hombros. No quería dar más detalles–. Eligió mal demasiadas veces.

–Lo siento mucho, Vance.

–Como te he dicho, eligió mal muchas veces –soltó el aliento–. Y ahora tú. ¿De dónde es la familia de tu madre?

Ana vaciló un momento. No sabía si debía hablar de Luisa Delgado, pero al mirar a Vance a los ojos, vio compasión en ellos.

–Colt nunca hablaba mucho de la familia de mi madre. Solo sé que venía de Ciudad Juárez, México. Por lo menos ese era el nombre del pueblo que aparecía en los papeles del divorcio.

–¿Viste los papeles del divorcio?

–Fue unos meses después. Una noche me desperté porque oí gritos abajo. Salí de mi habitación y vi a la señora Copeland, la niñera que nos cuidaba. Era ella quien discutía con papá. Tenía la maleta hecha, y en ese momento salió por la puerta. Yo esperaba que se fuera para siempre. Nunca me había caído bien. Un poco después bajé y busqué a mi padre. Estaba en el sofá. Había estado bebiendo y pronunciaba el

nombre de mi madre una y otra vez. Decía que no iba a volver. Me quedé con él hasta que se quedó dormido –Ana se secó una lágrima–. Sobre la mesa estaban los papeles. No entendí mucho, pero sí que encontré los nombres de mis padres.

A Vance se le encogió el corazón.

–¿Alguna vez has pensado en ir a buscarla para preguntarle por qué os abandonó?

–Lo pensaba todos los días. Quería encontrar a la mujer que solía abrazarnos y besarnos cada mañana y cada noche, la mujer que nos repetía que nos quería una y otra vez. Y un buen día ya no estaba –Ana sintió lágrimas en los ojos, pero no quiso dejarlas caer–. Pero no fui capaz de hacer que volviera. Y lo peor de todo es que se llevó a mi padre consigo también. Colt jamás lo superó.

Vance la estrechó entre sus brazos.

–Lo siento, Ana. Ojalá pudiera hacer algo.

Se inclinó y la besó. Quería borrar todo ese dolor del pasado y mirar hacia el futuro. ¿Tendría un futuro con Ana? ¿Habría más noches como la noche anterior, o solo había sido un pequeño atisbo del sueño que le había acompañado durante tantos años?

–Deberíamos volver. Se está haciendo tarde.

Ana parecía decepcionada.

–Pero no quiero irme. Me gusta estar aquí –le rodeó la cintura–. Es mágico.

–¿Mágico?

–Cuando era niña, siempre que tenía oportunidad de salir a cabalgar venía aquí. Este prado me hacía sentir mejor, así que le llamé el «prado mágico» –sonrió y se movió en sus brazos–. Y ahora estás tú aquí.

Vance miró a su alrededor.

–Vamos al pueblo a cenar a Big Sky Grill. Tengo noticias del contratista.

–Dime –dijo Ana, conteniendo el aliento.

Vance sacudió la cabeza.

–Ya hablaremos de ello durante la cena. Ahora quiero ir de paseo con mi chica.

Una hora más tarde, entraron en el Big Sky Grill. Muchas miradas se volvieron hacia ellos.

Se sentaron en una mesa circular situada en un rincón.

–¿Ya sabes lo que quieres? –le preguntó Vance al ver que cerraba la carta rápidamente.

Ella asintió rápidamente. Un destello sexy apareció en sus ojos.

–Ya sé lo que quiero.

De repente, a Vance se le aceleró el corazón.

–Y yo, Ana… –quiso agarrarla de la mano, pero la camarera apareció en ese momento.

–¿Qué era lo que ibas a decirme? –le preguntó Ana después de que les tomaran nota.

–Ya te lo diré luego. Primero hablemos de negocios.

–Sí. Háblame del contratista.

–Es Garrett Temple, de G.T. Construction.

–¿Garrett está en el negocio de la construcción?

–Podemos reducir costes si hacemos una buena parte del trabajo nosotros mismos. Después podemos contratar a alguien para que termine.

–Pero aun así va a costar mucho dinero. ¿No?

–Es por eso que tenemos que ir al banco. Tenemos una cita a la una el viernes con Alan Hoffman.

–¿De verdad vamos a hacer esto?

–Pensaba que era lo que querías, Ana.

–Sí. Es que es un gran paso… ¿Y si fallamos? Pondremos en peligro el rancho.

–El rancho ya tiene muchos problemas. Mañana Garrett va a venir para hablar del tema. Pero, si crees que es demasiado, entonces podemos pensar en otra cosa –le agarró la mano y se la apretó.

–Nunca te pediría que hicieras nada que te hiciera sentir incómoda. Y lo consultaremos todo con tus hermanas.

Ana le miró fijamente unos segundos. Era difícil concentrarse cuando lo único que quería era besarle.

–¿Entonces hemos terminado ya con los negocios durante esta cita?

–Sí. Ya seguiremos mañana con eso. Tengo otros planes para esta noche.

–¿Ah, sí? ¿Te importaría decirme de qué planes se trata?

–Oh, cariño, si te dijera lo que estoy pensando hacerte, a lo mejor echarías a correr –le susurró al oído.

Ella le miró a los ojos.

–Lo dudo. De hecho, se me están ocurriendo algunas ideas.

Dos horas más tarde, Vance ayudó a Ana a bajar de la camioneta. Habían llegado a casa. Todo estaba en silencio. Kathleen ya se habría ido a dormir, pero había dejado una luz encendida en el pasillo.

–Supongo que Kathleen ya se ha ido a dormir –dijo Ana–. Podría preparar un poco de café, o alguna otra cosa. Lo que quieras.

Vance se dio cuenta de que ella estaba tan nerviosa como él. La hizo volverse hacia él.

–Ana, no quiero presionarte. Lo de anoche fue increíble, pero no

voy a dar por sentado que vaya a repetirse.

Ella le miró a los ojos.

–¿Y si yo quiero que se… repita?

Él la agarró y la atrajo hacia sí.

–Diría que soy un tipo muy afortunado.

Ella sonrió.

–A lo mejor deberíamos terminar esta conversación en el dormitorio.

La tomó de la mano. Le encantaba sentirla a su lado, pensar en la posibilidad de tener un futuro con ella. Una vez llegaron a la habitación, se detuvo y la besó con el alma.

–No sé si tengo tiempo suficiente o palabras adecuadas para expresar lo que me haces sentir.

–No digas nada, Vance. Hazme el amor.

Capítulo 11

A la tarde siguiente, Ana examinó el diseño del edificio que pretendían construir. Estaba en la oficina del rancho, acompañada de Vance y de Garrett.

Se volvió hacia el contratista.

–Me sorprende lo rápido que has hecho el diseño. Es impresionante.

–Tengo un buen equipo –dijo Garrett, sonriendo.

Garrett Temple era un hombre apuesto. Tenía el pelo casi negro y los ojos grises. Era un poco más bajo que Vance, pero medía más de un metro ochenta. Ana y él estaban en la misma clase en el colegio, pero por aquel entonces él solo tenía ojos para Josie.

Habían roto al empezar la universidad.

–¿Te gusta el diseño? –le preguntó Garrett.

De repente se dio cuenta de que no había dicho nada.

–Oh, sí. Me encanta. No podría pedir más, pero es el coste lo que me preocupa.

Garrett la hizo fijarse en el presupuesto para la obra.

–Esto incluye la estructura principal y seis cabañas de una habitación. Como le dije a Vance, podemos terminar la parte exterior del edificio principal, y también podremos hacer toda la instalación eléctrica y la fontanería antes de que llegue el mal tiempo. He desglosado los costes por eso. Y dejaré abierta la opción de las cabañas hasta la primavera.

Ana leyó la cifra que necesitaban para empezar. Sabía que el trato era bueno, pero seguía siendo mucho dinero.

–Te lo agradezco, Garrett, pero no sé si podemos reunir ese dinero.

–Ana, vamos a ver a Hoffman al banco el viernes. A lo mejor podemos conseguir un préstamo para la obra.

–O podrías buscar un socio –dijo Garrett–. Esta inversión es segura. Yo me lo tomaría muy en serio.

–La idea es buena, Garrett, pero no sé si una sociedad es lo que estamos buscando ahora mismo. Garrett asintió lentamente. Era como si se diera cuenta de que estaba pensando en Josie.

–Muy bien. Pero no esperes mucho –agarró el sombrero y se dirigió hacia la puerta.

De repente se detuvo y se volvió un instante.

–Espero que pienses en serio en la posibilidad de dejarme ayudaros, Ana. No dejes que el pasado influya en tu decisión. No me gustaría

veros perderlo todo.

–Yo tampoco quiero eso, Garrett. Y estoy haciendo todo lo posible para que no pase.

Ana se preguntó si su hermana Josie sería de la misma opinión…

Esa noche, cuando Vance regresó del trabajo, Ana seguía en la oficina.

–Oye, esto no está bien así. No puedes seguir trabajando tanto.

–Acabo de hablar con Josie. Tuve que mandarle una copia del proyecto.

Vance fue hacia ella y le dio un beso en los labios. Parecía tan cansada…

–Bueno, es hora de parar y comer algo.

–No tengo hambre. Creo que me voy a dormir directamente.

–No. Primero comes algo –la acompañó a la cocina.

Kathleen estaba preparando un guiso de ternera.

Ana se sentó a la mesa.

–Muy bien. A lo mejor tomo un poquito.

El ama de llaves sonrió.

–Esa es mi chica.

Le puso un plato de comida delante.

Vance comió en silencio. Ella no parecía interesada en nada que no fuera la comida. ¿Habría pasado algo desde la reunión?

–Si no te importa, me voy directamente a la cama –dijo ella al terminar–. Estoy exhausta. Buenas noches –salió de la cocina.

Vance la vio marcharse sin más. No podía negar que esa fría cortesía le dolía.

–Sé sincero con ella, Vance –le dijo Kathleen de repente, como si pudiera leerle la mente–. Dile cuáles son tus sentimientos y entonces llegará la confianza.

Después de ayudar al ama de llaves con los platos, Vance se fue a la cama. Al pasar por la puerta de la habitación de Ana, se detuvo un instante, pero entonces decidió que era mejor darse una ducha y pensar en cómo iba a decirle que Colt le había cedido algunas tierras.

Un cuarto de hora más tarde, se puso el pantalón del pijama y se paró ante su habitación de nuevo. Llamó a la puerta, pero no esperó a que le invitara a entrar.

Ella ya estaba en la cama, revisando unos papeles.

–Vance –le dijo en ese tono susurrado que le hacía cosquillas en la piel.

Él le quitó los papeles de las manos y los puso sobre la mesita de noche.

–Vance, todavía estoy tomando notas.

–Esta noche no, Ana –se sentó en el borde de la cama y le dio un beso tierno–. Dijiste que necesitabas descansar, pero no lo estás haciendo –continuó jugueteando con sus labios hasta hacerla gemir.

Le rodeó el cuello con los brazos.

–¿Qué tienes en mente? –le susurró ella, mordisqueándole también.

–He pensado que podía ayudarte a… relajarte.

La atrajo hacia sí. Su cuerpo se contraía de puro deseo.

–Sé dar unos buenos masajes, o lo que quieras –empezó a demostrárselo, frotándole la espalda con las palmas de las manos.

–Oh, Vance, es genial. No pares nunca.

–Ana, tenemos que hablar.

–Muy bien –Ana apoyó la cabeza sobre su hombro.

–Hace cinco años que me gradué en la universidad.

Ana bostezó.

–Lo sé. Kathleen me lo dijo.

–Ante todo, quiero que sepas que no fue idea mía. Colt me sobornó, porque sabía lo mucho que deseaba tener un sitio propio. Me dijo que me daría tierras si terminaba los estudios. Cuando lo hice, me cedió tres parcelas del rancho. He plantado alfalfa en dos de las parcelas. La tercera es el prado del norte –hizo una pausa–. Es tu prado mágico.

Esperó la reacción de Ana, pero no hubo reacción alguna. Su respiración sonaba cada vez más pausada. Se había quedado dormida.

Cerró los ojos y apoyó la frente contra el cabecero de la cama. ¿Qué podía hacer a partir de ese momento? ¿Debía despertarla? ¿Decírselo todo de nuevo?

Ya se lo diría al día siguiente.

Ella se movió de repente.

–Vance, me alegro de que estés aquí.

Vance le dio un beso en los labios.

–Y yo, ojos brillantes. Y yo.

El viernes por la tarde, cinco minutos antes de la una, Vance aparcó en el aparcamiento del banco. Apagó el motor y miró a Ana. Había preocupación en su rostro. No hacía más que mirar el formulario del préstamo.

Vance le desabrochó el cinturón de seguridad y le dio un abrazo.

–Ana, deja de preocuparte. Todo va a salir bien.

–No puedo evitarlo, Vance. Este ingreso es crucial.

–Entonces déjame ayudar. No tienes que hacerlo todo tú sola.

Ella apoyó la cabeza sobre su hombro.

–Lo siento. Sé que no he sido muy buena compañía últimamente.

Él la agarró de la mano y se la llevó a los labios.

–Puedes ser todo lo gruñona que quieras, pero no te alejes de mí.

Quiero compartir lo bueno y lo malo contigo.

Ella asintió.

–No importa lo que pase hoy. Ya encontraremos otra forma de solucionar las cosas –le dijo, tratando de reconfortarla–. ¿Me crees?

Ella le miró a los ojos y sonrió.

–Esa es mi chica –le dio un abrazo tranquilizador y comenzó a besarla por la mandíbula, buscando sus labios–. Creo que será mejor que bajemos de la camioneta antes de que se forme una multitud ahí fuera.

Al entrar en el edificio, fueron directamente hacia el mostrador de recepción. Cari Petersen, una antigua alumna de Ana, les estaba esperando.

–Hola, señorita Slater.

–Hola, Cari. ¿Ha llegado el señor Hoffman?

La chica asintió.

–Les está esperando –avisó de su llegada por teléfono y les acompañó por el pasillo.

Alan Hoffman Jr. les estaba esperando. Había ido al colegio con Ana.

¿Acaso no era demasiado joven para tener un puesto como ese? Ana pensaba que iban a reunirse con su padre.

–Hola, Ana, señor Rivers.

Se saludaron con la mano y entonces les invitó a sentarse.

–Ante todo, ¿cómo está tu padre?

–Se está recuperando. Gracias. Esperamos que pueda volver a casa pronto.

Alan sonrió.

–Mi padre se alegrará mucho de oír eso. Colt es uno de nuestros clientes favoritos.

–Una de las razones por las que estamos aquí –empezó a decir Ana– es que necesitamos que el Lazy S siga siendo solvente. Hemos pasado unos años muy malos económicamente y nos gustaría ampliar el negocio familiar. Creo que te han hecho llegar nuestro proyecto.

El banquero leyó los documentos y les hizo unas cuantas preguntas. Finalmente, se quitó las gafas antes de hablar.

–Todo esto se ve muy bien sobre el papel, pero el dinero no abunda desde hace años. Tal y como está la economía, los negocios van y vienen –miró a Ana–. ¿Vas a usar el rancho como aval?

Ana se quedó inmóvil. Eso era lo que más había temido. Podían llegar a perder los terrenos de pasto arrendados.

–Es una posibilidad, aunque está claro que tengo que discutirlo con mi padre antes de hacer nada.

Alan asintió.

–Entiendo. Voy a presentar esto ante la junta de créditos y te digo

algo.

Los tres se pusieron en pie. Alan se volvió hacia Vance.

–Señor Rivers, ¿alguna vez ha pensado en vender parte de sus tierras?

Ana se volvió hacia él, sorprendida.

–Lo siento. Quiero hacer algo con esas tierras.

–Bueno, si cambia de opinión, conozco una constructora que pagaría mucho por ese prado.

Vance se puso pálido.

–Es que no está en venta.

¿A qué prado se refería Alan? A Ana se le encogió el corazón. De repente sentía ganas de vomitar. Consiguió mantener la compostura hasta que salieron a la calle y entonces echó a andar a toda prisa. Podía oír cómo la llamaba Vance, pero no se detuvo. No podía respirar.

Alguien la agarró del brazo de pronto y no tuvo más remedio que darse la vuelta.

–Ana, habla conmigo, por favor.

–Es un poco tarde para eso, ¿no crees?

–No me voy hasta que hablemos.

–Bueno, vas a tener que esperar mucho.

–Esto no va a solucionar nada, Ana. O hablamos aquí mismo o vamos a un sitio donde podamos tener algo más de privacidad.

La gente que pasaba empezaba a fijarse en ellos. Ana les sonrió.

–Muy bien. Mi apartamento está a tres manzanas.

Vance asintió con la cabeza y echó a andar con ella. Caminaron en silencio durante unos cuantos minutos hasta llegar al bloque de apartamentos.

La casa era pequeña. Solo tenía una habitación que hacía las veces de salón y cocina.

–Lo siento, Ana. No quería que te enteraras así. Colt me cedió unas cuantas parcelas cuando me gradué hace tres años. Traté de decírtelo anoche, pero te quedaste dormida.

Ana no parecía muy convencida.

–Supongo que te vendría muy bien.

–Es la verdad. Nunca quise engañarte. Hace un mes no pensé que te importaría. No me di cuenta de que te importaría tanto hasta que fuimos hasta ese prado a caballo.

Ana no era capaz de mirarle a los ojos.

–Pero sigue siendo nuestra herencia de todos modos. No es la tuya.

–Maldita sea, Ana, no puedo cambiar lo que pasó hace veinte años.

–Realmente te convertiste en el hijo que Colt siempre quiso tener.

Dos horas más tarde, ya de vuelta en el rancho, Vance ensilló a Rusty y cabalgó por el corral. Necesitaba despejarse un poco. En cuanto atravesó la puerta de la verja, empezó la carrera. Al llegar al río se dio cuenta de lo lejos que había llegado. Había otro jinete junto a la orilla. Garrett.

–Hola, Garrett. ¿Qué haces aquí?

–Estoy examinando el suelo para ver si es adecuado para construir. ¿Has venido a echarme de la tierra de los Slater? –le preguntó en un tono de broma.

Vance sacudió la cabeza.

–No tengo autoridad para eso. Pero a lo mejor estás malgastando tu tiempo. Los del banco no se mostraron muy receptivos con el proyecto.

Garrett se echó el sombrero hacia atrás.

–Entonces tienes que buscar otra fuente de financiación.

Vance no estaba de humor para hablar del tema.

–No creo que Ana esté interesada ya.

Garrett ató las riendas de su caballo a la rama de un árbol.

–¿Qué ha pasado? ¿Habéis tenido una pelea de amantes?

Vance levantó la cabeza, sorprendido.

–¿Cómo…?

Su amigo se rio.

–Ya tengo los planos. Escucha mi consejo y enséñaselos antes de empezar con la obra. Seguro que ella quiere añadir algo.

–Ana no volverá a confiar en mí, gracias a Colt.

–Eso me suena de algo –dijo Garrett, sacudiendo la cabeza.

Vance vio esa extraña mirada en los ojos de Garrett.

–No soy la persona indicada para darte consejos en el terreno sentimental, pero sí que tengo algunas ideas para los negocios.

A la tarde siguiente, Vance fue al hospital.

–Colt, tienes que hacer algo. Para empezar, no puedes dejar que Ana, o cualquier otra de tus hijas, piense que no te importa.

–¿Qué ha pa-pasado?

Vance caminó por la habitación, nervioso.

–Ana ha estado tratando de encontrar una forma de pagar las cuotas atrasadas de las tierras arrendadas –le habló de los proyectos que habían ideado para conseguir más ingresos–. Te guste o no, el Lazy S necesita hacer dinero, y Ana y sus hermanas se han esforzado mucho para hacer que eso pase. Tu hija necesita que le des aliento.

Colt frunció el ceño. Llevaba dos días sin ver a Ana.

–¿Qué has hecho?

Vance se detuvo y le clavó la mirada.

–¿Qué? No he hecho nada. Fuiste tú quien me puso a cargo de todo, junto con Ana. Pero deberías haber puesto a tus hijas al frente de todo. Yo soy un forastero. No soy de tu familia. Dile la verdad a tu hija. Dile lo que sientes antes de que sea demasiado tarde –Vance dio media vuelta y se marchó.

Colt hizo girar la silla de ruedas y agarró el teléfono que tenía sobre la mesita de noche.

–Necesito hablar con Royerton Fisto Nacional Bank –esperó a que la operadora contestara–. Con Alan Hoffman padre.

–¿Quién le llama, señor?

–Co-Colton Slater.

–Muy bien. ¿Qué pasa? –Sarah entró en el apartamento de Ana.

Habían pasado un par de días. Eran más de las diez de la mañana, pero Ana no se había duchado ni vestido todavía.

–¿Qué pasa? –Ana hizo pasar a su amiga y cerró la puerta.

–¿Por qué estás aquí y no en el rancho? Mi padre dice que lo de la pesca va muy bien. Se ha corrido la voz y mucha gente quiere ir a pescar a tus tierras.

Ana no había vuelto al rancho desde el viernes.

–Bueno, hay gente allí que se ocupa de todo. Seguro que Vance puede encargarse de todo.

Sarah la miró fijamente.

–Hablando de ese hombre tan apuesto… Parece que os lleváis muy bien, ¿no? –Sarah sonrió–. ¿Estáis saliendo?

Ana sacudió la cabeza y se dirigió hacia la cocina del apartamento.

–No. No sé si hemos salido en algún momento, de hecho –empezó a llenar la cafetera–. Quiero decir que estábamos demasiado ocupados en el rancho, y con mi padre. De alguna forma, terminamos juntos.

–Pero la cosa se está volviendo seria, ¿no?

–Ya no. Quiero decir que… nunca ha sido nada serio.

–Oh, cariño, no me puedo creer que no le importes a Vance.

Ana sacudió la cabeza.

–No, pero eso no cambia el hecho de que siempre ha sido el ojo derecho de mi padre.

–¿Y le echas la culpa por eso?

–No. Sí. No lo sé.

–Bueno, yo sí que lo tengo claro. Vance no era más que un niño cuando apareció por aquí. De acuerdo. Colt le dio cobijo, pero estoy segura de que todo lo que tu padre le dio se lo ganó trabajando muy duro.

–¿Y qué pasa con Tori, con Josie, con Marissa y conmigo? ¿No nos merecíamos nada?

–Claro que sí. ¿No crees que ya es hora de que hables con tu padre de todo esto?

La rabia de Ana empezó a remitir.

–¿Pero y si me dice la verdad por fin? ¿Y si me dice que no me quiere?

Capítulo 12

Durante la semana siguiente, Vance trató de mantenerse ocupado con las tareas diarias del rancho, pero no hacía más que pensar en Ana. Y para colmo, Hoffman le había llamado para decirle que fuera a verle a su despacho del banco. Al ver que no contestaba al teléfono, le dejó un mensaje a Ana para decirle dónde estaba.

Alan le recibió con una sonrisa.

–Hola, Vance. Me alegro de verte de nuevo –le dijo, estrechándole la mano–. ¿Ana también viene?

–No podía venir hoy. Yo se lo diré todo.

–Ah, claro. El año escolar empieza dentro de poco –releyó los papeles que tenía delante–. Bueno, entonces imagino que tendrás el placer de contarle la buena noticia. Hemos aprobado el préstamo.

–¿Nos van a dar el dinero?

–Sí. La suma que habéis pedido. Tengo los papeles aquí. Como vais a ser socios, también necesito la firma de Ana.

–Claro –a Vance le sorprendió la noticia.

–Tú puedes firmar hoy. Llévale los papeles a Ana para que los lea tranquilamente –Alan sonrió–. Dile que llame antes de venir a firmar. Esto tiene que ser ante notario. Vance, volviendo a lo del otro día, creo que me pasé de la raya cuando mencioné tu propiedad. Al ver la cara de Ana me di cuenta de que no sabía que Colt te había cedido esas tierras.

Vance asintió. Recordaba a Alan Hoffman del instituto, pero no habían sido amigos. Su padre era el gerente del banco y eran muchos los que no dejaban que sus hijos se codearan con el chico de los Rivers.

–Yo me llevé una gran sorpresa cuando me las cedió.

–Trabajaste muy duro para Colton durante años. Y, si es como mi padre, entonces te las ganaste a pulso.

–Solo hice mi trabajo.

–Yo diría que hiciste mucho más que eso.

–¿A pesar de ser el hijo de Calvin Rivers?

–Todos conocíamos la reputación de tu padre, pero no miramos atrás. La gente de este pueblo te respeta, Vance. Te has ganado un lugar en esta comunidad.

–Gracias.

Una vez salió del banco, Vance se detuvo en la acera. Había perdido

lo más importante para él.

Ana… Ella no iba a darle la oportunidad de explicarle lo que quería hacer con las tierras.

Caminó hasta las oficinas de Wade Dickson.

–Hola, señora Smart –le dijo a la recepcionista–. ¿Está Wade?

–Iré a ver, Vance –unos segundos después le hizo señas para que entrara.

–Necesito consejo –dijo Vance nada más entrar en el despacho.

Wade hizo un esfuerzo para no sonreír.

–¿Ana?

Vance asintió.

–¿Has intentado decirle lo que sientes por ella?

–Creo que no voy a poder arreglar esto con palabras.

Después de dos días, a Vance se le acabaron los sitios en los que buscar a Ana. El único lugar que quedaba era el instituto. Las clases empezaban al lunes siguiente, así que tal vez era su última oportunidad para encontrarla. Una mujer le dijo dónde estaba el despacho de Ana. La vio nada más entrar. Estaba hablando con otro profesor.

Ella levantó la vista. Sus ojos color cobalto parecían más fríos y hostiles que nunca. Le dijo algo al profesor con el que hablaba y entonces salió al pasillo.

–Vance. ¿Qué estás haciendo aquí?

–No contestas a mis llamadas, así que vine a verte.

–Eso es porque no tenemos nada de qué hablar.

–Sí que tenemos cosas de qué hablar, Ana –dio un paso hacia ella–. Así que o lo hablamos aquí o en tu despacho. Pero vamos a hablar.

Ana hizo un esfuerzo por mantener la calma. ¿Cómo era posible que Vance le provocara semejante reacción?

Se apartó de la puerta y le dejó entrar. Él se sentó en la única silla que había, junto a ella. Su aroma era inconfundible. Olía a Vance y a jabón.

Él le puso un sobre encima del escritorio.

–Son los papeles del préstamo.

–¿Los papeles del préstamo?

–El banco ha aprobado el préstamo para nuestro edificio.

–¿Nos van a dar el dinero?

Vance asintió.

–Y como todavía somos los albaceas del patrimonio de Colt, tenemos que tomar una decisión. ¿Seguimos adelante con lo del albergue?

–Tengo que hablar con Tori, con Josie y con Marissa.

Él asintió.

–¿Y qué pasa con Colt? Sigue siendo el cabeza de familia.

Ana se le quedó mirando, boquiabierta. ¿Habían sido una familia alguna vez?

Ana necesitó dos días para armarse de valor e ir a ver a su padre. Llamó a la puerta y se asomó. Colt estaba en su silla de ruedas, mirando por la ventana. Cruzó la estancia y se sentó junto a él. Desde allí se divisaban las Montañas Rocosas. Ambos se mantuvieron en silencio durante unos segundos.

–Tenemos el dinero para empezar a construir el albergue y las cabañas.

Lanzó la información para ver cómo reaccionaba su padre.

–Bien.

–¿Entonces te parece bien que hagamos esto? –le preguntó Ana, un tanto sorprendida–. Habrá pescadores y otros huéspedes en el rancho.

El anciano asintió.

–¿Quieres que siga adelante con esto?

Colt se volvió y la miró a los ojos.

–Sí… sí, Ana. Quiero que sigas adelante.

Ana parpadeó, perpleja.

–Estás hablando.

Él asintió de nuevo.

–¿Cuánto tiempo hace que puedes?

–Mejora ca-cada día.

Ana sonrió.

–Oh, Tori, Josie y Marissa se van a alegrar tanto.

–No, po-por favor. No se lo digas todavía.

–¿Por qué?

–No vendrán entonces.

–¿Quieres que vengan? –le preguntó Ana, confundida.

Colt apartó la mirada. Había tristeza en sus ojos.

–Porque… Le-les echo de menos.

Ana sintió rabia, pero al mismo tiempo tenía ganas de llorar.

–No. No digas eso si no lo sientes de verdad.

Colt le agarró la mano. Podía sentir las durezas en las yemas de sus dedos.

–He… he cometido errores. Tengo que arreglarlos.

–¿Por qué ahora? Nunca nos quisiste a tu lado. Hacíamos todo lo que podíamos para complacerte, pero nunca era suficiente –se levantó y se fue hacia el otro lado de la habitación–. Y ahora quieres que hagamos como que somos una gran familia feliz.

–¡No! Quiero recompensaros –le sostuvo la mirada con tanta fuerza

que Ana terminó apartando la vista.

–Ana, lo… lo siento. No fui el pa-padre que debería haber si-sido. Por favor, dadme una se-segunda oportunidad pa-para compensaros.

–Si nos querías tanto, ¿por qué le regalaste nuestras tierras a Vance?

Colt se sorprendió.

–Ana… Yo…

–No. No digas nada. Tengo que irme –dijo y salió corriendo de la habitación.

Al día siguiente, Ana se dio cuenta de que no podía ocuparse de todo ella sola. Llamó a sus hermanas.

–Slater Style –dijo Josie.

–Hola, Josie. Soy yo, Ana.

–Hola, estaba a punto de llamarte. Espera. Déjame ir a buscar a Tori y pongo el altavoz.

Unos treinta segundos más tarde, la otra hermana de Ana se sumó a la conversación.

–Muy bien, Ana. Dinos qué pasa. ¿Alguna noticia del banco?

Ana se puso triste al ver que no iban a preguntarle por su padre.

–Sí. Han aprobado el préstamo.

–Eso es genial –dijo Josie después de una pequeña pausa–. ¿Cuándo vais a empezar con las obras Vance y tú?

–Voy a trabajar con Vance muy poco.

–¿Estás segura?

–Sí. G.T. Construction empieza la semana que viene –rezó para que sus hermanas no le preguntaran acerca del contratista–. No podemos posponerlo más. Quiero que todas os impliquéis en esto.

Hubo otro silencio. Las mellizas trataban de decidir qué decir a continuación.

–¿Cuánta implicación necesitas por nuestra parte?

–Os agradecería que me dierais todo vuestro apoyo, porque habrá muchas decisiones que tomar. La semana que viene vuelvo a mi trabajo en el colegio, a tiempo completo. No voy a estar aquí las veinticuatro horas del día para supervisarlo todo.

–Espera un momento –dijo Tori–. ¿Qué pasa con Vance? Estará por allí, ¿no?

Ana cerró los ojos y soltó el aliento.

–Sí, está aquí, pero también está muy ocupado con los negocios del rancho. Ahora mismo está con la cosecha de la alfalfa.

–¿Va a ayudarte a supervisar este proyecto? –preguntó Josie.

–Vance va a ser el capataz del rancho. Ese es su trabajo. Yo trataré con el contratista.

–¿Entonces puedes ocuparte de todo sola?

–No tengo elección. Necesitamos ese ingreso o perdemos el rancho. Y todos estamos de acuerdo en que esta es una buena manera de conseguir dinero. Incluso Colt está de acuerdo.

–¿Colt? –dijo Josie–. ¿Cómo conseguiste que accediera?

–Le dije que había que hacer algo. Eso es todo. Y hablando de él, pronto le dejarán irse a casa. Eso significa que tenemos que contratar algún tipo de ayuda en casa, o alguna de vosotras tiene que venir a casa.

La letanía de excusas de las mellizas no se hizo esperar y Ana no tuvo más remedio que rendirse. Les dijo que se ocuparía de todo ella sola.

Después de colgar el teléfono, se dio cuenta de que tenía hambre. Eran más de la una de la tarde. Entró en la cocina. Vance estaba frente a la nevera. Quiso retroceder, pero él se dio la vuelta de pronto. Tenía varias cosas en la mano, los ingredientes de un sándwich.

–Hola.

–Hola. Estaba buscando a Kathleen. ¿No está?

–Hoy libra. Si es algo importante, está en casa de su hermana, en la ciudad –Vance lo puso todo sobre la encimera–. ¿Te puedo ayudar en algo?

–No. Gracias. No hace falta –decidió cambiar de tema–. Te he visto con la alfalfa.

–Creo que eso nos proporcionará suficiente dinero para cubrir la deuda del arrendamiento.

–No todo son tierras de los Slater. Una parte de esos cultivos es tuya, ya que está en una de tus parcelas.

–No importa lo que diga el papel, Ana. Todo va a parar al mismo caldero.

–¿Tenías pensado quedarte de capataz toda la vida?

Vance no podía dejar de mirarla. Llevaba días echándola de menos.

–No. Quería tener algo propio.

–Y yo espero que sigas con esos planes. Creo que es una buena forma de empezar una nueva vida.

–A veces las cosas que parecen más perfectas no lo son, sobre todo cuando no puedes tener lo más importante, hagas lo que hagas.

Vance avanzó hacia ella y la estrechó entre sus brazos. Le dio un beso. Ana le rodeó la cintura, rindiéndose y entonces él la apretó contra su propio cuerpo.

Pero ella interrumpió el beso de golpe. Él la miró a los ojos.

–Adiós, Ana –dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Había sido una locura pensar que podía llegar a encajar en su vida. Siempre sería el huérfano, el forastero…

Capítulo 13

El día siguiente empezó con problemas. Ana había pasado la noche en vela, pensando en Vance, y esa mañana tenía que ir al banco a firmar los papeles. Cuando llegó por fin, Wade la estaba esperando. El abogado de su padre le explicó que iba a asumir el rol de albacea. Vance ya no sería su socio en el proyecto. Ana se quedó perpleja. Algo estaba ocurriendo, pero nadie le decía nada.

–¿No era eso lo que querías?

–A lo mejor… como no puedo confiar en él.

–¿Por qué no me dijiste que mi padre le había dado unas tierras a Vance? –le preguntó Ana a Wade cuando Alan salió de la sala para hacer unas copias.

El abogado frunció el ceño.

–Eso era elección de tu padre. Siento que nunca haya hablado del tema contigo.

–Pero esas parcelas eran una parte muy importante del rancho.

Wade la miró con confusión.

–Puede que sea así, Ana, pero la decisión era de Colt. Y aunque tu padre haya tenido problemas de salud y no pueda ocuparse del rancho de momento, tenía todo el derecho de hacer lo que hizo.

–Tienes razón, Wade. Colt puede hacer lo que quiera. Pronto volverá a casa y podrá ponerse al frente de todo de nuevo.

Wade suspiró.

–¿Sabes una cosa, Ana? Puedes llegar a ser tan cabezota y testaruda como tu padre. Y te voy a decir lo mismo que le dije a Colt. Aprovechad este tiempo para acercaros el uno al otro. Tienes que solucionar las cosas, no solo con tu padre… sino también con Vance.

Ana asintió. No quería pensar en Vance, pero su corazón no la dejaba. Media hora más tarde, el dinero del préstamo estaba en la cuenta bancaria, pero no era capaz de sentir emoción alguna.

Salió al exterior con Wade. El abogado se despidió con un sentido abrazo.

–No seas muy dura con Vance. Es un buen hombre. Y creo que te darás cuenta de ello más tarde o más temprano. Solo espero que no sea demasiado tarde.

Sin darle tiempo a decir nada, Wade regresó a su despacho.

Ana cruzó la calle, rumbo al Big Sky Grill. Iba a encontrarse allí con Garrett. Al entrar en el restaurante, se vio asaltada por los recuerdos.

Vance la había llevado allí una vez. Habían tomado una hamburguesa y patatas fritas, como muchas otras parejas… ¿Eran una pareja entonces? De repente alguien la llamó por su nombre. La voz provenía de una mesa de una esquina. Ana puso su mejor sonrisa y cruzó la sala.

–Siento llegar tarde, Garrett. Tardé más de lo que esperaba en el banco.

–No te preocupes.

Garrett le hizo señas a la camarera y pidió café.

–¿Todo bien con el préstamo?

–He firmado todos los papeles. ¿Quieres que hablemos de la fecha para empezar la obra?

–Claro. Puedo tener a mi equipo allí la semana que viene. Si hace buen tiempo, habremos echado los cimientos de cemento antes de que termine la semana.

–¿Tan rápido?

–El tiempo es oro. Y mis chicos quieren y necesitan trabajar.

Ana soltó el aliento.

–Muy bien. Hagámoslo.

Garrett se puso en pie.

–Tendré allí a un equipo por la mañana –miró el reloj y entonces hizo una llamada–. Todo está preparado. ¿Qué tal si comemos juntos para celebrarlo?

–No quiero entretenerte.

–No. De hecho, si estuviera en casa ahora mismo, estaría dando vueltas de un lado para otro.

La camarera apareció en ese momento. Pidieron hamburguesas y patatas fritas.

–¿Tienes una cita después? –le preguntó Ana, bromeando.

–Viene mi hijo a verme.

Ana se sorprendió.

–No sabía que tuvieras un hijo. ¿Estás casado?

Garrett sacudió la cabeza.

–Ya no. Y, sí, tengo un hijo. Se llama Brody y tiene ocho años. Viene a vivir conmigo. Espero que sea permanente el arreglo.

Ana no salía de su asombro. ¿Cómo era posible que Garrett tuviera un hijo de ocho años? Garrett había salido con su hermana Josie en el instituto y también durante los primeros años de universidad. El constructor notó su mirada inquisitiva.

–Supongo que Josie nunca te contó por qué rompimos.

–No. Solo me dijo que conociste a otra persona.

–No ha sido lo más sensato que he hecho en mi vida, pero mi hijo es el resultado. Mi matrimonio no funcionó, pero Brody siempre será la alegría de mi vida –miró a Ana–. Espero que esto no repercuta en

nuestra relación comercial.
Ana sacudió la cabeza rápidamente.
–No. Esto no tiene nada que ver con el pasado. Nos estás ayudando a construir un futuro. Y, además, Josie no va a tener nada que ver con esto. Ya me lo ha dejado claro muchas veces.
–Bueno, entonces empezamos el viernes.
–Eso suena bien.

Esa tarde, Vance ya tenía la maleta hecha. Quería salir del rancho lo antes posible. Llevó fuera la última caja y la colocó en la parte de atrás de la camioneta. Miró a su alrededor. Ahí estaba el granero, su primer hogar, el barracón, el establo… Allí estaría Rusty, esperando que alguien le sacara a pasear.
–Adiós, chico.
Subió a la camioneta y arrancó. Condujo hasta la casa y paró junto a la puerta de la cocina. Tomó un sobre que había puesto en el asiento del acompañante y bajó del vehículo.
Kathleen estaba haciendo la cena.
–Hola, Vance. Llegas pronto para la cena.
–No he venido a comer. Me marcho, Kathleen.
–¿Por cuánto tiempo?
–Definitivamente. Ya he sacado mis cosas de la casa del capataz, excepto los muebles. Dejadlos para los huéspedes. Todd sabe qué hacer durante el resto de la semana. Ya he terminado con la alfalfa y las balas ya están hechas. Los chicos acabarán lo que falte.
Siguió hablando, porque sabía que era demasiado fácil cambiar de opinión. Kathleen trataría de convencerle para que se quedara. El ama de llaves de los Slater era lo más parecido a una madre que había conocido.
–Vance Rivers, deja ya las tonterías y dime qué pasa.
–Es lo mejor, Kathleen. Debería haberme ido hace mucho. Ana es capaz de ocuparse de todo. No quiere mi ayuda. Wade puede echarle una mano en caso de que lo necesite. Además, sus hermanas deberían colaborar. Si yo no estoy, a lo mejor vuelven a casa.
–¿Y qué pasa con Colt? Le van a dejar salir unos días.
–Me alegro. Tiene que estar en casa con su hija, y no conmigo.
–Tú eres como un hijo para ese hombre. Y lo sabes.
–Nunca serán una familia si yo sigo aquí. Yo soy parte del problema, Kathleen. Ya es hora de arreglar las cosas.
–¿Adónde vas? –los ojos de Kathleen se llenaron de lágrimas.
–Tengo un sitio donde quedarme de momento, pero te prometo que no me iré de la zona sin despedirme. Vuelvo enseguida.
Fue hacia el despacho y puso el sobre encima de la mesa.

–He dejado algo para Ana sobre el escritorio –le dijo a Kathleen al volver a la cocina–. Dile… Dile que lo siento.

–Vance, tienes que decírselo tú mismo. Por lo menos dile lo que sientes y lucha por ella.

–Ella no quiere saber nada de mí.

–Bueno, entonces haz que te escuche. Si te importa de verdad, te quedarás y la ayudarás con todo.

–Ojalá fuera posible… Pero no lo es. Es demasiado tarde.

Se oyó el sonido de la puerta de entrada al abrirse. Vance quería marcharse, pero Kathleen le agarró del brazo.

–Tienes que hablar con ella. Dile lo que sientes.

–Las cosas nunca funcionarían entre nosotros.

El ruido de los pasos sonaba cada vez más cercano.

–¿Estás haciendo tu famoso asado?

Al oír la voz de Ana, Vance se puso muy tenso. Dio un paso. Quería marcharse.

Ana entró en la cocina, pero la sonrisa se le borró de la cara en cuanto le vio.

–Vance…

–Ana.

Nada de lo que pudiera decir cambiaría las cosas. Era evidente.

–Mira, ya me iba. Adiós, Ana.

Dio media vuelta y se marchó. Había estropeado su oportunidad y ya era demasiado tarde. Era hora de renunciar al sueño.

Ana le vio marchar. El sonido de la puerta exterior la golpeó por dentro. Durante una fracción de segundo pensó en ir tras él. ¿Pero para qué iba a hacerlo? Si realmente hubiera sentido algo por ella, ¿no hubiera intentado arreglar las cosas?

–Podrías haberle dicho algo –dijo Kathleen–. Escúchale.

–Ya lo hemos intentado. Vance tiene lo que quería.

–Oh, cariño, si es eso lo que crees, entonces es que no conoces tan bien a Vance. Lo que más ha querido siempre es pertenecer, ser parte de algo.

–Y yo también, Kathleen.

Conteniendo las lágrimas, Ana salió de la cocina. Se dirigió hacia el despacho y cerró la puerta al entrar. Podía escapar, pero sabía que volvería a verle tarde o temprano. Le vería en la casa con su padre. ¿Cómo iba a comportarse como si no hubiera pasado nada?

Fue hacia el escritorio para mandarles un correo electrónico a sus hermanas. Se sentó y entonces reparó en el sobre que estaba sobre la mesa. Era de Wade Dickson. Sacó los documentos y leyó. Encima había una nota.

Ana:

Nunca fue mi intención arrebatarte nada. Tenías razón. Las tierras deben seguir en manos de la familia Slater.

Solo espero que logres hacerles ver a tus hermanas que el Lazy S es algo más que tierra.

Buena suerte,

Vance

Ana dejó a un lado la nota y agarró los documentos. La mano le temblaba. Eran las escrituras de las tres parcelas de tierra. Todas habían sido cedidas a Analeigh Maria Slater.

Más tarde, esa misma noche, Colt estaba intranquilo, así que se tomó la medicación para poder dormir un poco. No sabía si irse a casa era una buena idea. Todo el mundo había ido a visitarle, pero… ¿qué pasaría cuando regresara a la casa? ¿Ana volvería a la ciudad? ¿Y Vance? Había problemas entre ellos. Eso lo sabía.

Problemas que él mismo había creado al darle al chico parte del rancho…

Colt cerró los ojos y pensó en todos esos años de soledad. Si se hubiera acercado a sus hijas en vez de alejarlas, las cosas hubieran sido muy distintas. Se secó una lágrima.

–Oh, Luisa.

Todavía podía ver su precioso rostro cuando cerraba los ojos. Seguía soñando con ella.

–No puedo vivir sin ti. Te quiero.

Había pronunciado esas palabras muchas veces durante los seis años que habían pasado juntos, pero hacía más de veinte desde que se había marchado. Apretó los puños. ¿Por qué no era capaz de sacársela de la cabeza?

–Te quiero con toda mi alma. Siempre –dijo una voz femenina, apenas un susurro.

Colt se quedó inmóvil, pero no abrió los ojos.

–Luisa… –dijo y los abrió por fin.

Sus pupilas necesitaron unos segundos para adaptarse a la oscuridad. Su corazón latía a toda velocidad. Buscó en todos los rincones, pero allí no había nadie.

Estaba solo, como siempre.

Capítulo 14

Ana pasó la noche en el rancho, pero no fue capaz de dormir casi nada. Kathleen le había dicho que Vance se había marchado de la casa del capataz. Todo era culpa suya. Ella le había forzado a irse.

En cuanto amaneció, empezó a llamarle a su teléfono móvil, pero todas las llamadas terminaban en el buzón de voz y no quería dejar un mensaje. Tenía que hablar con él en persona.

Bajó a la cocina. El lugar era un hervidero de actividad. Los empleados del rancho estaban moviendo sofás en el salón. El equipo de rehabilitación llegaba en unas horas y su padre regresaba a casa unos días después. Todd se le acercó.

–Me alegro de verte, Ana.

–Hola, Todd.

El nuevo capataz sonrió.

–Sé que vas a estar ocupada, con la llegada de Colt y todo, así que, si necesitas algo, dímelo.

–Te lo agradezco, Todd. Espero que todo vaya bien.

–Echamos de menos a Vance, pero nos las arreglamos.

¿Sabían los hombres lo que había pasado?

–¿Has hablado con él?

–Le llamo cuando tengo alguna pregunta –Todd se encogió de hombros–. Lleva tanto tiempo aquí que nadie conoce el Lazy S como él.

–Lo sé. Espero que con el regreso de Colt las cosas vuelvan a la normalidad.

–Los chicos están deseando que vuelva el jefe.

Todd siguió con sus tareas y Ana se fue a la cocina. Kathleen estaba preparando galletas para los muchachos.

–¿Qué pasa?

–Oh, Kathleen. Lo he estropeado todo.

–Vamos. Ya hemos hablado de esto, Ana. La culpa es de tu padre. De hecho, él y yo vamos a tener una larga conversación cuando regrese a casa, una conversación que deberíamos haber tenido hace veinte años. A lo mejor las cosas serían distintas hoy en día.

–No quiero remover el pasado. Quiero empezar de nuevo con mi padre, pero no sé si podré hacerlo hasta que haya arreglado las cosas con Vance.

–Lo arreglarás todo, cielo. Dale un poco de tiempo.

–No, no puedo. Le he alejado de su casa.

Ana no quería pensar en todas las cosas horribles que le había dicho al hombre que amaba. ¿Cómo había podido hacerlo?

Kathleen la condujo hasta una silla y la hizo sentarse frente a la mesa.

–Has tenido que lidiar con muchas cosas desde lo de tu padre. Y tus hermanas no han estado aquí para ayudarte. Tampoco es que les eche la culpa. Le guardan mucho resentimiento a Colt. Necesitabas alguien a quien echarle la culpa de todo.

–Pero no soy una niña pequeña. Debería haber sabido entender que lo que mi padre hizo no fue culpa de Vance.

–¿Crees que seguiste enfadada con Vance por otro motivo?

Ana quería negarlo, pero no podía. Tenía miedo. Kathleen sonrió.

–Vance se mantuvo al margen de la familia durante años, pero a ti nunca te rechazó. Al principio no era más que un encaprichamiento, pero luego, cada vez que volvías a casa de la universidad, no hacía más que buscar excusas para aparecer por casa. Pasó por una época muy mala cuando te prometiste.

Ana recordó aquel primer beso que se habían dado, cuando tenía catorce años. Él se había enfadado tanto.

–Creo que por aquel entonces no le gustaba.

–Tienes que entenderle. Tenía miedo de que tu padre se enterara. Quería encontrar un sitio al que pertenecer –Kathleen se inclinó hacia delante–. No quería ser ese chico del barrio malo del pueblo. Ha trabajado muy duro para librarse de ese estigma.

–Oh, Dios, lo único que he hecho ha sido devolverle a ese sitio.

–No. Colt no manejó bien las cosas. Hizo mal en no deciros nada, pero hizo bien cuando le dio parte del rancho a Vance. ¿No crees que se ganó a pulso su lugar aquí?

Ana sintió que se le encogía el corazón. Tenía que arreglar las cosas.

–Tengo que solucionar esto, Kathleen. Dime dónde está Vance. Por favor, dime que no se ha ido del estado.

–No. Está cerca –Kathleen suspiró y entonces vaciló un momento–. Está en casa de Garrett.

–¿Trabajando en el rancho?

–No. Ahora está trabajando en la construcción.

Vance llevaba despierto desde las cinco de la mañana. Había estado en el emplazamiento del albergue y había ayudado a los hombres a descargar madera de un camión. Los cimientos de cemento habían sido vertidos la mañana anterior y ese día iban a levantar el primer piso de la estructura.

–Oye, no te mates. Tengo planes para ti.

Levantó la mirada y se encontró con Garrett. Le sonreía.
Vance se quitó el sombrero y se limpió el sudor de la frente.
–Solo estoy haciendo mi trabajo, aquello para lo que me has contratado.
Garrett le hizo señas para que le siguiera.
–Oye, sé que no estoy tan cualificado como el resto de los chicos, pero te agradezco que me hayas dado el trabajo.
–Estás cualificado. De hecho, la mayor parte de mis hombres ha empezado a quejarse de que les dejas en mal lugar. Para un poco, Vance. No te hagas daño por culpa de lo que ha pasado con Ana.
–No hago eso.
Garrett miró por encima del hombro de Vance.
–Bueno, me alegra saberlo, porque ahora mismo vas a tener que ponerte a prueba.
Vance se dio la vuelta. Ana iba hacia ellos. Garrett se marchó.
–Hola, Vance.
–Ana, ¿hay algún problema con el rancho? ¿Pasa algo con Colt?
–No. Todd se está ocupando de todo y mi padre está bien. He venido a verte. ¿Podemos hablar?
–De verdad que tengo que volver al trabajo –dijo y dio media vuelta.
–Por favor, Vance… Siento lo que te dije. La tomé contigo, pero en realidad es con mi padre con quien tengo el problema. Tienes todo el derecho de tener esas tierras.
–¿Crees que me importa algo esa tierra? Bueno, pues no es así. Nunca fue lo que yo quise.
Los ojos de Ana se llenaron de lágrimas.
–Ahora lo sé. Y lo siento. Siento la forma en que te traté –apartó la mirada–. No me fiaba de lo que sentía por ti. Me asusté, Vance.
Él se alejó unos metros y entonces regresó.
–¿Y crees que yo no tenía miedo también? El problema, Ana, es que no podías confiar en mí. No creías nada de lo que te decía.
Ella guardó silencio. Vance no oía más que el palpitar de la sangre en sus oídos.
–Ahora sí.
–No puedo volver al pasado, Ana. Las cosas son distintas ahora.
–Eh, necesitamos que nos echen una mano por aquí –dijo uno de los hombres de repente.
–Tengo que volver.
Ella le agarró del brazo un momento.
–No me voy a rendir, Vance. ¿Puedes darnos otra oportunidad? Lo que pase a partir de ahora está en tus manos.
Vance apartó la mirada.
–Vuelvo luego. Nos vemos en el granero… ¿A las cuatro?

Ana sonrió.

–Allí estaré –dijo y echó a andar.

Garrett se acercó en ese momento.

–¿Habéis arreglado las cosas?

–Vamos a hablar luego.

–Un consejo… Cuanto menos habléis, mejor.

A las cuatro de la tarde, Ana fue al granero. Vance estaba en la entrada del corral. Rusty y Blondie estaban ensillados.

–Hola.

–Hola.

–¿Vamos a alguna parte?

–He pensado que podríamos ir a algún sitio donde no llamemos tanto la atención.

Ana miró a su alrededor. Varios de los hombres les observaban. Tomó las riendas de Blondie y montó. Vance hizo lo mismo.

Un rato después, cabalgaban por los pastos. Ana sabía adónde la llevaba. Iban hacia su prado favorito, hacia la vieja cabaña.

Una vez allí, amarraron los caballos a la barandilla del porche. Vance fue hacia la bomba de agua y llenó el viejo abrevadero. Ana miró a su alrededor y reparó en algunos cambios sutiles. Habían reemplazado algunos tablones de madera del suelo del porche y también había tejas nuevas.

Vance sacó un vaso de plástico de la alforja de su caballo y le ofreció agua.

–Toma. Es mucho mejor que la de botella.

Ana se bebió medio vaso y le dejó el resto.

De repente se levantó un viento furioso. Unos nubarrones se acercaban.

–Vamos. Será mejor que nos pongamos a cubierto –la agarró de la mano y la condujo al interior de la cabaña.

–Deberíamos haber mirado el pronóstico del tiempo.

–No era malo –dijo Vance.

Fue hacia la mesita pequeña y encendió la lámpara de queroseno.

–La lluvia no debería durar más de unos minutos.

Ana se quitó el sombrero y se secó la humedad de la cara y de la chaqueta. Dentro también había cambios. Habían limpiado el lugar. Ya no estaban los colchones viejos. Habían sido reemplazados por una cama de hierro forjado cubierta con una manta colorida. Había latas de conservas en el área de la cocina, cortinas nuevas en las ventanas…

–¿Quién ha hecho esto?

Vance cruzó los brazos y se inclinó contra el fregadero.

–¿Te gusta o no?

–¿Pero cómo no me va a gustar? ¿Vives aquí?
–Esto es tuyo, Ana.
–¿Lo has hecho para mí? ¿Cuándo?
La lluvia seguía cayendo.
–Hace algunas semanas. Sabía que te gustaba venir aquí cuando salías a cabalgar, así que pensé en convertirlo en un sitio más acogedor.
Ella fue hacia la cama.
–¿Dónde has encontrado todo esto?
Vance no sabía si las cosas le iban a salir bien. Estar allí con ella era demasiado.
–Todo estaba en el granero, en el ático. Era mío, pero el colchón es nuevo. Y le compré la manta a la señora Hildebrand.
–Oh, Vance –Ana deslizó los dedos sobre el anillo de boda doble que estaba bordado en la manta–. ¿Cómo lo has traído todo?
–En esa vieja carreta que está detrás del granero. Y Todd me ha ayudado mucho.
–¿Pero por qué?
–Sé que este sitio significa mucho para ti, Ana. Y tú significas mucho para mí.
Ella le miró a los ojos. Vance podía ver lágrimas en los suyos.
–No me merezco esto. Te dije muchas cosas horribles.
–Ambos hemos cometido errores. Debería haberte dicho lo de las tierras. Créeme. Lo intenté. Esa noche, cuando fui a tu habitación, cuando estabas revisando los papeles del préstamo… Te lo confesé todo, y entonces me di cuenta de que te habías quedado dormida. Al día siguiente, Hoffman te lo dijo en el banco.
Ana le observó.
–Debería haberte escuchado ese día. Debería haberte creído. Siento haber dudado de ti –Ana esquivó su mirada–. Sé que lo estropeé todo. Te alejé de tu casa. Por favor, créeme cuando te digo que nunca quise hacerlo.
De pronto dejó de llover. Salió el sol. Ana soltó el aliento.
–Deberíamos volver –fue hacia la puerta.
Vance tuvo que actuar rápido. Cerró la puerta.
–¿Te has dado cuenta de que he arreglado las bisagras? Incluso puse un cerrojo en la puerta –deslizó el pestillo para demostrárselo–. Todavía no he terminado, Ana. Tengo muchas cosas más que decirte.
Ella le miró a los ojos. Sus ojos parecían llenos de esperanza.
–Hace dieciocho años aparecí en tu casa. Yo era ese chico de la calle del que ni tú ni tus hermanas queríais saber nada.
Ella quiso decir algo, pero Vance levantó una mano.
–Tengo que decir esto, Ana… Yo no os culpé por guardarme resentimiento. Buena parte de la culpa era de Colt, pero tenemos que

dejar eso atrás. A mí lo único que me importó durante todo ese tiempo fuiste tú. Tenía tantas ganas de verte todos los días.

–Pero después de haberme besado aquel día en el granero, me apartaste de tu lado.

–Colt me hubiera echado del rancho. Mantuve las distancias, con la esperanza de que esos sentimientos desaparecieran, como si fueran un encaprichamiento adolescente –sacudió la cabeza–. Pero los sentimientos no hicieron más que hacerse más fuertes. No podía dejar de pensar en ti, aunque quisiera. Y cuando te viniste a casa esta vez, supe que ya no podía engañarme más a mí mismo.

–Oh, Vance.

Él se acercó un poco.

–Me importas, Ana –le rozó los labios, una vez, dos veces–. ¿Quieres que te demuestre cuánto?

Ella respiró hondo.

–Eso estaría bien.

Vance la besó. Le rodeó la cintura con ambos brazos y la estrechó contra su cuerpo. Ella gimió y deslizó las manos sobre su pecho. Enredó las manos en su pelo.

–Te quiero, Analeigh Slater. Creo que me enamoré de ti cuando tenía catorce años, y nada ha cambiado.

–Oh, Vance. Yo te quiero tanto –se puso de puntillas y volvió a besarle–. Y no quiero que nada cambie nunca. Para mí también fue igual. Ahora sé que te quería entonces también.

Él le sujetó las mejillas con ambas manos.

–Nada va a cambiar. Y por ese amor que te tengo, tengo que devolverte las tierras.

Ana vaciló un instante, pero entonces se dio cuenta de que era el momento de sincerarse del todo.

–No. Tenemos que compartirlas. ¿Qué tenías pensado hacer en este prado?

Él la llevó junto a la ventana.

–Dentro de unos años, quiero construir un hogar en este sitio. A lo mejor empiezo con un pequeño rebaño de Herefords, pero lo que más me gusta son los caballos, tanto la crianza como el entrenamiento.

–Curioso. Eso es lo que yo quiero hacer también.

Él le sonrió.

–Yo pensaba que querías trabajar en el pueblo.

–Puedo hacer las dos cosas. Soy una Slater. Soy una chica de campo de pura cepa.

–Bueno, también eres muy cabezona.

Ana adoraba la sensación de estar en sus brazos.

–Y no voy a ponerte las cosas fáciles tampoco. No quiero que te aburras de mí.

–Eso nunca va a pasar. No puedo imaginarme la vida sin ti, Ana –sonrió, pero no podía esconder el nerviosismo–. Quiero despertarme todos los días contigo. Quiero vivir aquí en esta tierra donde vivieron tus ancestros hace cien años. Quiero tener niños que tengan tus ojos azules y tu belleza –se apoyó en una rodilla–. Analeigh Maria Slater, ¿te casarás conmigo?

Ana no fue capaz de contener las lágrimas.

–Oh, sí –se arrodilló también y le rodeó el cuello con ambos brazos–. ¡Sí! Oh, sí, Vance. Me casaré contigo.

Él la besó. Cuando se separaron, estaban sin aliento.

–Más tarde, iremos a Dillon para escoger un anillo.

Ana lo estaba deseando, pero entonces recordó algo.

–Oh, Colt viene mañana. A lo mejor deberíamos decírselo antes.

Vance sonrió. Ambos se pusieron en pie.

–Tu padre ya sabe lo que siento por ti –sonrió–. Creo que quedarse aquí y disfrutar de lo que queda del día es un plan mejor –la acorraló contra la cama–. ¿No crees que deberíamos celebrarlo?

–Siempre y cuando sea una celebración privada.

–Lo que quiera la señora.

Ana le mordisqueó el labio.

–La señora le quiere a usted.

–Sus deseos son órdenes para mí.

Epílogo

Vance y Ana salieron de la cabaña a la mañana siguiente. Él la estrechó entre sus brazos y la besó bajo la luz del día.

–Me gusta oírte decir «buenos días» –dijo ella.

–Y a mí me gusta oírte decir «buenas noches». Me quedaría aquí contigo, pero me temo que mandarían a un equipo de búsqueda.

Subieron a los caballos y se dirigieron hacia el rancho. Cuando llegaron se convirtieron en el centro de todas las miradas.

–Me parece que nuestro secreto ya no es un secreto –dijo ella.

–Tú no eres mi secreto, Ana. Vas a ser mi esposa –sonrió–. Y quiero gritarlo ante el mundo.

Ella bajó del caballo con una sonrisa.

–Bueno, futuro marido mío, a mí me gustaría decírselo primero a mi familia. ¿Te importa?

–Claro. Tenemos que decírselo a Colt y a tus hermanas antes –la atrajo hacia sí–. ¿Quieres que les diga lo afortunado que soy? ¿Lo mucho que te quiero?

Ella le tocó la mejilla.

–No. Simplemente sigue diciéndomelo a mí –le dio un beso fugaz–. Vamos. Vámonos a casa.

Una vez llegaron al granero, le entregaron los caballos a Jake. El joven les saludó con una enorme sonrisa.

–Creo que nunca hemos hablado de cuál es mi trabajo.

Ana se detuvo.

–Queremos que recuperes tu trabajo de siempre. Claro. El Lazy S no saldrá adelante sin ti.

–Creo que tal vez debería invertir en este proyecto.

–¿Qué quieres decir?

–Si voy a ser parte de esta familia, debería contribuir más. Debería invertir en el futuro.

–¿Te refieres a invertir dinero?

–No soy uno de esos vaqueros arruinados. Podría invertir en unas cuantas yeguas. He ahorrado un poco a lo largo de estos años.

Ana sonrió. La idea sonaba bien.

–Es bueno saberlo. Pero ya eres dueño de parte del rancho.

Vance quiso decir algo, pero ella levantó una mano.

–¿Por qué no lo hablamos con Colt?

Fueron hacia la puerta trasera. Kathleen estaba en la cocina.

–Entiendo que no teníais acceso a un teléfono para llamarme y avisarme de que no veníais a casa, ¿no?

Vance abrazó a Ana.

–Me parece que estábamos pensando en otras cosas.

–Bueno, espero que ya podáis decirme que habéis entrado en razón, los dos.

Vance le dio un beso a Ana.

–Digamos que sí. ¿Qué te parece la idea de ayudar a preparar una boda?

Al ama de llaves se le saltaron las lágrimas.

–Llevo tiempo esperando algo así –les dio un abrazo a los dos–. A lo mejor así conseguimos que tus hermanas vuelvan a casa.

–¡Oh, no! –exclamó Ana de repente–. ¡Papá! Tenemos que ir a buscarle –miró el reloj–. Primero voy a darme una ducha.

Kathleen levantó las manos.

–No hace falta. Wade le traerá a casa, con Joel. Id a ducharos y dadle la buena noticia cuando llegue. Creo que, si hay algo que puede hacerle feliz, es esto –Kathleen se frotó las manos–. Oh, hoy va a ser un buen día.

Colt entró en la cocina en su silla de ruedas. Wade le acompañaba. Llevaba en casa algo más de un día.

–¿Necesitas ayuda para acomodarte? –le preguntó Wade mientras servía dos tazas de café.

–No ti-tienes que quedarte.

–¿Te quieres librar de mí?

–Vete a hacer tus cosas. Ya ha-has pasado demasiado tiempo co-conmigo.

–Quisiera pensar que, si me pasara algo así, harías lo mismo por mí. Somos amigos, Colt, y por muy cabezota que seas, eso nunca cambiará –el abogado se inclinó sobre la encimera–. Solo espero que aproveches esta segunda oportunidad.

El anciano sonrió.

–Ana va a casarse con Vance.

–Es la unión perfecta. Pero todavía tienes que arreglar las cosas con tus otras hijas. ¿Tienes alguna idea?

–Poco a poco. Ya he a-aprendido la le-lección.

–Ya era hora.

Dos días más tarde, Vance salió del granero y vio el coche de Ana. Se estaba deteniendo frente a la casa. Aceleró el paso y llegó a ella al tiempo que bajaba del vehículo. Le dio un beso.

–Oh, me encantan estas bienvenidas –le dijo, dándole su maletín.

–Siempre. ¿Qué tal el primer día de colegio?

Ella le dio otro beso.

–Bueno, aparte de hablar de ti, y de enseñar mi anillo de compromiso, no ha habido tiempo para mucho más –sonrió–. ¿Te he dicho que me gusta mucho el anillo y que eres una persona muy especial para mí?

Él asintió.

–Quiero seguir siendo esa persona, Ana.

Ella le besó con fervor.

–Quiéreme sin más, Vance. Nadie lo hace tan bien como tú. Y no podría querer a otro hombre tanto como te quiero a ti.

Él apoyó la frente contra la de ella.

–Te quiero, Ana. Vamos a tener una vida feliz juntos.

La mirada de Ana hablaba por sí sola. Le creía. Y eso era todo lo que necesitaba, eso y su amor.

La volvió a besar, y fue un beso tan dulce que ni siquiera oyó el ruido de otro coche que llegaba. Una joven que les resultaba muy familiar bajó del vehículo. Era pequeña y tenía el cabello moreno. Sus ojos azules eran inconfundibles.

–Oh, Dios mío, Josie –exclamó Ana.

–Supongo que os he dado una buena sorpresa.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Dijiste que necesitabas ayuda con Colt –dijo mirando a Vance–. Y parece que hay algunas cosas que no nos has dicho –una sonrisa le tiraba de las comisuras de los labios–. ¿Qué otras sorpresas me esperan?

Ana miró a Vance de reojo, a tiempo para ver el guiño que le hizo.

–En primer lugar, te damos la bienvenida a casa, Josie. Y, en segundo lugar, parece que Ana y yo vamos a necesitar tus servicios como organizadora de eventos –esbozó una sonrisa de oreja a oreja–. ¿Organizas bodas?

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

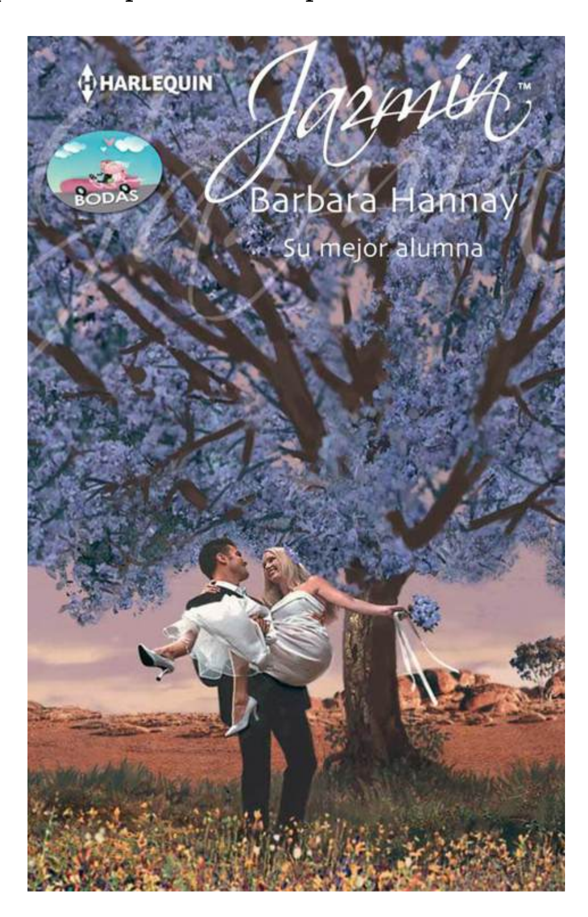


Table of Content